EL PREMIO

DEL BIEN HABLAR.

PERSONAS.

Leonarda, dama.
Don Juan de Castro.
Don Antonio, viejo.
Martin, lacayo.
Don Pedro.
Angela, dama.
Feliciano.
Ramiro, huesped.
Rufina, esclava.
Camilo, criado.

La Escena es en Sevilla.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE DON ANTONIO.

Leonarda y Rufina.

Leonarda.
¿Doblaste el manto?
Rufina.
Ya vengo
de quitarte ese cuidado.
Leonarda.
¿Dijiste, Rufina, á Hurtado,
que á la tarde salir tengo?
Rufina.
Ya, señora, lo prevengo
de que has de ver á doña Ana.
Leonarda.
¡Qué de juventud villana,
que nos esperaba enfrente!
Rufina.
Servir pudiera de puente
desde Sevilla á Triana.
Mas si en toda la ciudad
no hay tu talle, ¿qué te admira?
Leonarda.
Mas presumo yo que mira
del oro la cantidad:
dineros son calidad,
dijo el cordovés Lucano;
porque esto de padre indiano

mueve mas la juventud ;
que á la nobleza y virtud
pocos estienden la mano.
¿No estaba don Pedro allí
aquel mi gran pretendiente?

Rufina.

Aquel necio maldiciente
de su hermano entre ellos vi.

Leonarda.

¡Lo que hablaria de mi
toda aquella mocedad
con su necia libertad!

Rufina.

Allí estaba un caballero,
al parecer forastero,
con mas seso y gravedad.

Leonarda.

En ninguno reparé,
por si estaba allí mi hermano.

Rufina.

No estaba allí Feliciano,
que uno à uno los miré;
pero el forastero fue
quien me pareció mejor. *Ruido dentro.*

Leonarda.

Parece què oigo rumor,
y cerca de nuestra casa.

Rufina.

Como esto en Sevilla pasa:
abre ese balcon, Leonor.

ESCENA II.

Dichas, don Juan y Martin con las espadas desnudas y las capas revueltas.

Don Juan.

Entra, y donde quiera sea.

Leonarda.

¡Jesus!

Don Juan.

No os alboroteis.

Rufina.

¿Cómo no? ¿Qué pretendeis?

Leonarda.

¿Quién habrá que aquesto crea?
¿Hasta mi estrado os entrais?
¿Ola?

Don Juan.

Si en venir huyendo
de la justicia os ofendo,
vuestro respeto agraviais;
casa tan noble me ha dado
licencia, y no me engañé,
pues dónde un angel hallé,
¿quién duda que fue sagrado?
Mandad que cierren la puerta.

Leonarda.

Rufina, corre.

Rufina.

Ya voy. *Vase.*

Leonarda.

Menos alterada estoy,
que estuve de veros muerta.
No cierren la de la calle;
porque será dar sospecha.

hay en España tres partes,
Galicia, Vizcaya, Asturias,
ó ya montañas se llamen.
¡Qué turbado estoy, pues digo
en ocasion semejante
cosas que os importan poco!
No os espanteis, perdonadme,
que por Dios que no me turban
pendencias ni enemistades;
el templo sí, y en su altar
la belleza de su imágen.
¿Qué os importa á vos saber
que descienda de la sangre
del conde de Andrada y Lemos,
y que la causa dilate
de la presente desdicha,
que os ha obligado á escucharme
en vuestro mismo aposento,
donde el sol fuera arrogante?
Sabed, que vine á Sevilla
huyendo (mirad que alarde
de fortuna) porque á un hombre
castigué la lengua infame.
Hablaba mal de mugeres,
y yo que he dado en preciarme
de defenderlas, no pude
sufrir que tan mal hablase.
Pasarme quise á las Indias,
que dos heridas mortales
ya le tendrán bien seguro,
que mal de mugeres hable.
Llegué á Sevilla, y la flota
(como veis) aun no se parte;
entretanto me entretienen
caballeros y amistades:

Don Juan.

Que no fue cosa mal hecha
os dice mi trage y talle.

Martin.

Señora, si solo fuera
quien de esta manera entrára,
no es mucho que os espantara,
y mala sospecha os diera;
pero don Juan, mi señor,
abona el haber pisado
las barandas del estrado
de vuestro heróico valor;
amparadle, pues oisteis
que su imágen os llamó.

Sale Rufina.

Ya la gente que os siguió
no sabe por donde fuisteis:
toda en efeto se fue,
y la calle está segura.

Don Juan.

¡A tal templo de hermosura,
buscando amparo llegué!
Yo soy, gallarda señora,
(como ya os lo dice el trage)
forastero de Sevilla,
corona de las ciudades,
que en España, en toda Europa
gobierna el Rey, que Dios guarde;
que, como naturaleza
es de todos patria y madre:
nací en Madrid, aunque son
en Galicia los solares
de mi nacimiento noble,
de mis abuelos y padres.
Para noble nacimiento

hoy vine á la Magdalena,
y como algunos hallase
á la puerta, me detuve,
que ellos gustaron de honrarme.
No salió muger de misa,
á quien un don Diego, un aspid,
helado para gracioso,
para hablador ignorante,
no infamase en las costumbres,
no desluciese en el talle,
no afease en la hermosura,
no descubriese el amante.
Palabra no les decia
que el alma no me pasase,
que cuando se habla en corrillos
no es afrenta que se hace
al ausente que no la oye,
sino á los que estan delante;
porque es tenerlos por hombres
que gustan de infamias tales,
y hablar mal de los ausentes,
afrenta los hombres graves.
Salió una señora Indiana
con dueña, escudero y page,
y en viéndolo se tapó,
dejando caer la márgen
del manto al pecho, en lo negro
luciendo cinco cristales.
Como cuando el sol hermoso
por nuves opuestas sale,
así de sus ojos bellos
luz por las puertas de Flandes;
pero no templó su lengua,
que luego dijo: "¿qué trate
»mi hermano por interes

me trujo la nobleza de su ama
de mil colores y oro, y la he leido,
con que tambien estuve entretenido;
como con los donaires del Parnaso,
del Orfeo, del nuevo Garcilaso.
Es tanta, finalmente, su belleza;
que puede competir con su nobleza.
Vino, Martin, tras esto la comida
guisada de la dama defendida;
con tal regalo, olor, gusto y aseo,
que solo le ha faltado á mi deseo
el postre que te dió la mulatilla.

Martin.

¡Qué bizarra es la gente de Sevilla!
¡qué liberal! ¡qué limpia y generosa!

Don Juan.

¿No es Leonarda discreta, no es hermosa?

Martin.

¿Cómo discreta? Ciceron, Cervantes,
ni Juan de Mena, ni otro despues, ni antes
no fueron tan discretos y entendidos;
es un harpa templada en los oidos,
es sentencia en favor por el Consejo;
consonancia en cristal de vino añejo,
son de doblon en mesa ó plata doble,
cortés respuesta de persona noble,
ruido de arroyuelo ardiendo Febo,
soneto de don Luis, Seneca nuevo;
con hambre los torreznos que se frien,
con tercianas las fuentes que se rien,
ó mas sonoro que en la espada suele,
de los que azotan á quien no le duele,
ó en un falso testigo ó alcahueta
el eco de la solfa de baqueta;
pues en llegando á hablar de la hermosura,

Diana es fea, Filomena oscura,
la doncella de Francia, y la doncella
de Dinamarca, nones son con ella,
porque el sol es muy lindo, y nos enfada
por los caniculares, y esta agrada.
Quedembnos aquí, pues has topado
las Indias sin la mar, que tú embarcado
irás á tu aposento con Leonarda,
y yo con la mulata que me aguarda
en mi pajar sin larga las escotas;
porque si aquí se encierran treinta flotas,
¿qué es menester buscar mayor tesoro?
que aun esta esclava, si la vendo, es oro.

Don Juan.

Cómo piensas, Martin, lo que has soñado,
bien parece que en paja te has echado.

Martin.

Si, mas no la he comido, que me dieron
naranjas que la cólera rompieron,
un pernil con las hebras como grana,
que abriera á un hipocóndrico la gana;
y á estar hecha en figura mas perfeta,
de un cardenal pudiera ser muceta:
una ave enamorada...

Don Juan.

¿Enamorada?

Martin.

De tierna, derretida, y bien asada.
Hubo su rabanito, oliva y queso,
que pudieran venderme por el peso;
con esto y diez tragadas de Cazalla,
dije poniendo aparte la tohalla,
los ojos ya del buen licor testigos,
mulata, ¿dónde están los enemigos?

Don Juan.

¡Ay, Martin, como todo me alegrára
si en Madrid á doña Angela dejára!
pero ver que es mi hermana, y que afligida
ha de estar del peligro de mi vida,
no me permite gusto ni contento.

Martin.

Quedo; que está Leonarda en tu aposento.

ESCENA XI.

Dichos; Leonarda y Rufina.

Leonarda.

¿Habreis pasado muy mal
de aposento y de comida?

Don Juan.

No la he tenido en mi vida,
hermosa señora, igual.

Leonarda.

Dar un palacio real
á vuestro valor quisiera.

Don Juan.

Ménos á mi intento fuera:
por ser de esclava le alabo,
que siendo yo vuestro esclavo
me disteis mi propia esfera.
Vine á mi centro en venir
donde vuestra esclava vive;
parece que me apercibe
de que os tengo de servir:
si aquí os puedo ver y oir
toda mi ventura encierra,
todos mis males destierra;
porque despues de no estar

en el cielo, no hay buscar
mayor descanso en la tierra:
¿pero qué ha de ser de mi,
ya que en tal lugar estoy,
si en siendo noche me voy
de aqueste dia en que os vi?
si tan presto el bien perdí
fímera fue mi ventura,
no es bien el que poco dura:
¿mas quién, señora, pensára
que mis contrarios vengára
vuestra divina hermosura?
Cual es el muerto no acierto,
bella Leonarda, á juzgar;
si el no veros me ha de dar
la muerte, yo soy el muerto:
pensé que llegaba al puerto
de mis desdichas, y llego
donde á la muerte navego
con tal tormenta y rigor,
que quiere anegar amor
el alma en un mar de fuego.
¿Qué hice yo á vuestros ojos
que vengan mis enemigos,
cuando los hice testigos
de mis lágrimas y enojos?
juzgareis que son antojos,
decirme que me desalma
amor que me tiene en calma;
pero vuestra discrecion
sabe que la obligacion
abre las puertas al alma.
Primero os amé que os ví;
¿quién vió tan nuevo obligar?
y no lo podeis negar,

pues sabeis que os defendí:
mirad como merecí
favores antes de veros,
pero fue para perderos,
pues en viéndonos los dos,
no me defendí de vos,
aunque supe defenderos.

Leonarda.

Señor don Juan, si teneis
determinado partiros,
mal podré yo persuadiros
contra lo que vos quereis;
y basta que me dejeis
con tantas obligaciones,
sin decirme estas razones
para mas pena y dolor,
que no le detiene amor
á quien deja las prisiones.
Defenderme antes de verme
no fue amor, nobleza fué,
ó condicion vuestra en fé
de obligarme y conocerme;
pero si fue defenderme
nobleza, nobleza fue
el haberos defendido;
con que direis con razon
que cumple su obligacion
beneficio agradecido:
vos os vais porque quereis,
y algun deseo llevais,
pues porque quereis os vais,
cuando quedaros podeis;
al peligro anteponeis
el angel que en la posada
debe de estar lastimada;

mirad que estraños desvelos,
que os estoy pidiendo celos
sin amor ni ser amada.
Dicen que la enfermedad
tiene la espada desnuda,
cuando está la vida en duda,
y en mí el ejemplo mirad:
á matar la libertad
la espada desnuda entrastes,
aunque piadosa me hallastes;
pero el efecto que hicístes
no os lo dije, pues os fuistes,
con mas prisa que llegastes.
Id en buen hora á buscar
esa dama venturosa,
que estará tan cuidadosa
como me habeis de dejar;
mirad si quereis llevar
alguna cosa de aquí;
que os aseguro que fuí
dichosa en que luego os vais,
porque si mas os tardais,
me llevárades á mí.

Don Juan.

Leonarda, si yo me voy,
es por no daros enfado,
que del ángel lastimado
legítimo hermano soy,
y el favor que me dais hoy
en el alma le imprimí:
bien quisiera estarme aquí,
si tuviera atrevimiento;
porque este humilde aposento
fuera cielo para mí.
El cuidado de mi hermana

confieso que me le dá.

Leonarda.

¿Qué es vuestra hermana?

Don Juan.

No está
lejos, sabedlo mañana.

Martin.

¿Para qué andais con rodeos,
donde se ven los enojos,
pues por la boca y los ojos
andais trocando deseos?
Pensad la partida bien,
que él se muere por no irse,
y tú (si puede decirse)
porque se quede tambien.
Por lo menos, ya que fuese
prision esta voluntad,
hasta saber la verdad,
responde, á prueba, y estése.
¿Ea, qué os estais mirando?

Don Juan.

Por mí yo me quedo aquí.

Leonarda.

¿Y yo qué diré de mí?

Martin.

Di, que lo estás deseando.

Rufina.

¿Y él no tiene hermana allá?

Martin.

No, perra...... perla queria
decir, que tú lo eres mia.

Rufina.

Tu hermano ha venido ya.

Leonarda.

Salgamos del aposento,

y cierra tú.

Don Juan.

A Dios.

Leonarda.

A Dios.

Rufina.

¿En fin se quedan los dos?

Leonarda.

O es amor, ó atrevimiento.

ESCENA XII.

SALA EN CASA DE DON ANTONIO.

Leonarda y Feliciano.

Feliciano.

¿Leonarda, señora mia?

Leonarda.

¡Cuánto me alegro de verte!
que me has tenido con pena
de ver que tan loco fueses
á acompañar otro loco.
¿Qué ha sucedido? ¿qué tienes?
¿habeis hallado por dicha
al forastero valiente?
¿mas que le habeis muerto?

Feliciano.

Yo
soy el que vengo á la muerte.

Leonarda.

¡Ay cielos! ¿estás herido?
¿dónde? ¿cómo?

Feliciano.

Espera, tente,
que es una herida invisible,

de que sola el alma muere.

Leonarda.

¿El alma puede morir?

Feliciano.

¿De amor, hermana, no puede?

Leonarda.

¿Pues tú sabes qué es amor,
qué con gusto indiferente
á ninguna quieres bien,
y dices, que á todas quieres?

Feliciano.

Como yo pienso, Leonarda,
que mi dinero pretenden,
guardo el alma, y doy la bolsa,
que es lo que ellas apetecen.
Dijéronnos la posada
de aquel don Juan, y cual suelen
romper los ayres los rayos,
fuimos á cal de la sierpe,
entramos, pensando hallar
prendas de don Juan, y en frente
estaba un retrato suyo,
con alma entre viva nieve.
Una doña Angela, un ángel,
claro está, pues lo parece,
con unas lágrimas tristes,
que hicieran la noche alegre.
Las lágrimas te encarezco,
para que por ellas pienses
cual deben de ser los cielos,
que tales lágrimas llueven.
Pero si llorando, y tristes
nombre de cielos merecen,
¿qué serán con alegria
ojos que tal gloria tienen?

Abrió por medio un clavel,
ya quisieran los claveles
tomar las perlas que ví,
y dijo en razones breves
la desdicha en que se hallaba.
Habléla yo tiernamente,
que no supo á tanto sol
el corazon defenderse,
pesó á perlas mis palabras
enternecida de verme
de su parte en su desdicha;
que á veces, Leonarda, mueve
al llanto en las desventuras
el ver que alguno las siente.
Prometí darla favor,
don Pedro enojóse, y fuese;
y aunque yo tambien me fuí,
diré la verdad, quedéme.
Dí para regalos de hoy
cincuenta escudos al huésped,
que llevaba en un bolsillo.
Con esto he venido á verte,
porque sepas que don Pedro
puede buscar quien le vengue;
porque yo pienso, Leonarda,
(y ríñeme como sueles)
tener el ángel que digo
por mi dueño para siempre.

Leonarda.

Lo que yo pienso reñirte,
(pues sabes que las mugeres,
de ver otras en desdichas,
se lastiman facilmente)
es que á persona tan noble
esa miseria le dieses,

cuando le dabas el alma.

Feliciano.

Razon, mi Leonarda, tienes;
mas no ves que las que pesan,
por miedo de los fieles
á lo principal añaden
otra cosa diferente:
así al alma puse el oro,
no porque valor hubiese,
pero por cumplir el peso,
aunque me pesa de verme
en peso tan desigual,
si bien es un tiempo aqueste,
que á peso del oro hay almas,
y almas que por él se pierden:
ya lo dí, corrido estoy.

Leonarda.

Poco el oro me parece
para contrapeso de alma.

Feliciano.

No tuve mas, ¿qué me quieres?

Leonarda.

En tal ocasion, hermano,
y mas si amor te enloquece,
era lo cierto decir,
como hombre cuerdo y prudente,
yo tengo en casa una hermana,
que en esta ocasion os puede
tener consigo, entretanto
que este negocio remedien
ruegos, dineros, y amigos.

Feliciano.

¿Luego si yo la trugese,
la tendrias tú contigo?

Leonarda.

¿Eso dudas? ¿luego entiendes
que tengo el alma de piedra?
Iré por ella, si quieres,
y si hay lugar en tristezas
le diré lo que mereces.

Feliciano.

¡Ay Leonarda de mis ojos!
á tus pies quiero atreverme
á pedirte que me obligues,
y que esta dama consueles.
Haz poner el coche, y parte
á la calle, que parece
que estando á los pies de un Angel,
entónces fué de la sierpe.
Toma mi hacienda, mi vida,
como sola èl alma dejes;
y esto porque no la tengo.

Leonarda.

Llama, Rufina, esa gente,
hoy que el Angel de mi hermano
el coche en oro convierte.

Rufina.

Basta que estais dos á dos.

Feliciano.

!Ay, Angela, si te viesen
en esta casa mis ojos!

Leonarda.

¡Ay, don Juan, cuanto me debes! *ap.*

Rufina.

¡Ay Martin! si á mi color
tal san Martin le viniese.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE DON ANTONIO.

Don Juan y Martin.

Martin.

Parece nuestra historia encantamento.

Don Juan.

No lo parece, si lo es.

Martin.

Al dia
abre las puertas con dorado aliento
la bella Aurora que las flores cria.

Don Juan.

Estaba (como digo) en mi aposento,
cuando la noche el filo igual tenia
en la balanza con que pesa estrellas,
mas triste que ella suele estar sin ellas.
Pensaba solo en mi querida hermana,
cuando oigo abrir la puerta, y que Rufina
me dice, que Leonarda mas humana
hablarme en su aposento determina:
voy tras la esclava como sombra vana,
mira tú con que luz mi error camina,
y asido de su enfaldo á escuras llego
á la esfera bellísima del fuego.
Una bujía en una cuadra ardía,
y con vislumbre trémula enseñaba
lo que en la cuadra bien compuesta habia,
que una cama de seda y oro estaba;
el ambar de aire en viento le serbia,

que por las cuatro partes respiraba!
allí yo te confieso que suspenso
llegar mi dicha por la posta pienso.
¿Qué os deteneis? (me dice la mulata)
corred, cobarde, esa cortina luego,
y descubriendo un cielo de oro y plata,
de una hermosa muger me abrasa el fuego:
yo cuando pienso que Leonarda trata
de algun yerro de amor que es siempre ciego,
conozco que es doña Angela mi hermana,
y fuese en humo mi esperanza vana.
¿Qué es esto (dije), dulce hermana mia?
y como con su rostro me juntaba,
sentí que huésped en la cama habia,
que Leonarda de celos suspiraba.
Martin, yo te confieso el alegría,
que ver mi hermana en tal lugar me daba,
pero que en parte me pesó, pues creo
que fuera mas dichoso mi deseo.
Despues de hablar con ella mas de una hora,
¿cómo, le dije, este lugar tomaste,
pues era de Leonarda mi señora?
¿tan presto el noble termino olvidaste?
Mandóme (respondió) mudarle agora
para poder hablar cuando llegaste;
pasa de la otra parte, porque puedas
agradecer lo que obligado quedas.
Yo escucho desde aquí, dijo Leonarda;
y detúveme yo cobardemente:
pero ella, presumiendo de gallarda,
remitió su temor á su accidente;
fingió que el animal, el que acobarda
mas las mugeres, se atrevió á su frente:
ya ves con qué donaire fingiria
el miedo, que era entonces osadia.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

No ha visto el mismo amor desde que miente,
que desde que nació mentir sabia,
tan bien fingido espanto, y accidente,
mas bien trazado para dicha mia;
y fuélo grande estar su hermano ausente,
(porque á acostarse le conduce el dia)
que nos pudiera oir; mas la ventura,
cuando ella quiere, todo lo asegura.
El rostro bajo á la bordada orilla
de la cama, por ver si hallaba el rastro,
y hallo una desmayada zapatilla
que le faltaba el alma de alabastro:
bien haya la limpieza de Sevilla;
porque por vida de don Juan de Castro,
que el mas grave señor hacer pudiera
la limpia zapatilla vigotera.
Con esto á mi aposento vuelvo, y digo
á mi fortuna mil requiebros, tales,
que desde agora á no sentir me obligo,

por tales bienes, los mayores males;
no ha sido el sueño de mi bien testigo,
que apénas en los fúlgidos umbrales
del cielo puso el pie la blanca aurora,
cuando me halló como me ves agora.

Martin.

¡Suceso estraño, y último sosiego
de tu temor! Mas breve fue mi historia;
por la mulata á la cocina llego,
que andaba en esos pasos de tu gloria;
dormia echado en el umbral del fuego
un mastin que pudiera andar la noria,
siento roncar, y paso á paso aplico
la humilde boca al temerario hocico:
pero apénas la boca en él repara
que olia á pepitoria, y no á camuesas,
cuando ladrando me agarró la cara,
y en los carrillos me estampó las presas;
pues luego mi fortuna en eso para,
quiero correr, tropiezo en dos artesas,
y doy en la espetera con la frente,
despertando los gatos y la gente.
Cual me salta á la cara, cual me agarra
por una pantorrilla, pierdo el tino,
muero en el puerto, y sin hallar la barra,
por embocar la puerta desatino:
¿qué galgo con cencerro ó con guitarra,
sacudiendo la cola, huyendo vino
por las carnestolendas, como salgo?
Las manos dejo, y de los pies me valgo.
Pero ya que salí de la cocina,
huyendo del ladrante seguimiento,
por ir al aposento de Rufina,
de las conservas hallo el aposento.
O bien haya, don Juan, la luz divina

de cuanto vive lustre, y ornamento,
pues con ella á tus ojos he llegado,
oloroso, mordido y arañado.

Don Juan.

Gente suena, aqui te esconde,
hasta que sepas quien es.

Martin.

¿Tengo de hablarte despues?

Don Juan.

Mi soledad te responde.

Martin.

Muy bien te puedes estar,
que es Leonarda mi señora.

ESCENA II.

Martin y Leonarda.

Leonarda.

¿Martin?

Martin.

Pareces aurora
en la luz y el madrugar.
Querrás andar en tu casa;
Indiana en fin.

Leonarda.

Otro fin
me ha despertado, Martin,
que de hacienda de Indias pasa.

Martin.

Digolo, porque teneis
fama de ser miserables,
por los trabajos notables,
que en tierra y mar padeceis.
¿Pero qué te ha levantado?

Leonarda.

Un desasosiego injusto.

Martin.

¿Es disgusto?

Leonarda.

No es disgusto,
que no hay gusto con cuidado.

Martin.

No será pena de amor,
que dan gusto sus desvelos.

Leonarda.

No le puede haber con zelos.

Martin.

De zelos es la mayor;
¿pero zelos tú? ¿de quién?

Leonarda.

Mís zelos son testimonio
de que se ha vuelto demonio
mi amor.

Martin.

No lo entiendo bien.

Leonarda.

¿Qué nombre le puedo dar,
si tengo de un Angel zelos?

Martin.

¿De esto nacen tus desvelos?

Leonarda.

Si me ha querido engañar
don Juan, por haber pensado
que le he de ayudar mejor,
engáñase, que el amor
no paga bien engañado:
doña Angela no es su hermana.

Martin.

Es por Dios, y no es razon

que juzgues de su intencion
por una apariencia vana.

Leonarda.

Yo sé que su dama es,
y que lo quiere encubrir,
y á mi no me ha de mentir
por tan pequeño interes;
que me va la vida á mi
en tener mi libertad:
él sabe mi calidad,
tan buena como él nací.
Yo regalaré su dama,
no por eso ha de pensar,
que es mejor aventurar
el crédito de mi fama.
Ella es muy linda por Dios,
y en él muy bien empleada,
ya la he visto despojada;
bien se pagaron los dos.
Hasta verla tuve en duda
la voluntad, y la vida:
desvelos me dió vestida,
zelos me ha dado desnuda.
No es cosa para sufrir,
que zelos antes de amor,
es como necio acreedor
que firma sin recibir.
Dí que no me hable mas
en lo que habemos tratado.

Martin.

Si mi señor te ha engañado,
no vuelva á Madrid jamás.
Plega á Dios, que un ignorante
me lea, ilustre Señora,
en versos, versos un hora,

y un mal músico me cante.
Y que algun falso deudor
de estos moatreros viejos,
por audiencias y consejos
haga pedazos mi honor.
Plega á Dios que sea creida
la primera informacion,
y quiteme la opinion,
que sin opinion no hay vida;
que me vendan mis parientes,
y me olviden mis amigos,
y que á mil falsos testigos
nazcan otros tantos dientes;
que sirva á señor ingrato,
y si hubiere lugar, quiero
que me tire un candelero
á quien pidiere barato;
que se aficione á capones
mi dama por voces vanas,
y si tuviere tercianas,
me curen por sabañones;
que compita con bonete,
y me atruene un bachiller,
que hable grueso mi muger,
y mi criado en falsete;
que me ensucien una aldaba
cuando por llamar la tuerza,
y que me casen por fuerza,
que con voluntad bastaba.

Leonarda.

Ya te conozco, Martin,
para tordo eres mejor;
yo entendí que tu señor
miraba otro blanco y fin.
Lo dicho, dicho, no hay mas.

Martin.

Oye, señora; detente,
escucha.

Leonarda.

Vete insolente.

Martin.

¿De esa manera te vas?

ESCENA III.

Martin y Feliciano.

Feliciano.

¿Qué es esto?

Martin.

Perdiose todo.

Feliciano.

¿Quién sois? ¿Y qué haceis aquí?

Martin.

Señor, yo vine... yo fuí..

Feliciano.

Quien se turba de ese modo,
bien claro dice quien es.

Martin.

Soy cajero, y he vendido
unas randas que he traido,
como lo sabreis despues.
Si algunas voces he dado,
por mi dinero sera.

Feliciano.

¿Y la caja donde está?

Martin.

Aquí enfrente la he dejado,
de donde agora pasé.

Feliciano.

¿Y á quién las habeis vendido?

Martin.

Si á vuestra muger ha sido
ó á vuestra hermana, no sé;
y aquí estaba una esclavilla,
la cual Rufina se llama.

Feliciano.

No es mi muger esa dama.

Martin.

Yo sé poco de Sevilla.

Feliciano.

¿De qué nacion?

Martin.

Turco soy.

Feliciano.

¿Turco?

Martin.

Digo de Turin.

Feliciano.

¿Piamontés?

Martin.

Si piamentín.
En grande peligro estoy. *ap.*

Feliciano.

¿De qué pais del Piamonte?

Martin.

De Illescas.

Feliciano.

¿De Illescas, como?

Martin.

Tal miedo de veros tomo;
porque yo soy de Belmonte.

Feliciano.

No me agradais. ¡Ah Leonarda!

ESCENA IV.

Dichos y Leonarda.

Leonarda.
¿Es Feliciano?
Feliciano.
Yo soy.
Martin.
Gracias á los cielos doy;
nunca su socorro tarda.
¿A vuestra merced no he dado
unas randas, de que espero
en esta puerta el dinero?
Leonarda.
Unas randas le he comprado.
Feliciano.
Perdonad, hombre de bien.
Martin
Las sospechas, caballero,
perdono, mas no el dinero.
Feliciano.
Pagaros quiero tambien:
venid, amigo. *Vase.*
Leonarda.
Martin,
escuchad.
Martin.
¿Qué me mandais?
Leonarda.
Que á verme siempre vengais.
Martin.
Pensé que dabamos fin
á nuestros cuentos, por Dios;
pero mas ventura fué,

pues descubierto podré
hablar, señora, con vos.

ESCENA V.

Leonarda.

A las perlas del alba descogian
Pintadas hojas las abiertas flores,
Cuando en alegre paz dos ruiseñores
Su nido sobre un álamo tegian.
Pero en el tiempo que coger querian
El fruto de sus cándidos amores,
Llegaron otros dos competidores,
Que cuanto fabricaban deshacian.
Las pajas de que ya vestido estaba
Bañaron en cristal los arroyuelos
De una fuente que el álamo bañaba.
Así fueron mis ansias y desvelos
Cuando pensé que nido fabricaba:
Tal fin promete amor, principio en zelos.

ESCENA VI.

Leonarda y Angela.

Angela.

¿Estás sola?

Leonarda.

¿No lo ves?

Angela.

Mi hermano, Leonarda mia,
á asegurarte me envia,
para que de mí lo estés:
suplícate que me des
crédito por desagravio
de tu amor, que no es tan sabio

amor, que á no ser su hermana,
fuera la riqueza humana
parte á sufrir un agravio.
Y mucho lo estoy de tí,
en no haberte parecido
aquello mismo que he sido
desde el dia en que nací.
¿Por qué presumes de mi
que si yo fuera su dama
aventurára tu fama,
infamando tu nobleza?
porque no hay mayor bajeza,
que ser tercero quien ama.
¿Mas de qué sirven rodeos?
Para mas seguridad,
pagaré con voluntad
de tu hermano los deseos:
amor, de honestos empleos
no esceda, ni te levante,
mas que á ser cortés amante:
mira tú si puede haber
para zelos de muger
seguridad semejante.

Leonarda.

Doña Angela, en tiempo breve
no puede haber mucho amor,
esto ha sido, que el amor
se previene á lo que debe:
cuando una muger se atreve
á amar, mire los sujetos
causa de iguales efetos,
que examinar el valor
ántes de tener amor,
es prevencion de discretos.
Nunca aventuran la fama

tan presto nobles mugeres;
si como su hermana eres,
fueras Angela su dama;
(que nobleza no se infama
amando lo que es ageno)
ya tengo tu amor por bueno,
ya con mis celos acabo,
tu satisfaccion alabo,
y mi sospecha condeno.
Si á mi hermano favoreces,
daré favor à tu hermano,
que ya sabe Feliciano
lo que vales y mereces:
la fortuna muchas veces
ofrece las ocasiones,
si á las Indias te dispones,
aquí es mejor que te pares,
sin andar por altas mares
peregrinando naciones.
Aficióneme de ver
que sacase un caballero
en mi defensa el acero,
solo porque soy muger.
Angela, no he menester
dineros, sino contento;
ayuda mi pensamiento,
que fuera de mi nobleza,
no hay en las Indias riqueza
que iguale tu casamiento.

Angela.

Yo, señora, haré tu gusto,
fuera de ser de mi hermano.

Leonarda.

Daba á don Pedro la mano,
no con pena ni disgusto,

pero ya querer es justo,
á quien defiende mi honor.

Sale Rufina.

Don Antonio mi señor
viene con don Pedro á hablarte;
escóndete.

Angela.

¿Si es casarte?

Leonarda.

No hay obediencia en amor.

ESCENA VI.

Leonarda, Rufina, don Antonio y don Pedro.

Don Antonio.

¿En tal peligro queda?

Don Pedro.

No parece
que una hora puede dilatar la vida;
mengua el valor, y el accidente crece:
mi casa queda toda reducida
á sola mi persona.

Don Antonio.

Si en vos queda,
será mas aumentada que perdida.

Don Pedro.

Bastante hacienda y mayorazgo hereda,
quien solo quiere ser esclavo vuestro,
cuando esta dicha el Cielo me conceda.

Don Antonio.

Vos conoceis el justo amor que os muestro.
Aquí está mi Leonarda, que en su gusto
sabeis, don Pedro, que se mueve el nuestro.
Leonarda, sin respuesta, sin disgusto,
hoy se ha de hacer este concierto, hoy quiero.

Don Pedro.

Aun no fuí de sus ojos admitido.

Don Antonio.

Vos, lo sereis cuando seais su esposo.

Don Pedro.

Dadme licencia que despues la vea.

Don Antonio.

Dueño sois de esta casa.

Don Pedro.

Venturoso,
padre y señor, quien tanto vien posea.

ESCENA VII.

Leonarda, Rufina, y despues don Juan y Martin.

Leonarda.

¿Quien pensára que tan presto
tuvieran fin semejante
mis pensamientos activos?

Rufina.

¿Puede mi señor forzarte?

Leonarda.

Puede quitarme la vida.

Don Juan.

Dejame, necio.

Martin.

¿Qué haces?

Don Juan.

¿Qué tengo de hacer? morir.

Martin.

¿Pues de esa manera sales?

Leonarda.

¿Qué es esto, don Juan?

Don Juan.

Perderme.

que lo que quiero yo tengas por justo:
Es don Pedro tan noble caballero,
que quiero honrar mi casa de la suya.
Dóile sin joyas tuyas en dinero
cuarenta mil ducados, aunque es tuya
mayor parte despues; dale la mano,
para que la escritura se concluya.
Mayorazgo he fundado en Feliciano,
ya sabes que es razon, diez mil de renta
(gracias á Dios) le quedan á tu hermano;
que en la nobleza, y las virtudes cuenta,
tiene por dote de mayor decoro,
lo que la vida y la opinion aumenta.

Don Pedro.

Si llevo en mi Leonarda tal tesoro,
¿no me basta saber que es prenda mia?
¿qué valor en su pie merece el oro?

Leonarda.

Estimo vuestra noble cortesia,
señor don Pedro, yo aunque estaba agena
de que la dicha que decis tenia.
Esto solo os respondo.

Don Antonio

No condena
la vergüenza jamas estas acciones;
vamos adentro, no la demos pena.

Don Pedro

No voy contento yo de sus razones;
disgusto me parece que ha sentido.

Don Antonio.

Fingen disgusto en estas ocasiones.

Don Pedro.

Poco dichoso con Leonarda he sido.

Don Antonio.

Aquel encogimiento fue forzoso.

Leonarda.

¿Adonde vas?

Don Juan.

A matarme.

Leonarda.

¿Por qué, señor?

Don Juan.

Por tu gusto.

Leonarda.

¿Gusto? ¿de qué?

Don Juan.

De casarte.

Leonarda.

¿Oiste á mi padre?

Don Juan.

Le oi.

Leonarda.

¿Pues qué dijo?

Don Juan.

Que me mates.

Leonarda.

¿Yo qué respondí?

Don Juan.

Tibiezas.

Leonarda.

¿Y don Pedro?

Don Juan.

Necedades.

Leonarda.

Sosiégate.

Don Juan.

¿Cómo puedo?

Leonarda.

¿Dije el sí?

Don Juan.

Bastó callarle.

Leonarda.

Necio estás.

Don Juan.

Soy desdichado.

Leonarda.

Y yo muger.

Don Juan.

Eso baste.

Leonarda.

Habláme bien.

Don Juan.

Estoy muerto.

Leonarda.

Escucha.

Don Juan.

¿Qué he de escucharte?

Leonarda.

Eso es locura.

Don Juan.

Es por tí.

Martin.

Parecen representantes,
que saben bien el papel.

Leonarda.

Martin, así Dios te guarde,
¿siente don Juan lo que dice?

Martin.

¿Si lo siente? ¡qué donaire!
¿pues vesle salir sin seso,
y preguntas disparates?

Don Juan.

Ea, Martin, á embarçar.

Martin.

¿Cómo quieres que me embarque,
si he empleado mi dinero
en olandas y cambrayes?
Soy de esta casa cajero,
pesquéle quinientos reales
á Feliciano; y pretendo
tratar en Italia y Flandes.

Don Juan.

Digo, que te embarques luego.

Martin.

¿Donde tengo de embarcarme?

Don Juan.

Dentro del mar de mis ojos.

Martin.

Notables sois los amantes.

Don Juan.

Mas no, que corre tormenta,
y era forzoso anegarte.

Leonarda.

Ve, Rufina, al corredor,
porque puedas avisarme:
tú, Martin, lince has de ser
en la puerta de la calle,
que quiero hablar libremente.

Rufina.

Yo voy.

Martin.

Y yo á ser alcayde.

ESCENA VIII.

Leonarda y don Juan.

Leonarda.

Don Juan, las ingratitudes

ofenden las voluntades,
mucho en poco tiempo debes
al alma qte supo amarte.
¿Cuál hizo mas de los dos?
¿tú en quererme, ó yo en dejarme
engañar de los requiebros;
cosa á los hombres tan facil?
¿qué mudanza has visto en mí?
¿qué es lo que dije á mi padre?
¿qué te obliga á hacer locuras?
¿puede por fuerza casarme?
no puede; y mas que te busca
Feliciano por mil partes,
obligado á defenderte
por mi inclinacion notable
al servicio de tu hermana.
Por Dios, don Juan, que repares
en la pena que me dás.

Don Juan.

No sé como puedo hablarte
con las desdichas presentes,
porque es razon que me alcancen.
¡Que quien creucha oiga mal!
Lo que escuché fué bastante
para temer la caida
de mi fortuna mudable.
Si tu padre, prenda mia,
con resolucion tan grande
quiere casarte; ¿qué importa,
que tú con tu hermano trates
resistir la voluntad?

Leonarda.

No hayas miedo que me case
con don Pedro, don Juan mio;
que si de mi hermano sabes,

que desea conocerte,
no será mi padre parte
para casarme por fuerza.

Don Juan.

¡Qué notables tempestades
corre esta pobre barquilla
en dos tan breves instantes!
¿Es posible que en dos dias
cosas por un hombre pasen,
que aun en dos años parecen
imposible de contarse?
Mil veces en mi aposento
pienso que puedo engañarme;
porque me niego á mí mismo
ser tan presto, y ser verdades,
ó por lo ménos que duermo,
y que sueño disparates,
por mas que los nacimientos
conciertan las amistades.
Entré, señora, en tu cuadra;
ví con doña Angela un angel,
y por unas celosías
de cabellos descuidarse
blanco marfil mal ceñido
de lágrimas orientales,
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
luego ví encubrirse todo,
quedando solo en cristales
unos rayos que tenian
breves grillos de diamantes.
Vine con esto mas loco;
olvidéme de mis males,

que no esperados placeres
olvidan grandes pesares.
Prometíme de tener
dueño, que el mundo envidiase;
rico; noble; hermoso; ilustre;
de alto valor; de alta sangre;
en pago de la defensa
y alabanzas inmortales,
que me deben las mugeres
honras; virtudes; linages;
desde que ceñí la espada;
no sufriendo que afrentasen
muger ninguna á mis ojos;
lo cual me ha costado cárcel;
heridas, perder la patria,
envidias; enemistades;
oficios; cargos; hacienda,
hasta que pude obligarte
con lo que sabes, señora,
que te ha obligado á ampararme:
y apénas quise salir
no á dejar mis soledades;
sino por ver si te veía;
cuando el sueño se deshace,
oigo decir que te casas,
y oigo decir que me maten.

Leonarda.

¿Don Juan, un hombre valiente
tan tiernos estremos hace?
mirad, que entraste muy bravo
para salir tan cobarde:
¿que seguridad quereis
para que con vos me case?

Don Juan.

Una firma suele ser

firmeza de amor constante.

Leonarda.

Voy á escribir un papel.

Don Juan.

¿Y firmarásle?

Leonarda.

Esperadme;
mal conoceis las mugeres
con amor.

ESCENA IX.

Don Juan.

El Cielo os guarde.

Fortuna, que á Sevilla me trujiste
Huyendo del rigor en que me hallaste,
¿En qué mar á las Indias me embarcaste,
Que con tal brevedad me enriqueciste?
Mas no es el fin del bien que le conquiste,
Si de la posesion te descuidaste,
Pues para mas tristeza me alegraste;
Que no hay alegre bien, si el fin es triste.
No me des dichas para no gozallas,
No me des glorias para no tenellas,
Ni el breve bien que en esperanzas hallas;
Que no pudiendo asegurarse dellas,
Parece que es mas dicha no alcanzallas,
Que vivir con el miedo de perdellas.

ESCENA X.

Don Juan y Feliciano.

Feliciano.

¿Quién es?

Don Juan.

¡Notable desdicha! *ap.*

Feliciano.

¿Qué es lo que mandais aquí?

Don Juan.

Aunque perderla temí, *ap.*
muy breve ha sido mi dicha:
aquí no hay otro remedio
como decir la verdad,
que será temeridad
perder lo que hay de por medio.
¿Sois Feliciano?

Feliciano.

Yo soy.

Don Juan.

A vos os busco.

Feliciano.

¿A qué efecto
me buscais?

Don Juan.

Yo soy don Juan
de Castro y Portocarrero.

Feliciano.

¿Sois el que ha don Diego hirió?

Don Juan.

Soy el que ha herido á don Diego.

Feliciano.

Saco la espada.

Don Juan.

Esperad,
y sabreis á lo que vengo.

Feliciano.

Vos á matarme vendreis.

Don Juan.

Oidme, señor, os ruego,

dos palabras.

Feliciano.

Ya os escucho,
aunque es por cierto respeto.

Don Juan.

¿Sabeis, que si lo sabreis,
que reñimos bueno á bueno
don Diego y yo?

Feliciano.

Bien lo sé.

Don Juan.

Pues segun eso, ¿qué debo
entre caballeros nobles?

Feliciano.

De todo estoy satisfecho.

Don Juan.

Esto es cuanto á la herida,
porque á vos, que no á don Pedro,
doy esta satisfaccion.

Feliciano.

El término os agradezco.

Don Juan.

Donde he estado retirado,
ha una hora que me dijeron
que la señora Leonarda,
con noble y piadoso pecho,
trujo á doña Angela aquí;
yo, como en fin, forastero,
no conociendo las partes,
con el honor que profeso,
por las tapias de la huerta
desamparé el monasterio,
y aventurando la vida
á ver quien la trujo vengo.
Entré loco por la casa;

pero en sabiendo los dueños
os pido humilde, que es justo,
perdon de mi atrevimiento.
Suplícoos que la ampareis,
hasta que me vaya al puerto,
que en casa tan principal
pienso que la puso el cielo.
Con esto y vuestra licencia
al Monasterio me vuelvo,
y si saliere justicia,
cosa que volviendo temo,
las manos me han de valer,
que á los pies poco les debo.

Feliciano.

Puesto que yo soy amigo
de don Pedro y de don Diego,
lo soy mas de la verdad,
y del valor de los pechos.
A estas horas puede ser
que esté don Diego muriendo;
ya que por tan justa causa
en peligro os habeis puesto,
no habeis de salir de aqui,
porque no es justo, ni quiero,
sino es que yo os acompañe,
que si de Leonarda el celo
fue amparo de vuestra hermana,
tambien obligado quedo
por ella, por vos, por mí,
y por Leonarda á teneros
en mi casa hasta que vais
seguro á Cádiz ó al Puerto.
¿ Haos visto alguno en mi casa?

Don Juan.

Ninguno.

Feliciano.

Pues mi aposento,
sin que lo entienda mi hermana
ni mi padre, daros quiero.

Don Juan.

Echaréme á vuestros pies.

Feliciano.

Aquel es el cuarto nuevo:
esta es la llave, tomad,
id aprisa, cerrad presto;
y advertid que hay una puerta,
por donde, si no hablais quedo,
os puede escuchar mi hermana;
por eso andad con silencio,
que á sus aposentos sale.

Don Juan.

Mil años os guarde el Cielo,
que desde hoy prometo ser
para siempre esclavo vuestro.

ESCENA XI.

Feliciano.

¿Qué pudo imaginar mi pensamiento
Que del alma viniese á la medida,
Como hallar á don Juan, en cuya vida
Estriva de mi amor el fundamento?
Cuando temí, para mayor tormento,
Mi muerte en el rigor de su partida,
De los cabellos la ocasion asida
Dispone á dulce fin mi atrevimiento.
Ya estaba el alma sin tener sosiego,
Vestida de mortal desconfianza;
pero valióme la esperanza luego.
Ella es el bien, mientras el bien se alcanza;

que como el árbol es materia al fuego,
así vive el amor con la esperanza.

ESCENA XII.

Feliciano y Leonarda.

Leonarda.

Como mi hermano ha venido,
don Juan se escondió.

Feliciano.

Leonarda,
¿que hay de nuevo?

Leonarda.

Que me aguarda
un mal tan bien prevenido.
Con don Pedro está firmando
mi padre las escrituras.

Feliciano.

¿En voluntades seguras,
quién puede temer amando?

Leonarda.

Si tú no temes, yo si,
que hacer este casamiento
estorba mucho tu intento.

Feliciano.

Leonarda, despues que vi
á doña Angela, que adoro,
sin saber quien es don Juan,
mil pensamientos me dan,
cuyos efectos ignoro.
¿Quieres á don Pedro bien?
¿quieres casarte?

Leonarda.

No hay cosa
cual una pregunta ociosa,

con que mas penas me den;

Feliciano.

No te puedo encarecer
lo que me alegra escucharte;
porque á serlo solo es parte
querer tú ser su muger.
Este ha de ser enemigo
de doña Angela, si muere
su hermano: ¿Pues quién lo fuere,
cómo puede ser mi amigo?
¿tengo de tener cuñado,
que á doña Angela persiga?

Leonarda.

Feliciano, amor te obliga
de un angel bien empleado.
Por tí no quiero casarme,
que tambien á mi me dan,
sin conocer á don Juan,
pensamientos de guardarme;
sin saber por qué, me guardo
de lo que los dos intentan.

Feliciano.

Por tu vida, que me cuentan
que es el hombre mas gallardo
que ha venido de Castilla;
que en un monasterio está,
donde á visitarle va
lo mas noble de Sevilla.
¿Quieres que vaya por él,
para que á su hermana vea?

Leonarda.

Claro está que lo desea:
¿mas como vendrás con él?

Feliciano.

En un coche con recato.

Honor, no es esto ofenderos, *ap.*
que antes es ennobleceros
lo que con Angela trato.

Leonarda.

Busca á mi padre, y dirás
esto que sabes de mí,

Feliciano.

Ya voy: advierte que aquí
esa palabra me das.

Leonarda.

De don Juan digo que soy,
si tú quieres que lo sea,
aunque nunca á don Juan vea.

Feliciano.

Loco por Angela estoy.

ESCENA XIII.

Leonarda y Rufina.

Leonarda.

Bueno es ir por él agora,
y dentro de casa está;
vivid esperanza ya.
¿Oyes, Rufina?

Rufina.

¿Señora?

Leonarda.

Abre ese aposento, y llama
á don Juan.

Rufina.

En él entré
denantes, y no le hallé:
hice despacio la cama,
y como ví que no vino,
fuime.

Leonarda.

¿Dónde puede estar?
que no habiendo otro lugar
pareciera desatino.
¡Ay de mí, si se partió
temiendo mi casamiento!

Rufina

Pues él no está en mi aposento,
lo mismo imagino yo.

Leonarda.

El se fué desconfiado:
¿qué haré? muerta soy, !ay cielos,
estraña fuerza de zelos!

Rufina.

Si se fué, ¿qué te ha llevado,
que los ojos de agua llenos,
haciendo estremos estás?

Leonarda.

Del alma lleva lo mas,
del cuerpo lleva lo menos.

ESCENA XIV.

Dichos, Angela y Martin.

Angela.

¿Leonarda?

Leonarda.

¿Angela?

Angela.

¿Qué es esto?

Leonarda.

Don Juan es ido; estoy loca.

Angela.

¿Don Juan?

Leonarda.

Con causa tan poca,
que se echa de ver cuan presto
olvida quien presto quiere.

Martin.

No era muy poco temer
ser de don Pedro muger,
para que su muerte espere.

Angela.

No me puedo persuadir
que me dejase mi hermano.

Leonarda.

Pues que te ha dejado es llano,
para dejarme morir.

Martin.

El no salió por la puerta.

Leonarda

Si salió, que siendo bien,
cuando se va no le ven.

Martin.

Tu hermano viene.

Leonarda.

Estoy muerta.

ESCENA XV.

Dichos, Feliciano y don Juan.

Feliciano.

Angela, para alegraros
os traigo lo mas que puedo:
dad los brazos á don Juan.

Angela.

¿Don Juan? ¿mi hermano?

Leonarda.

¿Qué es esto?

Feliciano.

En un coche con amigos
le saqué del monasterio.

Angela.

¿Cómo no me hablas, hermano?

Don Juan.

Porque enmudece el contento,
que viene sin esperanza:
mucho á estos señores debo,
pues en tan grave desdicha
tanta merced nos han hecho.
¿Es la señora Leonarda?

Leonarda.

Yo soy á servicio vuestro.

Don Juan.

No solo os beso los pies,
la tierra que pisan beso.

Leonarda.

En estremo he deseado,
señor don Juan, cononoceros,
que por allá habreis sabido
lo que á doña Angela quiero.

Don Juan.

Sé la merced que la haceis,
digna de tan nobles pechos:
ya mi desgracia supisteis;
con razon temo á don Pedro,
que es quien pretende matarme:
mas ya me ha muerto de zelos. *ap.*

Leonarda.

¿Mataros? no lo creais,
no matará si yo puedo,
que hay muchos en esta casa
que pretenden defenderos.

Don Juan.

Como el señor don Antonio
le quiere para su yerno,
de que os doy el parabien,
con justa razon le temo.

Leonarda.

Pues no temais, que he de ser
(aunque por padre le tengo)
de quien quisiere mi hermano,
que solamente obedezco.

Feliciano.

Yo te casaré, Leonarda,
y no será con don Pedro.

Leonarda.

Mil veces te doy los brazos,
y el pesamiento agradezco.

Feliciano.

¿Parécete bien?

Leonarda

Sí, hermano.

Martin.

Abrace vuste al cajero
de casa.

Don Juan.

Con mucho gusto.

Martin.

Randas y Cambrayes vendo:
si hay bodas, no hay que sacar
de cal de Francos, que tengo
ciertas holandas, manteles,
mas que el propio pensamiento.
Comencé sin una blanca;
y á la primer flota pienso
enviar cuarenta fardos,
y tres doblando el dinero;

cargadas naves que valgan
siete mil y cuatrocientos.
Luego compro mi lugar,
y en un coche me paseo;
miro grave, y hablo culto,
y quito el sombrero á dedos.
Tres cosas hacen los hombres,
y los levantan del suelo,
las armas, letras, y el trato;
armas, no las apetezco
viendo mil soldados mancos,
sopones de los conventos;
letras, no las aprendí;
trato desde aquí comienzo.
Fortuna, pues eres dama,
cuatro moños te prometo,
y díez naguas de algodon,
con que estés gorda tan presto,
que encubras por lo estofado
las cantimploras del suelo.

Rufina.

Mi señor viene.

Feliciano.

Don Juan,
volveos al monasterio
que sabeis, que cada dia
ir á buscaros prometo,
y fiad de esta palabra.

Don Juan.

Honrais un esclavo vuestro:
á Dios, señora Leonarda,
á Dios, Angela.

Angela.

Los cielos
os libren, don Juan.

Leonarda. Y os guarden
para lo que yo deseo.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE DON ANTONIO.

Don Antonio y Feliciano.

Feliciano.

Cuando don Pedro salia . . .
(que por su causa no entré)
escuché que te decia,
padre y señor, con que fué
cierta la sospecha mia.

Don Antonio.

¿Pues qué sospechas?

Feliciano.

Sospecho
que habrás casado á Leonarda.

Don Antonio.

Tratado está, no está hecho:
como ser su esposo aguarda
de tu amistad satisfecho,
entra por padre y señor,
mas humilde que un deudor;
por que cuantos se han casado
de esta manera han entrado,
ú sea interés ó amor.
Pero apenas pasa un mes
cuando es suegro, y de él se afrentan,
y por cualquiera interés
entre las cosas le cuentan,
que se aborrecen despues:
pésales de ver que vive,

como de heredar les prive,
y dicen que un siglo dura.

Feliciano.

Don Pedro á tanta ventura
justamente se apercibe.
Pero no se la darás,
á lo menos con mi gusto,
pues desobligado estás.

Don Antonio.

¿Has tenido algun disgusto
con don Pedro?

Feliciano.

Yo, jamás.

Don Antonio.

¿Pues dóisela yo por tí,
cuya amistad con esceso
no es de gusto para mí,
y agora sales con eso?
¿no es tu amigo?

Feliciano.

Señor, sí,
y á otros muchos preferido.

Don Antonio.

No, Feliciano: los dos
habeis reñido: ¿qué ha sido?

Feliciano.

Amigos somos por Dios,
no habemos los dos reñido.

Don Antonio.

¿Hay pendencia? ¿hay amenaza?
¿habló mal de tí en ausencia?
que hay amigos de esta traza,
lisongean en presencia,
y murmuran en la plaza.
Por muger debió de ser,

alguna te habrá quitado;
no niegues.

Feliciano.

¿Yo, qué muger?

Don Antonio.

¿Pues cómo hoy te causa enfado
lo que abonabas ayer?

Feliciano.

Porque mayorazgo era,
presumiendo que muriera
su hermano, y vive, y está
fuera de peligro ya,
y que le dietás quisiéra
mejor marido á Leonarda.

Don Antonio.

¿La palabra no se guarda?

Feliciano.

Digo, señor, que es muy justo:
pero el no ser con su gusto
me detiene y acobarda.

Don Antonio.

¿Pues qué gusto es menester?
¿tengo yo de obedecer
á Leonarda, ó ella á mí?
Yo le conocí por tí,
por tí será su muger.
Galas y joyas previno
de mi palabra fiado,
y cumplirla determino.

Feliciano.

Temor notable me ha dado.

Don Antonio.

¿De qué?

Feliciano.

De algun desatino.

Don Antonio.

¿Quién le ha de hacer?

Feliciano.

Mi hermana.

Don Antonio.

¿Tu hermana?

Feliciano.

Veráslo presto.

Don Antonio.

Pues fúndese en ser liviana,
y tú necio y descompuesto,
y casaréme mañana.

Feliciano.

Pues has llegado á decir
disparate semejante,
no te quiero persuadir.

Don Antonio.

Salte allá fuera, ignorante. *Vase.*

Feliciano.

No es ignorancia sufrir.
En gran confusion me siento,
don Juan está en mi aposento,
yo por su hermana perdido,
y don Pedro prevenido
al injusto casamiento:
¡qué cortos plazos le dán
al mal! ¡y el bien cómo tarda!
todos en peligro están,
¡mas, ay cielos, si Leonarda
quisiera bien á don Juan!

ESCENA II.

HABITACION DE LEONARDA.

Don Juan, Angela, Leonarda y Martin.

Leonarda.

Estarás muy triste aquí.

Angela.

Agravias su voluntad.

Don Juan.

Confieso la soledad
del tiempo que estoy sin tí;
pero luego que te veo
vence la satisfaccion
cuanto á la imaginacion
está pidiendo el deseo.

Angela.

El cuarto de Feliciano
de suerte compuesto está,
que en él consolar podrá
sus soledades mi hermano.
Tiene muy ricas pinturas,
y escritorios escelentes.

Don Juan.

Son de unos ojos ausentes,
Angela, sombras oscuras.
Abrí la puerta, y pasé
al de Leonarda, que aquí
amanece para mí
el sol que anoche se fué.
¿Cual hombre de cuantos trata
favorecer la fortuna,
acostada vió la luna,
en su círculo de plata?

¿No es verdad, Martin?

Martin.

Señor,
la luna es húmeda y fria,
y comparalla seria,
con Leonarda, poco amor.
Cada mes su condicion,
hace trescientas mudanzas,
que para tus esperanzas,
contrarios efectos son.
¿De qué le sirve crecer,
á quien luego ha de menguar?
¿quién cuartos pudo inventar,
pudo ser buena muger?
Demas, que fué gran bageza
trocar en cuartos su plata
por premio, ofendiendo, ingrata,
su misma naturaleza.
El cerro del Potosí
ha hecho lo que ha podido,
que hablemos en él os pido,
y no haya cuartos aquí.

Leonarda.

¿Cómo podré entretener
á don Juan mientras se esconde?

Martin.

Lo que el amor te responde,
no quiero yo responder.

Leonarda.

Pero jugando, ó hablando
habrá de ser.

Martin.

Pues contemos
cuentos, porque no podremos
entretenernos baylando;

que sino yo y la mulata
hemos puesto un gateado,
qué capona y rastreado
son cuartos, y esotro plata.

Don Juan.

Si llega tan dulce dia,
que yo tenga libertad,
veremos tu habilidad.

Leonarda.

Pues comienza Angela mia. (1)

Angela.

Yo no sé cuento ninguno;
pero tambien entretienen
cosas varias; y así os quiero
hacer de un pleito jueces.
Habia un hombre de bien,
gran defensor de mugeres,
que tenia cierta hermana,
que le acompañaba siempre.
Llamábase el hombre Octavio,
la dama Olimpia, y dos veces
se viéron por defenderlas
cerca de prision ó muerte.
Defendió una dama un dia,
y ella tambien le defiende,
enamóranse los dos,
los dos casarse pretenden.
El hermano de esta dama
vió á la hermana del ausente,
enamoróse tambien,
y ella dicen que le quiere:
en fin por temor de Octavio
á decirlo no se atreve.

(1) *Siéntanse los tres.*

Agora os ruego, señores,
que me digais ¿cómo puede
vivir Olimpia, si amor
dificilmente se vence?

Leonarda.

¿Quereis que responda yo?

Angela.

Claro está que lo deseo.

Leonarda.

Pues haga Olimpia el empleo
á que Octavio la obligó,
pues que la enseña á querer;
y los hermanos trocados,
quedarán en paz casados.

Don Juan.

¿Qué puedo yo responder?

Martin.

¡Brava cifra! ¡pesia tal!
¡qué enigma tan encubierta!
¿Si la quiere descubierta,
Leonarda, qué dicha igual?

Leonarda.

Sí quiero, y le pediré
las albricias á mi hermano;
pero oye un sueño.

Martin.

En vano
sueñas, ya no hay para qué.

Leonarda.

La madre de las tinieblas
en la silla de su imperio
las puertas al huerto daba,
y las llaves al secreto;
estaban todas las cosas
en un profundo silencio,

hasta la envidia dormia,
no hay mas encarecimiento;
cuando soñé que en un prado
estaba sola durmiendo,
á cuyas flores servia
de abanillo el manso viento,
y que vino un pardo azor
de una águila negra huyendo,
que se amparaba en mis brazos,
y que por tenerle en ellos
desperté, y ví que me habia
llevado del pecho abierto
el corazon en las uñas;
¿qué podrá ser este sueño?

Martin.

Notables andais de cifras,
que no lo entiende os prometo
uno de aquestos que saben
castellano como griego.
Declaraos un poco mas,
y lo que decis sabremos.

Don Juan.

Si te llevó el corazon
(paloma andaluz) durmiendo,
el pardo azor de Castilla,
hago testigo á los cielos,
que te dejó toda el alma.

Martin.

¡O qué fin para un soneto!
Nueva manera de amor;
seguidillas en requiebros.
¿Azor de Castilla;
paloma andaluz,
quién los viera madre,
comer alcuzcuz?

Don Juan.

Este está borracho ya.

Martin.

Pluguiera á Dios.

Leonarda.

Dí tu cuento.

Angela.

A gentil entendimiento
encomendado se vé.

Martin.

¿Tan linda te ha parecido
la cifra que nos dijiste?

Angela.

Yo me entendí.

Martin.

Si entendiste,
pues todos te han entendido.

Don Juan.

¡Ay, mi Leonarda! si viera
á doña Angela casada
con tu hermano, y que empleada
mi vida y alma estuviera
en tus méritos divinos,
¡qué vida fuera la mia!
la fuerza de está alegría
hace pensar desatinos.
Esta ciudad generosa
fuera mi patria: saliera
al alba, pero no fuera
á buscar jazmin y rosa
al campo, sino á mi lado;
porque lo hallára en tu cara;
y yo en tus ojos hallára
luz serena y sol dorado.
Viera regalada mesa

tan alegre al medio dia,
que de tanta dicha mia,
aun á mi propio me pesa.
Cuando la noche en su abismo
cerrára el cielo español,
durmiera yo con el sol,
antípoda de mí mismo.
¿Qué príncipe, qué señor
tan descansado viviera?

Martin.

Por Dios, que no le dijera
tal requiebro un labrador.

Don Juan.

¿Pues qué le puedo decir?

Martin.

Grosero amador estas,
aquí no has hablado mas
que de comer y dormir.

Don Juan.

¿Sabes tú mas?

Martin.

Sí en verdad.

Don Juan.

¿Eres tú culto por dicha?

Martin.

Eso fuera por desdicha,
que no por habilidad.
Dejo las cosas divinas,
á que un hombre está obligado,
despues que se ha levantado;
ya, señor, las imaginas;
pero despues de comer
¿no era justo regalar
tu esposa, y ver el lugar,
que una muger quiere ver?

Don Juan.

Bien es, Martin, que me riñas:
los deseos me engañaron.

Martin.

¿Por qué piensas que llamaron
á las de los ojos niñas?
porque fue su condicion
ver cuanto pasa, y tambien
el desear cuanto véu,
que así las mugeres son.
Llevémosla á cal de Francos,
que mil mugeres ha habido,
que por no verlo encogido,
no dan limosna á los mancos.
Llevémosla por el rio
en un encerrado barco,
que una ventana con marco
hará triste el humor mio.
Vea el sábalo salir
del agua á la blanca arena,
de lama y de conchas llena,
y entre las redes bullir.
Vea como se alborota
preso del cañamo y plomo
en otro elemento, y como
la ñudosa red azota.
Vaya en el coche tambien
por el campo de Tablada,
que una muger festejada
sabe que la quieren bien;
ó á la comedia, que algunas
saben dejar los chapines,
si hay rótulos buratines,
con su ramo de aceytunas.
Vaya á esas huertas vecinas,

vea frutas, corte flores;
que no todos los amores
se cubren de las cortinas.
Siempre fue mi parecer,
que el que es discreto, don Juan,
nunca ha de ser mas galan,
que de su propia muger.

ESCENA III.

Dichos y Rufina alborotada.

Rufina.

¿ Ay, señora, cómo estás
con descuido tan notable?
que tu hermano y mi señor
riñeron sobre casarte.
Jura que esta noche misma
ha de ser; mira que haces,
que estan las joyas en casa,
ricas telas, y diamantes,
y el sastre á la puerta muerto,
por dividir en mil partes
primaveras y tabíes.

Martin.

Ya no saldremos las tardes
por sábalos.

Leonarda.

Aun no puedo
mover la lengua.

Don Juan.

Ni hables,
pues has gustado, Leonarda,
de engañarme, y de matarme.

Leonarda.

¿ Yo engañarte, mi señor?

¿como puedo yo engañarte,
si me ha de costar la vida
el no sufrir que me case?

Martin.

Lo que mas siento, Rufina,
es saber que el sastre aguarde
á echar por esos tabies,
como por cerros y valles,
aquella santa tijera,
que tales milagros hace.
Cuando la perdida España
se ganó de los alarbes,
mandó Pelayo salir
á todos los oficiales:
que saldrian respondieron
de buena gana los sastres
á pelear con los moros,
cuando un pendon acabasen;
para que van allegando
pedazos chícos y grandes;
pero con haber mil años,
no hay remedio que se acabe,
y puede llegar á Roma
si los pedazos juntasen.

Don Juan.

Yo no sé mejor remedio:
dí á tu hermano y á tu padre
lo que don Diego decia;
que si tal infamia saben,
y que por eso le hirieron,
no es posible que te casen.

Leonarda.

Eso ya estuviera hecho,
don Juan, si fuera importante,
mas si llega á su noticia,

¿cómo no te persuades
que los han de hacer pedazos?

Don Juan.

¿Pues qué importa que los maten,
á trueque de verte libre?

Leonarda.

Eso es loçura.

Don Juan.

Pues dame
algun remedio; que muerto,
mas que nunca viva nadie.

Rufina.

Tu padre.

Leonarda.

Escondeos los dos.

Don Juan.

¿Quién habrá que no se canse
de tanto esconder?

Angela.

Quien tiene
amor.

Don Juan.

No hay amor que baste.

ESCENA IV.

Leonarda y don Antonio.

Don Antonio.

¿Como, Leonarda, es posible
que á ver las joyas no saies
siendo propio en las mugeres
con las galas alegrarse?
Mira que están los criados
de don Pedro para darte
tal presente, que es razon

que le agradezcas, y alabes.
¿Qué es esto? ¿no me respondes?

Leonarda.

Señor, por no declararme
no te respondo.

Don Antonio.

Bien dices,
que puesto que te declares
has de hacer mi voluntad;
porque engendrarte y criarte
me ha dado este imperio en tí.

Leonarda.

¿Hacen el alma los padres?

Don Antonio.

No, síno el cuerpo, que el alma
Dios la infunde.

Leonarda.

Si en tres partes
se divide el alma; y una
es la voluntad, ¿no sabes
que no és tuya, sino mia?
que aun Dios no quiso quitarme
la libertad con ser Dios:
fuera de esto, no es bastante,
que el bien que se da una véz,
no fué de nobles quitalle:
¿si el cuerpo me diste, es bien
que como a dueño le mandes?
ya es mio, pues me le diste;
mira que es en hombres graves
pedir lo que dan, bajeza.

Don Antonio.

¿Hay libertad semejante?
pues ven acá (que no quiero,
como era justo, enojarme)

¿cuál es mejor casamiento
que con estraño te cases,
ó con el que mas conoces?
¿No es mejor, hija, emplearte
en quien puedas tú decir,
por conocerle y tratarle,
que está dentro de tu casa?

Leonarda.

Suplícote que repares
en la palabra que has dicho.

Don Antonio.

¿Como?

Leonarda.

Yo quiero casarme
con quien en tu casa vive.

Don Antonio.

Agora quiero abrazarte;
y echarte mi bendicion,
y á los dos, Leonarda, alcance.

ESCENA V.

Martin, don Juan, y Angela.

Martin.

¿En efecto nos vamos?

Don Juan.

No es posible
aguardar á que venga el nuevo esposo.

Angela.

Culpo, don Juan, tu condicion terrible.

Don Juan.

¿Cuál hombre tan aprisa fué dichoso?

Angela.

¿Queriéndote Leonarda, es imposible
darle la mano?

Don Juan.

Un padre es poderoso:

Martin.

No hay padre en voluntades de mugeres.

Don Juan.

¿Qué viento no mudó sus pareceres?

Martin.

¿Y dónde quieres ir?

Don Juan.

Quiero embarcarme,
pues fuera de peligro está don Diego:
aquí puedes, doña Angela, esperarme,
que á despedirme de Leonarda llego,
que porque no es razon quiero forzarme
que se queje de mí: tú parte luego,
y apercibe la ropa que trujiste.

Martin.

Yo voy.

ESCENA VI.

Angela.

Yo quedo enamorada, y triste.
Pasa la mar el mercader que aspira
Á enriquecer, y por la estraña tierra
De su querida patria se destierra;
Ni el frio teme, ni el calor admira:
Del bien gozoso que su gloria mira
En alta nave la riqueza encierra;
Y sin temer del elemento guerra
Las hondas rompe, por llegar suspira:
Mas cuando ya la patria se la daba,
Corre tormenta en el vecino puerto,
Y halla la muerte cuando no pensaba.
Así por este mar del mundo incierto,

Con renta mi esperanza navegaba;
Perdónola la mar, matóla el puerto.

ESCENA VII.

Angela y don Antonio.

Don Antonio.
¿Quién se queja, y habla aquí?
Angela.
Ya me ha visto: ¡qué desgracia! *ap.*
Don Antonio.
¿Muger de tan buena gracia,
en mi casa vive así?
¿quién sois?
Angela.
Señor...
Don Antonio.
No os turbeis.
Angela.
Señor, de vuestro valor
bien puedo fiar mi honor.
Don Antonio
Seguramente podeis.
Angela.
Don Juan de Castro es mi hermano,
por la herida de don Diego
vino á su posada luego
con don Pedro; Feliciano
piadoso me trujo aquí.
Don Antonio.
Agora entiendo la historia. *ap.*
Angela.
Esperanzas de mi gloria,
paciencia, que ya os perdí. *ap.*

Don Antonio.

No de valde, Feliciano,
el casarse defendía
su hermana, y aquí os tenía.

Angela.

No me ha tocado una mano.

Don Antonio.

De tan principal muger
estoy yo muy satisfecho.
¿Vuestro hermano, que se ha hecho?

Angela.

¿Qué tengo de responder? *ap.*
A san Lucar fué, señor.

Don Antonio.

Encerrarla quiero aquí. *ap.*

Angela.

¿Qué quieres hacer de mí?

Don Antonio.

Asegurar un temor:
no temais, que en mi aposento
estareis mas recogida.

Angela.

¡Ay esperanza perdida! *ap.*
cobrad vida, y nuevo aliento.

Don Antonio.

Entrad, que os quiero cerrar.

Angela.

Como no salga de aquí,
ya no es prision para mí.

Don Antonio.

¿Qué decís?

Angela.

Que quiero entrar. *Entrase.*

Don Antonio.

Por Dios que no ha de salir

hasta que case á Leonarda.

Sale Rufina.

Don Pedro, señor, te aguarda.

Don Antonio.

Agora puedo decir,
que está seguro mi intento;
pues quitada la ocasion
se pondrá en egecucion
de Leonarda el casamiento.

ESCENA VIII.

Rufina, y Martin con la ropa.

Martin.

¿Puedo entrar?

Rufina.

Puedes entrar.

Martin.

Vengo, Rufina, ¡ay de mí!
á despedirme de tí,
hechos los ojos un mar,
un mar de llantos, y enojos.

Rufina.

Ya veo yo, Martin amigo,
la tormenta que contigo
estan corriendo tus ojos.

Martin.

Ay, ay, ay.

Rufina.

El ay, ay, ay,
ha mucho ya que pasó.

Martin.

¿No lloras Rufina?

Rufina.

¿Yo?
¿Acuerdase del Cambray,

con que pescó los quinientos?
pues dígame, ¿qué me dió?

Martin.

¿Qué habia de darte yo?

Rufina.

Por lo ménos los doscientos.

Martin.

Esos no te faltarán;
pero mira que nos vamos.

Rufina.

Mugeres, solo lloramos
cuando se van los que dan.

Martin.

Sí; pero huélgome aquí
de que nacieses mulata,
que aunque no quieras, ingrata,
te pondrás luto por mi.
¿Qué no te mueva á piedad
haber besado el mastin?
eres su parienta al fin,
usas la misma crueldad.
¿Cual hombre pasó en el mundo
la noche que yo pasé?
de la cocina rodé
al sótano mas profundo:
tú sabes donde dormí,
cercado con mil cuidados,
de animales vidriados.

ESCENA IX.

Dichos, Leonarda y don Juan.

Don Juan.

El confiarme de tí
ha de ser para mi daño.

Leonarda.

No hayas miedo que lo sea.

Don Juan.

¿En fin, quieres que te crea?

Leonarda.

Tú sabes que no te engaño.

Don Juan.

¿Dónde doña Angela está,
Martin?

Martin.

¿No está con Leonarda?

Leonarda.

¿Conmigo? No.

Martin.

Pues aquí
la dejé, mientras juntaba
la ropa.

Don Juan.

¿Y tú no la has visto
Rufina?

Rufina.

¿No puede en casa
andar doña Angela libre?

Martin.

Si con Leonarda no estaba,
no hay aposento en que esté,

Don Juan.

Habla, Leonarda, ¿qué aguardas?
¿Háme llevado tu hermano,
como sabe que te casas,
á mi hermana? Bueno quedo
sin la suya y sin mi hermana.
Vive Dios, que si esto fuese,
que pienso que tal infamia
me obligaria....

Leonarda.

Don Juan,
paso, y con dignas palabras
de quien eres y quien soy....

Don Juan

¿Qué palabras hay honradas,
donde no lo son las obras?

Leonarda.

Mira, que conmigo hablas,
y que si eres defensor
de las mugeres, y tratas
mal mi respeto, diré
que las mugeres engañas.

Don Juan.

Leonarda, si esta traicion
procede de vuestra culpa,
bien sabes que me disculpa
mi honor y buena opinion;
porque no será razon
donde es la ofensa tan llana,
que tengas defensa humana,
pues muy atrevida, quieres
que defienda las mugeres,
y no defienda mi hermana.
¿Seria buena defensa,
que por defenderte á tí,
me hiciese tu hermano á mi
en el honor esta ofensa?
¿Cuando tú te casas, piensa
que ha de merecer su mano?
pues no quiera Feliciano
que vuestra casa alborote,
que aunque pobre, tiene en dote
ser quien es, y yo su hermano.
Mi hermana ha de parecer,

porque en llegando á mi honor,
no hay hermosura, ni amor
por quien le deje ofender:
no he defendido muger
con mas razon, en mi vida;
dámela, si eres servida;
basta que de mi adorada,
quedes, Leonarda, casada,
no doña Angela perdida.
Mira tú si á tu hermosura
igual respeto he guardado,
pues la espada no he sacado
para hacer una locura:
¿mi honor puesto en aventura,
y yo tan cuerdo y discreto?
pondré la furia en efecto,
aunque le pese á mi amor,
que no es bien perder mi honor,
por no perderte el respeto.

Leonarda.

Tente, espera, que no sé
que pueda haberte ofendido,
Feliciano, y si esto ha sido
satisfacerte podré;
yo misma te vengaré,
yo seré tuya, si quieres;
no te vayas, no te alteres,
Angela me toca á mi,
porque he aprendido de ti
á defender las mugeres.
Si yo soy tuya, no es bien
que de mi hermano te quejes;
cuando la tuya le dejes.
conmigo quedas tambien:
seré tuya, aunque me den

mil muertes; cierra los labios,
mi bien, que los hombres sabios
cuando se ven agraviar,
aunque mueran por callar,
no publican los agravios.
A mi padre, al mundo, al cielo
diré que soy tu muger.

Don Juan.

¿Martin, qué tengo de hacer
entre tanto fuego y yelo?

Martin.

¿Qué puede darte rezelo
en tanta seguridad?

Don Juan.

¿No seria necedad?

Martin.

No, sino razon prudente;
que si alguna muger miente,
veinte mil tratan verdad:
aman, quieren y aventuran,
cantan, bailan y entretienen,
solicitan, van, y vienen,
limpian, regalan, y curan;
nuestro descanso procuran,
por ellas hay tanta historia
que guarda eterna memoria;
la casa en que no hay muger,
como limbo viene á ser,
ni tiene pena ni gloria.
Lisonja te hago en decir
que las quieras, y las creas,
porque yo sé que deseas
honrarlas hasta morir:
sin mugeres, no hay vivir,
que aun Dios vió que convenia

el darle su compañía,
que el mas valiente que ves,
llora, en naciendo, á sus pies,
pensando que las perdia.

Don Juan.

Ahora bien, aunque no tenga
en toda mi vida honór,
quiero que mi justo amor
espada y mano detenga:
don Pedro á casarse venga;
tu palabra quiero ver,
que si supe defender
mugeres, en esta ofensa
será la mayor defensa
fiar mi honor de muger;
que solo su defensor
aquel puede ser llamado
que su honor les ha fiado,
y su enemigo mayor
quien no les fia su honor.
Yo pongo en tí mi esperanza,
que no es hacer confianza
de mugeres principales,
que hacerlas todas iguales,
es la mas necia venganza:
cuanto les debo me acuerdo,
puesto que conozco ya
que algun maldiciente habrá
que no me tenga por cuerdo:
con justa causa me pierdo,
y me obligo á defendellas;
que mas quiero yo por ellas
quedar contento de amallas,
y engañado por honrallas,
que libre por ofendellas.

Martin.
¿ Puede haber mayor valor?
Leonarda.
El verá si le hay en mi.

ESCENA X.

Leonarda, Rufina, Martin y Feliciano.

Feliciano.
¿Estaba don Juan aquí?
Leonarda.
Yo detuve su furor,
asegurando su honor
por escusarte la muerte.
Feliciano.
¿Cómo hablas de aquesa suerte?
Leonarda.
¿Pues cómo tengo de hablarte;
si has querido aventurarte,
á infamarme y á perderte?
Feliciano.
¿Qué es lo que dice, Leonarda?
Leonarda.
Que por no verte perder
tengo de ser su muger.
Feliciano.
Lo mismo pretendo; aguarda.
Leonarda.
Ya la traicion te acobarda:
¿no era al principio mejor?
¿á un hombre de tal valor
á su hermana le has quitado,
habiéndote confiado
liberalmente su honor?

Feliciano.
¿Yó quitado? ¿estás en tí?
Leonarda.
Dí donde la tienes; presto.
Feliciano.
En tu aposento la he puesto;
desde entonces no la ví;
y sospechoso de mí,
don Juan se la habrá llevado;
y pues ya te has declarado,
yo le tengo en mi aposento,
porque solamente intento
verme de su hermana honrado.
Leonarda.
¿Tú has escondido á don Juan?
Feliciano.
En mi cuarto le he tenido,
y él á su hermana ha escondido,
porque a don Pedro te dan;
que ya juntándose están
sus deudos para venir
á casarse.
Leonarda.
Tú has de ir
á darle satisfaccion.
Feliciano.
Antes de hacerle traicion,
quiero mil veces morir.

ESCENA XI.

Dichos menos Feliciano.

Leonarda.
¿Pues dí, Martin, á qué efecto
don Juan con esta mentira

culpa á mi hermano? ¿eso mira
á mi defensa, y respeto?
¿cuál hombre noble y discreto,
tal hubiera imaginado?
¿dónde, Martin, la has llevado?
Tú la tienes, esto es cierto,
y que ha de costarte muerto,
la vida que me has quitado.

Martin.

Eso solo me faltaba.

Leonarda.

¿Dónde está? dímelo presto,
que te sacaré los ojos
si no me lo dices luego.

Martin.

Mira que nos ha engañado
Feliciano, y que es enredo;
que don Juan trata verdad.

Leonarda.

No lo creo.

Martin.

¿No lo creo?
plegue á Dios si la he llevado,
que vuelva á darme otro beso
el mastin de la cocina,
y que entre gatos y perros
pase otra noche tan mala:
pero déjame entrar dentro,
que quiero hablar á don Juan.

Leonarda.

¿Qué fin tendrán mis sucesos?

ESCENA XII.

Leonarda ,y don Antonio:

Don Antonio.

Paréceme que te burlas
de mi obediencia y respeto;
tres recados te he enviado,
de que ya viene don Pedro;
bien agradecida estás,
que aun sus joyas no te has puesto.
¿Qué tristezas son, Leonarda,
estas que afligen tu pecho?
¿no basta ser gusto mio?
¿no basta que yo lo quiero?
¿en qué andais los dos hermanos?
¿quereis acabarme presto?
¿No basta, que diga un padre,
dada la palabra tengo?
No ha menester una hija
saber cuál hombre, cuál dueño
su padre le quiere dar;
que hay tal diferencia en esto,
que ella escoge con los ojos,
y él con el entendimiento:
solo que te diga yo,
que solo tu bien deseo,
cásate con quien halláres
dentro de aquel aposento,
basta para obedecerme,
y para saber que acierto.

Leonarda.

Pues esa es tu voluntad,
digo, señor, que obedezco.

ESCENA XIII.

Don Antonio, don Pedro y acompañamiento.

Don Pedro.

Vengo á servirte, y honrarme,
señor, con todos mis deudos:
dáme tus pies.

Don Antonio.

Con los brazos
sale á recibirte el pecho.

Don Pedro.

¿A dónde está Feliciano?
¡Qué poca ventura tengo!
¡No honrarme en esta ocasion!

Don Antonio.

Yo y Feliciano tenemos
cierto disgusto.

Don Pedro.

¿Soy yo
la causa? ¿no está contento
de ser mi cuñado? ¿ya
este nombre y parentesco
le ha quitado el de mi amigo?

Don Antonio.

Vais de la ocasion muy lejos:
héle escondido una dama,
y con este pensamiento
lo que siente por amor,
no lo diré por respeto.

Don Pedro.

¿Cómo no viene Leonarda?

Don Antonio.

Entremos en su aposento,
que ya debe de aguardar.

ESCENA XIV.

Don Antonio, don Pedro; y don Juan y Leonarda de las manos.

Don Antonio.

¡Válgame el cielo! ¿qué es esto?

Don Juan.

Es que estoy con mi muger
y de la mano la tengo.

Don Pedro.

Pues si la tienes casada,
¿cómo, don Antonio, has hecho
á un caballero esta burla?

Don Antonio.

¿Yo burla? viven los cielos
que ha de morir el traidor.

Leonarda.

Paso, señor, que no pienso
que se dejará matar,
y yo disculpada quedo,
pues me mandaste casar
con quien en este aposento
hallase; yo hallé á don Juan,
lo que mandaste obedezco.

Don Antonio

¡Hay tal maldad! ¿Feliciano?
¿Feliciano?

Don Pedro.

Si don Pedro
es el agraviado, él basta.

Don Antonio.

¿Mi aposento me han abierto?

ESCENA XV.

Dichos, Feliciano y doña Angela de las manos.

Feliciano.

Abrile yo con razon,
las tiernas voces oyendo
que mi muger daba en él.

Don Antonio.

¿Qué muger? traidor, ¿qué has hecho?

Don Juan.

Siendo la muger mi hermana,
yo Castro y Portocarrero,
no hay que preguntar quien es.
Si la herida de don Diego
fué riñendo en ocasion,
como honrado caballero,
y él me pudo herir á mí,
bien sabeis que no le ofendo;
pero si estais ofendido.......

Don Pedro.

Señor don Juan, yo no siento
mas herida que perder
la esperanza y el deseo;
pero no se pierda todo:
dadme los brazos, que quiero
ser vuestro amigo y de todos.

Don Juan.

Honrad, señor, vuestro yerno,
que aunque pobre, tiene sangre
del conde de Andrada y Lemos.

Don Antonio.

Cien mil ducados de dote
os quiero dar, porque al Premio
del bien hablar demos fin.

Don Juan.

No le des, sin que primero
salgan Martin y Rufina.

ESCENA XVI.

Dichos, Martin y Rufina de las manos, vestidos de novios de graciosidad.

Martin.

Aquí, senado discreto,
están Rufina y Martin;
que nunca salgo de perros.

Rufina.

Yo he menester un padrino.

Martin.

A mis bodas, caballeros,
convido para mañana,
si no es que antes me arrepiento.

El Premio del Bien Hablar.

Aunque hay muchas comedias de Lope de mas artificio y efecto teatral que la presente, nos apresuramos á incluirla en nuestra Coleccion, por que está retratada en ella el alma de su autor, y respira por todas partes la bondad y nobleza de sentimientos que le eran naturales.

Pertenecia sin duda esponer el premio del bien hablar al hombre que no se cansó nunca de ensalzar el mérito ageno; y no debe estrañarse que aprovechase la ocasion de defender á las mugeres, aquel que no podia sufrir á los que las denigraban habiendo nacido de ellas. Este pensamiento que no se le caía de la boca á Lope, se halla espresado en la comedia desde el principio.

> Que es honrar á las mugeres
> deuda á que obligados nacen &c.

Así como en el segundo acto deja traslucir el poeta su aversion á los que regatean los saludos en aquellos graciosísimos versos que dice Martin

> Randas y cambrayes vendo &c.,

No son menos apreciables los de la primera relacion de don Juan:

> No salió muger de misa
> aquien un don Diego, un aspid &c.

Y en general toda la comedia está escrita con

aquella elegante sencillez, que tan fácil parece de imitar, y sin embargo solo se encuentra en Lope.

Sobre todo los versos que manifiestan con mas evidancia el carácter noble y generoso de este poeta, son aquellos de ...

¿No es Leonarda discreta, no es hermosa?
¿Cómo discreta? Ciceron, Cervantes,
ni Juan de Mena, ni otro despues ni antes,
no fueron tan discretos ni entendidos.

y mas abajo.

Soneto de don Luis, Séneca nuevo &ç.

Este don Luis es Góngora, que se encarnizó con Lope, envidioso de su fama; y aquien la Providencia en castigo de su malignidad privó enteramente de su genio, siempre que trató de ofender á aquel; porque no se pueden imaginar unos versos mas pobres y faltos de gracia que los que su ruin pasion le sugeria.

En cuanto al inmortal autor del Quijote, pagó tambien el tributo á la humanidad insultando á Lope en un soneto, que en vano quieren algunos atribuir á otro. Y Lope se vengaba eternizando la discrecion y mérito de sus adversarios.

El de la comedia es particular, porque aunque su fábula es tan sencilla que desde las primeras escenas se vé el desenlace, está bien conducida y abunda de gracias tan amables y sentimientos tan bellos en boca de los interlocutores, que no es posible dejar de seguir los progresos de su accion con el mas vivo interes.

Rufina.

¿Y él no tiene hermana alla?

Martin.

No, perra;... perla, queria
decir &c.

Fingió que el animal, el que acobarda
mas las mugeres se atrevió á su frente.
Ya ves conque donaire fingiria
un miedo, que era entonces osadía &c.

No ha visto el mismo amor desde que miente
que desde que nació mentir sabia &c.

Dormía echado en el umbral del fuego
un mastin, que pudiera andar la noria;
siento roncar, y paso á paso aplico
la humilde boca al temerario hocico.

¡Qué *temerario*!

Y el diálogo entre don Juan y Martin.

Don Juan.

¿No sería necedad?

Martin.

No, sino razon prudente;
que si alguna muger miente
veinte mil tratan verdad &c.

Hasta que entra Feliciano.

Hay una escena de cuentos y acertijos, de la cual tomaría la suya Rojas en Garcia del Castañar; y otros. La de Lope se hizo probablemente para llenar el acto.

Aunque la fábula, como hemos dicho, es sencilla hay en ella bastante enredo, tanto mas admirable cuanto que es muy natural y verosímil, y no nace

de equivocaciones. Leonarda y Feliciano ocultan sucesivamente á don Juan por recelos uno de otro ; don Antonio oculta á Angela por una razon semejante; y de aquí nacen inquietudes y situaciones críticas para los enamorados, y mayor interes para los espectadores.

EL MAYOR
IMPOSIBLE.

PERSONAS.

La Reina Antónia.

Diana, dama.

Celia, criada.

Albano, caballero.

Feniso.

Roberto.

Lisardo.

El Rey de Aragon.

El Almirante de Aragon.

Ramon lacayó.

Fulgencio viejo.

Músicos.

La Escena es en Nápoles.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE JARDIN.

Albano de camino y Feniso.

Feniso.

Pasa, orillas de la mar,
en estos jardines bellos,
que el arte se acaba en ellos,
y que los puede envidiar
el hermoso campo Hibleo,
y el muro de Babilonia;
la divina Reina Antonia,
de amor único trofeo,
los dias que una cuartana,
melancolica, enojosa,
su belleza milagrosa,
libra de opresion tirana.

Albano.

¿Qué aun dura la enfermedad,
Feniso, con que la vi,
cuando á Alejandría partí?

Feniso.

Y con mas seguridad;
pues ni por medios declina,
ni se templa por cautelas.

Albano.

En Bolonia en las escuelas
donde se lee medicina
sujetas le están pintadas

todas las enfermedades
de las presentes edades,
y las edades pasadas.
Y entre todas solamente
libres la gota, y cuártana,
que no vence ciencia humana,
por mas remedios que intente,
que el mejor es alegrarse,
procurando entretenerse;
porque intentar defenderse,
es ocasion de aumentarse.

Feniso.

Eso su altéza procura
los dias que libres son,
en cuya honesta ocasion,
el mas grave se aventura
á descomponerse mas,
donde la música prueba
con los ecos de esta cueva,
que lleva al mar el compas.
Aquí verás la poesía,
que muchos necios pretenden
y muchos sábios no entienden,
en su mayor monarquía;
los bailes y las comedias
con notable perfeccion;
y porque al fin tristes son,
desterradas las tragedias.
Una académia dirás
que es este campo, un liceo.

Albano.

Que viene su Alteza creo.

Feniso.

No supo Minerva mas.

ESCENA II.

Dichos, la Reina Antonia en una silla de manos, músicos cantando y gente que acompaña: Roberto y Lisardo.

Música.

No son de cristal las fuentes,
ni se rien, que es mentira,
ni las flores esmeralda,
ni testigos de su risa;
pero es verdad que se hallan en Jacinta,
soles en los ojos,
y perlas en la risa.

Reyna

¿Eres tú el dueño, Lisardo,
de este romance?

Lisardo.

Yo soy,
que sol á unos ojos doy,
adonde me abraso y ardo;
por eso si hay objecion
propóngala vuestra Alteza.

Reyna.

De encarecer su belleza,
hallaste nueva invencion.

Roberto.

Pretende contradecir
el nuevo estilo de agora.

Reina.

Proseguid.

Lisardo.

Querrás, señora,
mis ignorancias reir.

Música.

No son como dicen muchos
las rosas alejandrinas,
al tiempo que se abren nacar,
coral cuando se marchitan;
pero es verdad, &c.

Reyna.

Está con lindo artificio
encarecida esa dama.

Roberto.

Tiene Lisardo gran fama.

Lisardo.

Mas es de mi amor indicio,
que inclinacion natural,
que me deba la poesía.

Reyna.

¿Qué hay Feniso?

Feniso.

Que este dia
irá fugitivo el mal
con tal entretenimiento.

Reyna.

¿Quién está contigo?

Feniso.

Albano.

Reyna.

Bien seas venido.

Roberto.

Y no en vano
con tan raro entendimiento.

Albano.

Dadme, señora, los pies.

Reyna.

¿Vienes bueno?

Albano.

A tu servício
contento de este ejercicio;
mas no de que enferma estés.

Reyna.

No me dejan estos frios.

Albano.

Querrán vengarse del fuego.
donde amor se abrasa, y luego
sus ojos convierte en rios.

Reyna.

Di, Roberto, alguna cosa.

Roberto.

Diga Feniso primero.

Feniso.

Decír un soneto quiero.

Reyna.

¿Que sugeto?

Feniso.

Laura hermosa.

Reyna.

¿Es la española que ayer
iba en el coche á la mar?

Feniso.

Licencía me dió de amar;
pero no de merecer.

Laura gentil, que coronar pudieras
al mismo sol, en cuyos rayos bellos,
mas luz dieran tus ojos, que sin ellos,
tienen los ojos de las ocho esferas.

Si el fuego vivo en que abrasar pudieras,
mi rudo ingenio ardiera en mis cabellos
ceñidos de tu Laura, porque en ellos
Premio inmortal á mi conceptos fueras;

Aunque como el Gigante sobre el risco,

Pagára atado la atrevida hazaña,
Tú fueras de mis ojos Basilisco.
Y en fé de esta verdad, al mundo estraña,
Callara Italia, su inmortal Francisco,
Y de otra Laura se alabara España.

Reina.

Aprobechaste muy bien
al Petrarca, y Laura bella.

Feniso.

Esta es sol, si aquella estrella,
lauro de Laura desden,
y si como es mas hermosa,
fuera yo mejor poeta,
que el Petrarca, mas perfecta
fuera Laura y mas dichosa.

Reina.

¿Sabes algo que decir,
Albano?

Albano.

Un enigma tengo,
que de á donde agora vengo
no me han dejado escribir.

Reina.

Bien dices, por que las musas
calzan coturnos, no espuelas.

Albano.

Que ha de ser malo recelas;
pues tú, señora, me escusas:
es pintura de este enigma,
un corazon con su flecha,
en unos grillos.

Reina.

Bien hecha.

Albano.

Lo glosa señora estima,

á donde viene encerrada,
que es algo dificultosa,
para que estimes la glosa,
si el enigma no te agrada.
Quien en mi pecho sospecha;
que tengo tantas marañas,
llegue, y mire mis entrañas,
tan abiertas de esta flecha.
Preso estoy, que no me huyo,
firmeza tengo, y lealtad;
señores, adivinad;
esclavo soy, pero cuyo.
Todo de mí se confia,
armas, piedras, plata y oro,
alcaide soy del tesoro,
y del honor, algun dia
diré mi nombre si osó..
¿mas qué temor me acobarda?
yo me llamo al fin .... Mas guarda;
eso no lo diré yo.
Si tengo el costado abierto,
por donde, de mis abiertas
entrañas, se ven las puertas,
¿para qué estoy encubierto?
Nadie en el blanco me dió,
nadie me acierta en efeto;
pues yo guardaré el secreto
que cuyo soy me mandó.
Nadie los grillos me quite,
que le podrán castigar;
guardas, no le deis lugar,
pues hurtar no se permite.
Mucho en hablar me destruyo,
porque no habrá quien me mire
como esta flecha me tire,

que no diga que soy suyo.

Reyna.

Notable: ¿ Quién te parece
Lisardo ?

Lisardo.

Pienso que amor.

Albano.

No es amor.

Roberto.

Mucho mejor
para los celos se ofrece.

Albano.

No son celos.

Roberto.

No ; ¿ pues quién ?

Albano.

¿ Dánse todos por rendidos ?

Lisardo:

Y de tu enigma vencidos.

Reyna.

Tente, diré yo tambien.

Albano.

Temo á vuestra Magestad ;
diga, á ver.

Reyna.

El corazon ;
con flechas puesto en prision,
es el candado.

Alberto.

Es verdad.

Reyna.

Los grillos son las armellas,
y la flecha significa
la llave.

Roberto.

Harto bien se aplicá
el candado preso en ellas.

Reyna.

Lo demas queda entendido,
pues guarda cualquier tesoro,
y del honor el decoro.

Alberto.

Vuestra Magestad ha sido
otro Edipo de esta Esfinge.

Reyna.

Di, Lisardo.

Lisardo.

Un desengaño
me dió una glosa, y un daño
que ser mi provecho finge;
la letra vino de España,
porque hasta los versos son
tus vasallos de Aragon.

Roberto.

No es daño el que desengaña.

Lisardo.

Dulces engaños de amor,
sabed que es vano cuidado
volverme al pasado error,
porque amor desengañado
es el engaño mayor.
Tratadme ya como á estraño,
que pasada la ocasion,
darme esperanza es engaño,
si ha tomado posesion
en mi alma el desengaño.
Pues de los escarmentados
se hacen los prevenidos,
no mas gustos engañados,

que yo no os quiero venidos,
si os he de llorar pasados.
Ya me buscais sin provecho,
porque no habeis de volver
eternamente á mi pecho,
que el pesar de aquel placer
tan grande escarmiento ha hecho.
Ántes de desengañarme,
pudo amor entretenerme,
pero en llegando á avisarme,
es imposible ofenderme
pues me ha enseñado á guardarme.
Hoy se ha de ver en mi pecho
si desengaños obligan,
á quien engaños han hecho
tanto mal; porque no digan,
que huyo de mi provecho.
Bien quisiera yo pasar
con mi engaño descuidado,
pero es llegar á engañar,
su engaño al mas bajo estado
á que pudo amor llegar.
Hoy se ha de ver en mi pecho
si desengaños obligan,
á quien engaños han hecho
tanto mal; porque no digan,
que huyo de mi provecho.

Reyna.

Tú lo glosaste muy bien:
pero esos versos no son
tan vasallos de Aragon
como muestra tu desden;
porque á bien y maltratar
son los de Aragon.

Lisardo.

Señora,
quien desengaños adora,
mas sabe amar que engañar.

Reyna.

Di, Roberto.

Roberto.

Yo diré
tres décimas á una dama,
que vos conoceis por fama,
y que siempre ingrata fue.
Queredme bien, si quereis
que no os canse con quereros,
que no pienso aborreceros,
mientras vos me aborreceis.
Si de que os quiera teneis
tanto disgusto, señora,
probad á quererme un hora,
y vereis como os olvido,
si puede olvidar querido,
quien aborreciendo adora.
Ver que mi amor os ofende,
tanto esfuerza mi porfia,
que lo que á vos os enfria,
es lo mismo que me enciende.
Si vuestro desden pretende
que deje mi pretension,
inútiles medios son,
señora, los desengaños;
que quien estima sus daños,
no ha de estimar la razon.
Dejaros yo de querer
mientras tan bien [illegible],
señora, no lo creais,
ó daos prisa á no [illegible]

Mas ni vos quereis perder
esa hermosura apacible,
ni este mi amor invencible
dejar pasion tan dichosa,
como vos de ser hermosa
que es el mayor imposible.

Reyna.

Buenas por mi vida son;
¿mas cómo dices, Roberto,
que dejar de ser hermosa
es imposible; pues vemos
que la edad tan presto acaba
la hermosura con el tiempo,
ya consumiendo la luz
de los ojos, ya cubriendo
la púrpura de los labios,
ya dando plata al cabello?

Roberto

Que ella quiera, digo yo,
señora, dejar de sello,
y aun dejar de habello sido,
no era yerro.

Reyna

Niego.

Roberto.

Pruebo.

Reyna.

¿Cómo si te has engañado;
pues donde dicen tus versos,
dejareis de ser hermosa,
decir debieras, Roberto,
dejareis de habello sido,
y hablar del pasado tiempo?

Roberto.

Si agora es hermosa; ¿cómo

hablar del pasado puedo?

Rèyna.

¿No ves que fuera agraviarla,
y que es mas facil un yerro
en los versos, que en su cara?

Lisardo.

Dejando el yerro en los versos,
no es el mayor imposible,
que dejen de ser tan bellos
los ojos de esa señora,
sino es encarecimiento,

Roberto.

¿Pues hay mayor imposible
que dejar de ser aquello
que fué?

Lisardo.

Y muchos pienso yo.

Reyna.

Lisardo escucha, que quiero,
que cuantos estais aquí,
digais sobre este concepto,
cual os parece el mayor
imposible.

Feniso.

Yo comienzo;
el servir con mala estrella
aunque á generoso dueño,
pensando medrar un hombre,
por mas imposible tengo.

Albano.

Yo tengo por el mayor,
que con bajo nacimiento,
puesto un hombre en gran lugar,
deje de estar muy soberbio,
y de aborrecer á cuantos
en sus principios le vieron;

y de querer si pudiera,
verlos ausentes ó muertos.

Roberto.

Yo tengo por imposible,
el mayor de cuantos veo,
que lo que no puede amor,
no puede hacer el dinero,
porque es el mas ingenioso,
y artificioso instrumento
que han inventado los hombres;
pues ha derribado al suelo
ciudades, honras, y vidas,
y levantado al gobierno
del mundo los mas humildes.

Lisardo.

Yo, hacer de un necio un discreto
juzgo el mayor imposible:
porque es como el negro el necio,
que aunque le lleven al baño
es fuerza volverse negro.

Reyna.

¿Diré yo?

Albano.

Si Vuestra Alteza,
dice, todos quedarémos
vencidos.

Reyna.

Yo, para mí,
por mas imposible tengo,
el guardar una muger.

Roberto.

A no ser atrevimiento
digera que es el amor.

Lisardo.

Que me des licencia ruego
de responder en favor

tuyo, aunque es mayor tu ingenio.

Reyna.

Responde.

Lisardo.

¿Porqué razon,
hallas tan facil, Roberto,
el guardar á una muger?

Roberto.

Porque es tan docil sugeto,
por una parte, y por otra;
tan débil, que cuando vemos
alguna con libertad,
mas es culpa de su dueño,
que suya.

Lisardo.

¿Del hombre puede
ser culpa?

Roberto.

Hay tantos tan ciegos
del interés, que el honor
vienen á tener en menos;
ni reparan que en la calle
los señalen con el dedo,
ni que los afrente el mundo.

Lisardo.

De manera que en los buenos
esta desdicha no cupo.

Roberto.

Será influencia del cielo;
yo no tengo muger propia,
una hermana sola tengo,
nació con obligaciones;
nunca, Lisardo, agradezco,
que aquien le toca las guarde;
y así cuando algunas veo

decir, soy muger honrada,
pidiendo agradecimiento,
me causa notable risa;
pues de su honor, y provecho
y tan justa obligacion,
á padres, marido, y deudos,
quiere que acá la tengamos
como si fuera decreto
del nacer muger, ser ruin.
Y al propósito volviendo,
digo, que cuando mi hermana,
por humilde nacimiento
desobligada naciera,
del hombre de mas ingenio,
de mas valor la guardára,
aunque conquistas, y ruegos
batieran su fortaleza
con los tiros del dinero,
y las espias que ponen
en los terceros discretos,
papeles, galas, suspiros,
ocasiones y paseos.

Reyna.

Roberto, si una muger
quiere, yo tengo por cierto,
que es imposible guardarla.

Lisardo.

Bien claro dijo el egemplo
la antigüedad, pues los ojos
de Argos, al fin se durmieron
con la vara de Mercurio.

Roberto.

Son estas fábulas cuentos
de viejas para la lumbre
las noches de los inviernos:

Vive Dios, que si tuviera
mas Argos, que ojos el Cielo,
Júpiter, y mas Mercurios
que pluma el pabon soberbio,
que no me engañára á mí
una muger, si su ingenio
el de Semíramis fuera.

Lisardo.

Pues vive Dios, que sospecho,
que si fueras lince en vista,
ó Leon de Albania fiero,
de quien dicen que en su cueba
duerme los ojos abiertos,
y en tus rejas, y ventanas,
con mil lágrimas de fuego,
no dieses lugar al Sol
para entrar en tu aposento,
que te habia de engañar,
la muger que sabe menos.

Roberto.

¿A mi, Lisardo?

Lisardo.

Atí, pues.

Roberto.

Calla que ofendes en eso
todo el valor de los hombres.

Lisardo.

Yo sé que no los ofendo,
por que todos ellos saben,
que de la mano del Cielo
viene la buena muger,
y asi mismo todos ellos
saben que la que es divina,
no es ruin.

Roberto.

Yo me resuelvo,
en que se puede guardar.

Lisardo.

Yo lo contrario sustento.

Reyna.

¿Lisardo?

Lisardo.

¿Señora?

Reyna.

Escucha;
cansada estoy de este necio,
tú has de conquistar su hermana,
si me cuesta los dos Reinos,
de Nápoles, y Aragon.

Lisardo.

Sin saber el pensamiento
de Vuestra Alteza tenia
ese decreto resuelto.

Reyna.

Pues comienza y véme dando
parte de cualquier suceso;
que en aquesta enfermedad,
mejor entretenimiento,
es imposible aplicarme

Lisardo.

Déjame el cargo,

Reyna.

Esto quiero,
que hagas por darme gusto.
Ola, esa silla, que siento
enfado de tanto mar.

Roberto.

Su calma, ó su movimiento,
dá mas tristeza á los tristes.

Reyna.

Cantad.

Músicos.

¿Qué cancion?

Reyna.

De celos.

ESCENA III.

Lisardo.

Conquiste el ancho mundo el Macedonio,
Alave Cipion su resistencia,
Mario en fortuna vil halle paciencia,
De su valor insigne testimonio;
Preste el confuso Nino Babilonio,
A femeniles armas obediencia,
Y viva largos años sin pendencia
En pacífica paz el matrimonio;
Y no supuesto que el varon adquiere
Imperio en la muger, honor te asombre,
De que á sus manos tu defensa muere;
Rinde á su industria tus valientes nombres,
Por que es guardar una muger, si quiere,
El mayor imposible de los hombres.

ESCENA IV.

Lisardo, y Ramon con un papel.

Ramon.

Hasta que á solas te vi
no quise llegar á hablarte.

Lisardo.

¿Qué hay, Ramon?

Ramon.

Que vengo á darte
un papel.

Lisardo.

¿De Estela?

Ramon.

Si;
mas dame albricias primero
de él, y de quererte hablar.

Lisardo.

Ni albricias te quiero dar,
ni tomar el papel quiero.

Ramon.

¿Cómo así?

Lisardo.

Por qué he mudado
de amor y de pensamiento.

Ramon.

¿Qué beleta al fácil viento
causa mas risa al tejado,
de verla en tantas mudanzas,
como me causas á mí?
¿Ayer no la amabas?

Lisardo.

Si,
y con justas esperanzas.

Ramon.

¿Pues qué Vendabal te dió?
¿Son celos, ó son enojos?

Lisardo.

Son unos nuevos antojos
á que desde hoy me obligó
la que me puede mandar,
que mude de pensamiento;
si puede ser fundamento
de amor el mandarme amar.

Ramon.

Todos los amantes son

cifras ó engaños.

Lisardo.

No ha sido
accidente en mi sentido,
sino en mi dueño eleccion.

Ramon.

Cierto Poeta decia;
que eran todos los amantes
unos vestidos danzantes
á quien son el tiempo hacía;
que como no es la razon,
la que ha de guiar la danza,
no hay mas duda en la mudanza
que en hacer el tiempo el son.
¿Qué haré de aqueste papel?

Lisardo.

Lo que á ti te diere gusto.

Ramon.

¿El billete dá disgusto?

Lisardo.

Ya sé lo que viene en él.

Ramon.

Los que juegan, si lo apruebas,
que consejos me acobardan,
las varajas viejas guardan,
para remendar las nuevas;
tengámosla para un dia
que de esta nueva cruel
te dé acaso algun papel
enfado ó melancolía;
es pensamiento que suve,
y de las tejas abajo.

Lisardo.

Tanto el sujeto aventajo,
como hay del Sol á la nube.

¿No conoces tú la hermana
de Roberto?

Ramon.

Si señor;
en quien estaba mejor,
que en la Reyna, la cuartana;
por que tiene de Leon
la soberbia y fortaleza,
si bien con rara belleza
peregrina discrecion.

Lisardo.

Temo á su hermano.

Ramon.

Bien puedes,
que es temerario su hermano,
pero no hay muro Tebano,
puestas torres, ni paredes,
para amor, que es para entrar
Sol, y para el alma fuego,
y como ha tanto que es ciego,
sabe como ha de cegar;
mas si tú la quieres bien
por muger te la dará,
pues á tí tan bien te está,
y á Roberto está tan bien.

Lisardo.

No me quiero yo casar;
sin que conquiste su amor,

Ramon.

Pues dícenme que es mejor
despues de casado amar;
que muchos que se han casado
forzados de un amor loco,
suelen despues hallar poco
de lo mucho que han pensado.

Quien se quisiere casar
ha de mirar en la dama,
buena cara, honesta fama,
y á Dios, que me echo á nadar.
Casarse es azar ó encuentro
como quien bebe con jarro
donde bebe el mas bizarro
aquello que viene dentro.
Cuentan que dos se casaron,
y la noche de la boda,
en quietud la casa toda,
ya entiendes, se desnudaron.
El dijo; *ya no hay que hacer*
secretos impertinentes,
postizos traigo los dientes,
paciencia, sois mi muger.
Ella, quitando el tocado,
el cabello se quitó,
y en calavera quedó,
como un guijarro pelado,
díciendo: *perdon os pido,*
postizo traigo el cabello,
no hay que reparar en ello,
paciencia, sois mi marido.

Lisardo.

Dejando tus disparates,
y los de tu vano humor,
quiero, Ramon, que mi amor
por algunos medios trates.
Nunca la he dicho á Diana
que la quiero, solo han sido
mis ojos los que han tenido,
entre su luz soberana,
algun corto acogimiento;
de suerte que aquesta historia,

reserva para tu gloria,
su primero fundamento.
Mira pues como ha de ser,
siendo tan lince su hermano.

Ramon.

Todo pensamiento es vano
contra ingenio de muger;
dáme tú que se te incline,
que aunque mas hermanos tenga
que hay en la capacha, y venga
por donde amor la encamine,
no ha de impedir que te quiera,
con todos los requisitos
de amor, si egemplos escritos,
tu presuncion considera.
Naturaleza á la rosa
cinco hermanos puso en torno,
que á sus hojas y á su adorno
sirven de basa lustrosa.
Y con estar cinco hermanos
de la rosa al rededor,
llega la abeja menor,
y come sus rubios granos.
Vuela tú, que no podrá
todo el mundo defendella.

Lisardo.

Esta noche he de ir á vella;
tú, Ramon, alerta está,
que mi Mercurio has de ser.

Ramon.

Camína y nada te asombre;
que no hay valor en el hombre
contra industrias de muger.

ESCENA V.

SALA EN CASA DE ROBERTO.

Roberto y Fulgencio.

Roberto.

Esto ha pasado, y yo, Fulgencio, digo,
para que mas se guarde el confiado,
que el que tiene muger tiene enemigo.

Fulgencio.

No quisiera que hubieras porfiado;
que fuera de ser necia la porfia,
no te tocaba, por no ser casado.

Roberto.

¿Pues en qué te parece culpa mia
decir que una muger puede guardarse?
¿Es esta de Faetonte la osadía?
¿Qué carroza del sol ha de llevarse
por los mismos dorados paralelos,
á peligro forzoso de abrasarse?
Pedí flores á Citia, á Etiopia yelos,
y dije que imposible no sería
guardar una muger honrados zelos.

Fulgencio

La antigüedad tres cosas proponia
por imposibles, siendo la primera
el rayo con que Júpiter solía
estremecer los rayos de la esfera:
la clava del Tebano la segunda,
y los versos de Homero la tercera.
No tengo yo por cosa tan profunda
guardar una muger; pero en efecto
¿qué daño de lo dicho te redunda?

Roberto.

Lisardo muy preciado de discreto,
que se puede ser necio y secretario,
por no callar, no lo tendrá secreto,
en mi proposicion me fue contrario,
de tal manera, que quedé corrido,
y me fue sustentarlo necesario.
¿Mas dí, Fulgencio, por quien ha corrido
tan larga edad, es imposible cosa
que un amante, que un padre, que un marido,
pueda guardar una muger hermosa?

Fulgencio.

Para guardar su virginal decoro,
supuesto que es historia fabulosa,
en una torre, como al fin tesoro,
Acrisio puso aquella hermosa dama,
que Júpiter venció con lluvia de oro;
para dar á entender que honor y fama
corrompe el oro, y entra donde quiere;
que por eso del sol hijo se llama.
Guardandose del oro, que prefiere
todo imposible, no hay contrario humano,
que al marido, al galan, al padre altere.

Roberto.

El oro es poderoso.

Fulgencio.

—Es un tirano.

Roberto.

¿Mas como veré yo venir el oro?

Fulgencio.

Si el quiere entrar, será defensa en vano;
mas agora no toca á tu decoro
este imposible, que en tu casta hermana
reverencio el valor, la sangre adoro;
es de la honestidad napolitana

el egemplo mayor.

Roberto.

Si; mas no quiero
que entretenga á la Reyna su cuartana
con hacer que algun vano caballero
para desengañarme la enamore;
porque mil vidas perderé primero.
Mi casa, aunque está bien, de hoy mas mejore
tu cuidado, Fulgencio, que contigo
no temo que su lustre se desdore.
Aquí no ha de entrar hombre, ni aun conmigo,
á hablar una palabra, ni criado
pasar de aqueste humbral sin gran castigo.
¿Hásme entendido ya?

Fulgencio.

De tu cuidado
quedo advertido.

Roberto.

Sea, sin que entienda
mi hermana, que estas cosas me lo han dado

Fulgencio.

¿Casalla, no es mejor?

Roberto.

Que lo pretenda
aguardo solamente quien la iguale:
entre tanto no quiero que me ofenda
el mismo sol que por los cielos sale.

ESCENA VI.

Fulgencio.

Empresa grande fué romper con Argos,
las vírgenes espumas del mar fiero,
aquel piloto del Jason primero,

porque tomaba por tan pesados cargos:
Y no menor de trances tan amargos,
salir el griego que celebra Homero,
ó encadenar el infernal Cerbero,
Hercules, fin de sus discursos largos.
Pero guardar del oro, y del rendido
pecho de un hombre, amando loco, y ciego,
y á todos los peligros atrevido,
una muger, entre ocasion y ruego,
mayor empresa fué que haber vencido,
del mar el agua, y del infierno el fuego.

ESCENA VII.

Diana y Fulgencio.

Diana.
¿Fuese mi hermano, Fulgencio?
Fulgencio.
Fuese.
Diana.
¿Qué tiene estos dias
que añade á sospechas mias,
mas duda con su silencio?
Si yo no le diferencio,
en sangre y amor, no es justo
que me encubra su disgusto;
pues donde hay amor igual,
ni se ha de encubrir el mal,
ni á solas pasar el gusto.
Déme parte del dolor,
como estamos obligados,
que dividir los cuidados
es obligacion de amor:
si nace de su rigor

comuníquelo conmigo,
que mejor, que de un amigo,
puede fiarse de mi.

Fulgencio.

Nunca yo, señora, fui
de sus tristezas testigo;
si son de amor, á mi edad
parecerále indecente
decir lo que amando siente
la rendida mocedad;
pues si son de enemistad,
¿qué puede ayudarle un viejo?

Diana.

Mucho mas con el consejo,
que el mas valiente escuadron;
que para los mozos son,
las canas divino espejo.

Fulgencio.

Disgustos deben de ser
del servir, y del privar,
si á Lisardo ve medrar,
por la pluma, desde ayer.
La Reyna ha dado en querer
á aqueste medio español;
es el servir un crisol,
que descubre los defectos
y se prueban los discretos
como el Aguila en el sol,
Las casas de los señores
son un cuerpo bien compuesto;
mas no le faltan por esto
algunos varios humores.
Los instrumentos mejores,
con alguna falsa cuerda,
hacen que el acento pierda

aquella dulce armonía.

Diana.

Mal con la sospecha mia
tu pensamiento concuerda;
que si está triste Roberto,
de no ser mas estimado
y es Lisardo el envidiado,
que tiene valor es cierto.

Fulgencio.

Fuera injusto desconcierto
decirte mal de Lisardo,
él es discreto y gallardo;
pero no á tu hermano igual.

Diana.

Por parte mas principal
de alabarle me acobardo;
mas no, Fulgencio, no son
tus palabras verdaderas;
bien se vé que con quimeras
me engaña tu sinrazon;
no merece mi aficion,
ni el haberme tu criado,
encubrirme su cuidado;.....
Poco te fias de mí.

Fulgencio.

Bien puedo fiar de tí,
como él de mí se ha fiado;
y aun es el medio mejor
para sosegar sus celos,
decirte que sus desvelos,
nacen de su mismo honor.

Diana.

¿Pues quién me ha tenido amor,
que ese cuidado le dé?
Si es Lisardo, yo no sé

que talle tiene Lisardo;
sino es que por ser gallardo,
celoso mi hermano esté;
¿pues qué culpa tendré yo
de que sea tan discreto?

Fulgencio.

Bien te digera el secreto
en que aquesto se fundó
¿mas qué muger le guardó?

Diana.

¿Y á cual hombre ves fingir,
lo que no quiere decir,
si á decirlo comenzó?

Fulgencio.

A tu raro entendimiento,
Diana, mi amor agravia
si este secreto te encubre;
no ha ser muger, que la causa
de no guardarle es del hombre
que hace de ella confianza,
queriendo que muger calle
lo que él siendo hombre no guarda.
No es esto decirte yo
secretos, aunque sobraba
tu virtud para fiarte
cosas mas graves, y raras;
sino darte cierto aviso
para que pongas en guarda
tu honor, porque andan ladrones
al rededor de tu fama.
Estos entretenimientos
conque pasa sus cuartanas
la Reyna Antonia han traido,
entre tantas cosas varias,
una cuestion, en que afirma

Lisardo, y la Reyna alaba,
que el imposible mayor,
para las cosas humanas,
es guardar una mugsr,
si ella misma no se guarda.
Con esto me mandó á mí,
que desde la noche, al alba,
y desde el alba, á la noche,
velé su honor, y su casa.
De esto nacen sus tristezas;
tú, bellísima Diana,
podrás guardarte mejor,
prevenida y avisada.
Huye de Lisardo siempre,
no piensen su talle, y galas,
vencer su honor de Roberto,
de quien eres noble hermana.
Por mejor medio he tenido,
aunque el secreto me encarga,
avisarte claramente
de lo que en palacio pasa.
Disimula, y sepa Antonia,
con esperiencia tan clara,
que el imposible mayor
es vencer tu honor y fama.

ESCENA VIII.

Diana.

Entre ignorancias del mundo
ninguna he visto mayor;
despues del primero error
hizo este necio el segundo.
¿Con qué ingenio, con qué llave,
guardar quiere una muger?

Roberto quiere saber
ciencia que ninguno sabe.
Que es el mayor imposible,
verá muy presto por sí,
porque ya me toca á mí,
que no parezca posible.
Este otro necio, tambien
me alaba el valor de un hombre
de tanta opinion y nombre,
y que todos quieren bien,
y avísame que me guarde
de lo mismo que me alaba,
cuando yo de amor estaba
mas segura y mas cobarde.
De estos viejos los consejos
son de grande estimacion,
¿ mas si mozos necios son,
han de ser discretos viejos?
No, que no muda la edad
el ingenio; al fin mi hermano,
á mi costa, quiere en vano
seguir su temeridad.
De suerte que por guardarme
para salir con su intento,
querrá de mi casamiento
la ventura dilatarme.
Yo he mirado atentamente
á Lisardo, y me pesaba
de ver que no me pagaba
este amoroso accidente:
pero ya que mi fortuna,
me ha traido la ocasion,
aunque fué por ilusion
no pienso perder ninguna.

ESCENA IX.

Diana y Celia.

Celia.

Cierto mercader flamenco
con muchas curiosidades
de vidrio, y de oro tambien,
pasaba por nuestra calle,
y por la reja me dijo
que hiciese que le comprases
algunas cosas, señora,
de las que en la caja traje;
y que me daria á mí
por el dicho corretaje
dos papeles de alfileres,
y un poco de lo que sabes,
que nos aliña los rostros.
¿Qué dices? ¿podré llamarle?

Diana.

¿Mi hermano está en casa?

Celia.

No.

Diana.

Llámale.

Celia.

Merced me haces.
Entrad, Monsieur, ó quien sois.

ESCENA X.

Dichas, y Ramon de Buhonero.

Ramon.

El Cielo, señora, ôs guarde
los años de esa hermosura,

por infinitas edades.
La fama de que teneis
buen gusto, pudo obligarme
á enseñaros varias cosas,
recien venidas de Flandes:
abro con vuestra licencia,
y escoged lo que os agrade,
aunque no tengais dineros,
que no aprieto que me paguen
las Damas que no los tienen;
por que bien puedo fiarles
un año, dos, aunque veis,
que traigo este humilde trage.

Diana.

¿De donde sois?

Ramon.

Del Pais
de Enao.

Diana.

Famosos lugares,
dicen que tiene.

Ramon.

Es demas
la fortaleza notable;
pero Valencina tiene
para ciudad bellas partes;
y el celebrado Relox,
que muestra el curso admirable
de la Luna, y los planetas.

Diana.

Algunas cosas mostradme.

Ramon.

Si quereis joyas de precio,
tiene cuarenta diamantes
este Cupido.

Diana.

A Cupido
mas tierno suelen pintarle.

Ramon.

Antes de diamantes es
por lo que dan los amantes.

Diana.

Ellas son piedras famosas,
mas de calidades tales,
que vendidas en la joya
del platero que las hace
tienen el valor que él quiere;
y si despues de comprarse
se quieren vender al mismo,
la mitad apenas valen.

Ramon.

A las mugeres parecen,
que si llegais á rogalles,
se venden por grande precio,
y si ellas ruegan, de valde:
pero yo no he de querer
precio tan esorvitante
por los diamantes que veis

Diana.

¿Mas qué quereis engañarme
con algunas piedras falsas?

Ramon.

No puede ser que os engañe,
pues no he de llevar dineros.

Diana.

¿Qué, sin ellos quereis dárme
las joyas?

Ramon.

Sí, por que sé
que puede de vos fiarse

hasta el alma de un secreto,
que es mas que diez mil diamantes.
Este es un bello delfin
con diez zafiros, que hacen
las escamas.

Celia.

¡Linda joya!

Ramon.

Este es un famoso Marte,
armado como le pintan
los Poetas celestiales.

Diana.

¿Celestiales?

Ramon.

Si, que son
de los cielos, los que saben,
á diferiencia de aquellos
que el monte Parnaso pacen.
Tomad, no os acobardeis.

Diana.

Animo teneis.

Ramon.

Tan grande,
que un diamante os puedo dar,
tan grande, como un diamante. (1)

Diana.

Aguardad no le encubrais,
¿qué es esto, es por dicha imagen?

Ramon.

No señora.

Diana.

¿Pues quien es?

---

(1) *Hace Ramon como que se esconde un retrato.*

Ramon.

Cierto retrato de un naipe,
que tengo que guarnecer,
porque quieren presentarle
á cierta dama.

Diana.

Mostrad........
¡Buena cara!

Ramon.

El mejor talle
tiene aqueste caballero,
(fuera de otras muchas partes;
entendimiento, valor,
gracia, bizarría, donaire,
gentileza, condicion,
nobleza é ilustre sangre)
que en Nápoles se conoce.

Diana.

Bien es que á un rostro tan grave
las virtudes que decís
honestamente acompañen.

Ramon.

Eslo tanto, que en su vida
miró á muger aunque hablase
con ella, que para una
quiere el amor que se guarde;
en esta dias, y noches
piensa, y no quiere que hablen
de cuantas Nápoles tiene,
sus amigos, y sus pages,
con ser querido en estremo
de muchas, que aun ayer tarde,
una lloraba conmigo
que aun apenas la mirase,
despues de un año de amor.

Diana.

¿Sabes quién es?

Ramon.

Si guardarme
quereis secreto, os diré
lo que perdido le trae.

Diana.

Callar prometo.

Ramon.

No es poco.

Diana.

Ni mucho, aunque tú te espantes
que haya mugeres tan cuerdas
que cosas que importen callen.

Ramon.

¿Conoceis cierta Diana,
bellísima, (y perdonadme,
que la alabo en vuestros ojos,
sin que su belleza agravie,)
de cierto Roberto hermana,
parienta del Condestable
de Aragon, que es gentilhombre
de la Reina?

Diana.

Sé las partes
de esta dama que decís;
porque en Nápoles á nadie
hace la merced que á mí:
siempre andamos juntas.

Ramon.

Dádme
el retrato; y estas joyas
en casa pueden quedarse,
que despacio las vereis.

Diana.

De las joyas no se trate;
que no he de tomar ninguna,
solo el retrato dejadme;
que bien lo podeis fiar;
porque quiero yo enseñarle
á la dama á quien decis:
que no habrá quien mejor trate
de obligarla á que le quiera.

Ramon.

Bien sé que puedo fialle,
pero no puedo atreverme
á que un momento me falte,
porque pedírmele puede,
sin alguna prenda grande.

Diana.

Esta cadena...

Ramon.

No es cosa
que precio apreciado vale,
que en fin es un naipe solo,
aunque tal vez vale un naipe,
si llega con buena suerte,
que el dueño un tesoro gane.

Diana.

¿Y si yo otro naipe os doy?

Ramon.

Como ese rostro retrate;
será prenda igual del mio.

Diana.

Pues tomad este, y guardadle.

Ramon

¿Cuando me mandais volver?

Diana.

Volved en diverso trage

mañana.

Ramon.

Quedaos con Dios;
que bien puedo asegurarme;
que por el rostro de un hombre
llevo el retrato de un angel.

ESCENA XI.

Diana y Celia.

Celia.

¿Qué has hecho?

Diana.

Dar un principio
á un pensamiento notable.
Este flamenco es fingido.

Celia.

Bien puede ser que te engañes;
pero estas preciosas joyas,
no es posible, que no salen
de alguna aljava de amor,
¿porqué de tomar dejaste,
dos, ó tres, de las mejores?
que yo, como muchas hacen,
le pesqué famosamente
dos bellas randas de Flandes,
y un abanillo de plata.

Diana.

La joya mas importante
para mi, es aqueste rostro,
no diamantes, no balajes,
no rubies, si amatistas,
que adornan oro, y esmaltes.

Celia.

¿Conoces al dueño?

Diana.

Sí.

Celia.

¿Quién?

Diana.

Lisardo.

Celia.

No te espantes
que me admire.

Diana.

Ven conmigo
donde despacio te hable;
que el imposible mayor
de cuantos el mundo sabe,
es guardar una muger,
si ella no quiere guardarse.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Salon de Palacio.

La Reyna y Lisardo.

Reyna.

Ya de tu parte no ofenden,
Lisardo, tu voluntad,
si el principio es la amistad
de los hechos que se emprenden.
Lo mas tienes hecho en fin,
bien te puedes prometer
del principio, que ha de ser
alegre, y dichoso el fin;
muéstrame el retrato.

Lisardo.

Aquí
viene, señora, el retrato.

Reyna.

No ha sido el pincel ingrato.

Lisardo.

Ni yo al dueño.

Reyna.

¿Cómo así?

Lisardo.

De burlas pensé querer;
deberas la quiero ya.

Reyna.

¿Búrlaste?

Lisardo.

Presente está

quien lo debe de saber.
Pregunta á aqueste retrato
¿si merece esta belleza
amor?

Reyna

La mayor tibieza
enciende, Lisardo, el trato.

Lisardo.

No hay cosa mas de temer.

Reyna

Si solo dé ser tratada
una hermosura pintada,
tal efecto puede hacer,
tema, Lisardo, la viva
el que comienza burlando;
que el amor mas dulce y blando
tiene el alma vengativa.
Pero á tí te está muy bien,
pues agradecen tu amor;
y á mí, Lisardo, mejor
para entretener tambien
tan cansada enfermedad.
Rindamos aqueste necio,
que ha puesto en tanto desprecio
nuestro ingenio y libertad:
conozca que la muger
es un vaso de cristal
para el bien, y para el mal.

Lisardo.

Si; porque puede tener
licor precioso y veneno.

Reyna.

Mire que mal la guardó;
no Lisardo, porque yo
darte el retrato condeno,

mas porque sepa Roberto
que es guardar, si tiene amor
una muger, el mayor
imposible.

Lisardo.

Este concierto
que habemos hecho adivina;
y que su hermano tambien
aunque he comenzado bien
y á pagar mi amor se inclina,
temo que adelante sea
mas cuidadoso que agora;
que en el aviso, señora,
mal el engaño se emplea:
si bien de aqueste criado
gran confianza he tenido,
pues sobre ser atrevido
tiene un ingenio estremado.
Con este norte navego.

Reyna.

¿Tanto sabe?

Lisardo.

Es de manera,
que en Troya otra vez pudiera
meter el caballo Griego.

Reyna.

¿Podréle ver?

Lisardo.

No es persona
digna de tus ojos.

Reyna.

Quiero
verle y hablarle.

Lisardo.

¿Rugero?

Sale un Page.

¿Señor?

Lisardo.

Advierte, y perdona,
que es hombre vil.

Reyna.

Ya lo entiendo.

Lisardo.

Llama á Ramon.

Page.

Voy por él.

Reyna.

Tratemos los dos con él
el engaño que pretendo,
que no puede resultar
daño de mi informacion.
Y mientras viene Ramon,
Lisardo, te quiero dar
esta carta de mi esposo;
si es que mi esposo ha de ser
Alfonso.

Lisardo.

No hay que temer
en concierto tan dichoso,
mas de aquella dilacion,
que causa tu enfermedad....
Mas mira la brevedad
con que ha venido Ramon.

Reyna.

Pues allá podrás despacio
leer esta carta mejor.

ESCENA II.

Dichos, Ramon y el Page.

Ramon.
¿A mí la Reyna?
Page.
Tu humor
corre hasta el mar de palacio;
mas ya con su alteza estas.
Lisardo.
Aguarda, Rugero, afuera. *Vase el Page.*
Reyna
¿Sois vos Ramon?
Ramon.
¿Quien pudiera
ser sino yo?
Reyna.
Llegaos mas:
mucho me huelgo de veros
Ramon.
¿Qué jardin ó que edificio
soy yo?
Reyna.
El mayor artificio,
desde los siglos primeros
de la gran naturaleza,
fué el ingenio, y el mas digno
de estimacion.
Ramon.
Soy indigno
del favor de vuestra Alteza;
mas tal vez Esopo fué
al Filosofo su dueño,
de provecho; y un pequeño

ramo levantar se vé
sobre un muro si él le ayuda,

Reyna.

Grande artificio tuviste,
notable principio diste
á empresa de tanta duda.
Lisardo me lo ha contado;
el retrato tengo aquí.

Ramon.

Principio á esta empresa di
con pecho determinado;
lo demas haga, señora,
la fortuna.

Reyna.

Tú has de ser
la fortuna.

Ramon.

Si he de hacer
algo en tu servicio agora,
adviérteme, que aquí estoy,

Reyna.

Rendir aquella muger,
hasta que lo venga á ser
de Lisardo.

Ramon.

Yo te doy
palabra, que si estuviera
en su casa...

Reyna.

¿Y no podrias
entrar por algunos dias
en ella?

Ramon.

Yo bien pudiera,
con una cierta invencion,

donde no solo la hablára,
mas para Lisardo hallára
puerta, lugar, y ocasion:
mas es muy dificultoso.

Reyna.

Díla á ver.

Ramon.

Este Roberto
está muy desvanecido
de que tiene parentesco
con el famoso almirante
de Aragon, y el casamiento
que tratas con don Alfonso,
ya de Castilla heredero,
ha hecho comunicarse
con mas amor estos Reinos.
Si me diesen seis caballos
de España á fingir me atrevo,
con otros tantos criados,
que los llevasen del diestro,
que de España los envia
el Almirante á Roberto.
Haré que digan las cartas,
que por que noticia tengo
del modo de su crianza,
me manda quedar con ellos.
Si quedo en casa, señora,
como lo tengo por cierto,
yo daré puerta á Lisardo.

Reyna.

¡Qué notable fingimiento!
Haz prevenir seis caballos.

Ramon.

Manda que vengan cubiertos
de ricas mantas.

Lisardo.

La firma
del Almirante, que tengo
en cartas suyas, será
fácil, á lo que yo creo,
de contrahacer.

Ramon.

¿Eso dudas?
con lo poco que yo entiendo
te la pintaré de molde.

Reyna.

Si sales con este enredo
seis mil escudos te mando.

Ramon.

Seis mil años el gobierno
de Nápoles, y Aragon,
tengas, y de Alfonso el bueno
tantos hijos, de los hijos
tantos nietos, de los nietos
tantos viznietos, que lleguen
tus choznos al sacro imperio
de Roma y Constantinopla.

Reyna.

De médico darte quiero
salario; que mis cuartanas
no tienen remedio en ellos
y de tí esperan salud,
pues contigo me entretengo.

Ramon.

Si yo soy médico tuyo,
dos higas para Galeno;
seis para Avicena, y diez
para Hipócrates.

ESCENA III.

Lisardo y Ramon.

Lisardo.

Yo pienso,
Ramon, que tambien mi amor
tendrá remedio en tu ingenio.

Ramon.

Dame el pulso.

Lisardo.

Estoy perdido.

Ramon.

Sangrarte mañana quiero
de aquestas desconfianzas;
que en purgándote de zelos
quedarás como un alcon.

Lisardo.

Muero de amor.

Ramon.

Y yo muero
de amor de seis mil ducados.

Lisardo.

¡Ay que burlando, y riendo,
suele amor salir llorando!

Ramon.

Yo quemaré mis enredos,
si se escaparé muger
de los tiros del dinero.

ESCENA IV.

SALA EN CASA DE ROBERTO.

Diana y Celia.

Celia.
¿Qué te halló el retrato?
Diana.
Sí,
de que estoy perdiendo el seso.
Celia.
Que ha destruido, confieso,
tus intentos.
Diana.
¡Ay de mí!
pero no piense mi hermano
tan facilmente vencer
un ingenio de muger;
porque es pensamiento vano:
que antes el número incierto
dirá de su arena el mar,
y al cielo podrá contar
todas sus luces Roberto;
á los árboles las ramas,
y á las ramas verdes ojas,
á quien ama las congojas
y al fuego sus vivas llamas,
que impida el aventurarme,
á ser muger de Lisardo;
porque si yo no me guardo,
¿quién puede, Celia, guardarme?
Celia.
¿Pues qué remedio ha de haber,
si su retrato te halló?

Diana.

¿Y para qué quiero yo
el ingenio de muger?

Celia.

¿Si le halló en la almohada
de tu cama, le podrás
negar, señora que estás
de Lisardo enamorada?

Diana.

Si; que al instante escribí
á un criado de Lisardo
el remedio que ya aguardo.

Celia.

¿Remedio?

Diana.

Digo que si;
y que ha de quedar mi hermano
desengañado y contento.

Celia.

Sin duda tu entendimiento
escede al límite humano.
Él viene.

Diana.

Y con él Fulgencio.

ESCENA V.

Roberto y Fulgencio.

Roberto.

Mi daño se declaró.

Fulgencio.

Nunca el honor se perdió
á la sombra del silencio.

Roberto.

¡En la cama de mi hermana

un retrato de Lisardo!
¿Cómo en matar me acobardo,
muger ton loca y liviana?

Fulgencio.

¿Qué mas pudieras decir,
si al mismo Lisardo halláras?

Roberto.

¿Pues, Fulgencio, en qué reparas,
siendo tan justo inferir
el desonor que recibo?
pues si en su cama he hallado
hoy á Lisardo pintado,
mañana le hallaré vivo.

Fulgencio.

No fué la dificultad,
donde el honor se asegura,
guardarle de una pintura.

Roberto.

¿Pues de quién?

Fulgencio.

De la verdad.

Roberto.

Todo es justo que me asombre;
y advierte en su falso trato,
que por donde entró un retrato,
podrá entrar despues un hombre.
¿Qué bien mi casa guardaste?
¿Qué bien la fie de tí?

Fulgencio.

¿Echasme la culpa á mi
de lo que no me mandaste?
Tu casa, es cosa muy llana
que cuidadoso guardé;
pero no te aseguré
la voluntad de tu hermana,

¿Cómo puedo yo guardar
una tan libre potencia,
ni á un alma hacer resistencia,
para que no pueda amar?
¿Qué hombre has hallado aquí?

Roberto.

Si mi casa se guardára,
ni aun este retrato entrára,
y mas adonde hoy le ví.
¿Por donde entró?

Fulgencio.

¿Yo qué sé?
En las ciudades cercadas
de almenas, lanzas y espadas
entrar un pliego se vé,
tirado con una flecha:
con flecha le tirarian
ese retrato.

Roberto.

Si harian,
pues fue á la cama derecha;
pues vive Dios, que á tener
sangre.....

Fulgencio.

Di alguna quimera.

Roberto.

El retrato, la vertiera.

Fulgencio.

¿Es tu hermana tu muger?

Roberto.

Vilísimos hombres son
hermano, padres, parientes
que sufren.

Fulgencio.

No los afrentes

con tu mala condicion.

Roberto.

Que sufren tales agravios;
porque en llegando á maridos,
me taparé los oidos,
y me taparé los lábios.

ESCENA VI.

Dichos, Diana y Celia.

Diana.

¿Has dicho ya cuanto sabes?

Roberto.

¿Tú estabas aquí?

Diana.

Yo estoy
aquí.

Roberto.

Desdichado soy.

Diana.

No suelen los hombres graves
hablar de su honor asi.

Roberto.

¿Pues cómo?

Diana.

Con mas cordura;
porque es vidrio y se aventura:
ya entiendes.

Roberto.

Si es vidrio en tí
yo le doy por ya quebrado.

Diana.

Yo no: que Celia me dió
este retrato que halló,
y que en mi cama has hallado;

que si sospechoso fuera,
claro está que le guardára
despues que me levantára.

Roberto.

¿Pues como, ó de que manera
Celia se le pudo hallar?

Celia.

Viniendo de misa ayer,
mirando al suelo, por ser
mas recatada en mirar.

Fulgencio.

Espera, que por la calle
suena un pregon.

Diana.

El retrato
pregonan.

Celia.

Y no es ingrato
su dueño, que á quien le halle
promete cincuenta escudos.

Fulgencio.

Roberto, cosas de honor,
por señas es lo mejor
tratallas, como los mudos;
dáme el retrato, que quiero
certificarme de todo.

Roberto.

Vé, Fulgencio, y haz de modo,
que te asegures primero. (1)

(1) *Vase Fulgencio y lleva el retrato.*

ESCENA VII.

Dichos menos Fulgencio.

Celia.

Manda que me den á mi
los cuarenta escudos.

Roberto.

Fuera
bajeza.

Celia.

Yo la tuviera
por grandeza para mi.

Roberto.

En hallazgo de mi honor
quiero darte esta cadena.

Celia.

Ya me has quitado la pena
con darme hallazgo mejor.

Roberto.

Hoy á mi hermana traeré
una joya de diamantes,
y de zelos semejantes
el perdon la pediré;
que si supieses, Diana,
lo que me importa guardarte,
disculparias en parte
mis zelos.

Diana.

Yo soy tu hermana:
¿para qué guardas me pones?
porque si has de ser casado,
quedarás mal enseñado
en mayores ocasiones.
Nunca enseñés á querer

con despertar los dormidos;
que es en zelos mal pedidos,
la mejor muger, muger.
Que si el paso les allana
el aviso, y la tercera,
la mas diamante, es de cera,
y la mas cuerda, de lana.
Los femeniles antojos
los destruyen advertidos,
que vemos por los oidos
mas veces que por los ojos.
Que algun necio que profana
la virtud de nuestro pecho
á puro zelos ha hecho
la mas honesta liviana;
que pueden zelos hacer,
no siendo ocasion forzosa,
loca la mas virtuosa,
y la de mas ser, sin ser.

Roberto.

Diana, perdon te pido,
y de tu honor satisfecho,
del agravio que te he hecho
mil veces perdon te pido;
tomaré enmienda bastante
en la vergüenza que tengo.

ESCENA VIII,

Dichos y Fulgencio.

Fulgencio.

Satisfecho, señor, vengo,
cuanto me ha sido importante:
las señas todas me dió
de la pintura un hidalgo,

sin que discrepase en algo,
y el hallazgo me ofreció;
mas dije que en esta casa
no se toma por hallar
retratos.

Roberto.

Puedole dar,
Fulgencio, de lo que pasa.

Fulgencio.

Y tú á mí mucho mejor.

Roberto.

¿Cómo?

Fulgencio.

A la puerta te aguarda
del gallardo aragonés
un presente, y uua carta.

Roberto.

¿Del Almirante?

Fulgencio.

Del mismo.

Roberto.

¿Presente?

Fulgencio.

El mejor de España.

Roberto.

¿De qué suerte?

Fulgencio.

Seis caballos,
que cualquiera de ellos basta,
á dar á Córdoba honor;
bien puedes mandar mañana,
que te empiedren el zaguan,
que al son que los frenos tascan
llevan el compas los pies;
con tanto concierto danzan.

Las armas del Almirante,
las aragonesas barras,
traen bordadas de tela
sobre cubiertas de grana.
Trae un bayo cabos negros,
la clin en cintas de nacar,
que aunque es encarecimiento,
puede envidialle una dama.
Corto de cuello, un rosillo
fuego por los ojos lanza,
y un castaño con bufidos
parece que al toro llama.
Dos rucios son tan iguales,
que no haran en una entrada
en España diferencia,
digo en sus juegos de cañas.
Bizarro muerde un Obero
el bocado con tal gala,
que me obligó á descubrille
por las cubiertas las ancas.
Todos en fin son de suerte,
que en el carro de la fama
perdieron de ir solamente
por ser de colores varias.
Da licencia al que los trae
para que te dé las cartas.

Roberto.

Entre mil veces, Fulgencio.

ESCENA IX.

Dichos y Ramon.

Ramon.

Dádme esos pies.

Roberto.

Mucho errára

á quien los brazos merece;
que son las puertas del alma.
¿Venís bueno?

Ramon.

Y muy honrado
de serviros.

Roberto.

¿Cómo os llaman?

Ramon.

Don Pedro.

Roberto.

Señor don Pedro,
esta es vuestra propia casa.

Ramon.

Esta es del Almirante
mi señor. (1)

Roberto.

Quiero besarla.

Ramon.

Leed mientras voy á dar
un recado á vuestra hermana.
Dadme, señora, los pies.

Diana.

Seais bien venido.

Ramon.

Madama,
yo no sé las cortesias
ni de esta tierra la usanza.
El Almirante me dió
en esta pequeña caja
cierta joya.

Diana.

Celia, escucha;

---

(1) *Le dá una carta.*

escucha, Celia.

Celia.

¿Qué mandas?

Diana.

¿No es este el frances que trujo
los retratos, Celia?

Celia.

Calla,
que te engañan los deseos.

Roberto.

Oye esta carta, Diana.

Lee. *Mientras nos vemos en Nápoles, primo, y señor mio, que ya se queda aprestando el Príncipe mi señor, envio á V. señoria esos caballos, suplicandole no tenga á servicio el enviárselos, sino el llevárselos don Pedro mi caballerizo, para que se los gobierne; á quien suplico honre en su casa que es hidalgo, que lo merece.=Dios guarde á V. señoria.*

El Almirante de Nápoles y Aragon.
Mucha razon ha tenido
mi primo en encarecer
al que los viene á traer.

Diana.

La mayor merced ha sido.

Ramon.

Soy muy vuestro servidor.

Roberto.

Con tu licencia los quiero
ver.

Diana.

Yo aunque muger espero
el verlos despues mejor.

Roberto.

¿Cómo?

Diana.

Porque irás en ellos.

Roberto.

Favor como tuyo.

Ramon.

Voy
delante.

Roberto.

A fe de quien soy
que he de estar loco con ellos.

ESCENA X.

Diana y Celia.

Diana.

Mientras los caballos mira
Roberto, al fin caballero,
mirar mis diamantes quiero.
¡Ay! ¿qué es esto?

Celia.

¿Qué te admira?

Diana.

Solo aquí viene un papel.

Celia.

¿Papel solo?

Diana.

Abrirle quiero,
que sino me engaño espero
mayores joyas en él.

Lee. *Diana hermosa, las asperezas de tu celoso hermano, mas dirigidas á sustentar su opinion que á procurar tu remedio, me obligan á solicitar con industria lo que fuera imposible de otra suerte; á tu retrato di lugar en el alma, y para hablarte hice que ese astuto criado mio fingiese venir de España con ese*

presente ; dale la orden que te parezca mas á propósito , que yo para ser tuyo , pondré mi vida á tantos peligros como la fortuna quisiere , hasta que seas mia. =
Lisardo.

¡Ay, Celia! bien sospeché
cuando al hombre conocí.

Celia.

Mucho aventura por tí.

Diana.

Amor el primero fué,
que dió principio al engaño;
turbada estoy.

Celia.

Con razon.

Diana.

No nace mi confusion,
Celia, de temer mi daño.

Celia.

¿Pues de qué?

Diana.

De no saber,
si es cierta la voluntad
de Lisardo.

Celia.

El ser verdad
lo dá el peligro á entender.

Diana.

Si nace de una porfia
este amor, no será amor.

Celia.

Mucho ofende tu valor
tal desconfianza.

Diana.

Es mia.

Celia.

¿Tú quiéresle bien?

Diana.

Le adoro.

Celia.

¿Pues cuál tan necia muger,
no sabe hacerse querer,
sin perder de su decoro?
¿No has visto un esgrimidor,
que una herida imaginada
tienta la contraria espada,
para acertarla mejor?
¿Y no has visto al que torea,
no acometer sin mirar
por donde podrá sacar
el caballo, que desea
que salga libre del toro?
Pues tal, señora, ha de ser
con el hombre la muger,
para guardar su decoro.
Tiéntale la voluntad
antes de entregarle el alma,
que mas llana que la palma
conocerás la verdad.

Diana.

¿Luego los hombres no saben
fingir?

Celia.

La muger discreta
no dá lugar á esta treta,
para que despues se alaben.
¿Quién no sabe enamorar?
Tuviera yo tu hermosura,
que yo hiciera á la mas dura
piedra en cera transformar;

que muchos hombres llegaron,
con ánimo de fingir,
que no aciertan á salir,
de donde burlando entraron.

ESCENA XI.

Dichas y Ramon.

Ramon.

¿Puédote seguro hablar?

Diana.

La carta, Ramon, leí;
Lisardo me pide aquí,
por está invencion, lugar
para verme con secreto;
pero yo confusa estoy.

Ramon.

¿Si yo el remedio te doy,
tendrá su esperanza efecto?

Diana.

¿Qué remedio puedes darme?

Ramon.

¿Ya no estoy en casa?

Diana.

Si.

Ramon.

Yo hallaré puerta.

Diana.

Es así;
mas será para matarme;
que está mi hermano advertido,
y apenas entra criado
sin ser mil veces mirado
y otras mil reconocido.

Ramon.

Pues esa ha de ser la gala,

y esta noche te ha de ver.

Diana.

¿Cómo, si al anochecer,
desde la cuadra á la sala,
está hecho centinela
hasta que me acuesto yo?

Ramon.

¿Es tu hermano lince?

Diana.

No:
pero está avisado, y vela.

Ramon.

¿No hay jardin en esta casa?

Diana.

Y con una hermosa fuente.

Ramon.

Pues haz que en este jardin
contigo esta noche cene,
que yo despues de cenar
haré que conmigo juegue,
ó se entretenga algun rato,
mientras levantarte puedes
á hablar con Lisardo.

Diana.

¿Estas
loco?

Ramon.

Lo que digo entiende,
que yo te pondré á Lisardo
entre yedras ó laureles.

Diana.

La fuente tiene unos arcos
de arrayan en las paredes:
pero es imposible entrar;
que mi hermano mismo tiene

las llaves, ó aquel Fulgencio,
que es su alcaide ó su teniente.

Ramon.

Vestido de ganapan
haré que Lisardo entre
con licencia de Fulgencio,
si la noche lo concede,
con un arca de mi ropa.

Diana.

Si; ¿pero no vés que tiene
de salir luego?

Ramon.

Es verdad;
pero el mismo engaño es ese;
porque dentro de un vestido
han de venir dos, de suerte
que un cuerpo solo parezca;
que el arca forzosamente
los cubrirá desde alto,
y luego que me la dejen
en mi aposento, saldrá
el hombre que con el fuere,
y quedaráse Lisardo,
para que despues le lleve
al jardin donde te hable,
antes que Roberto llegue.

Diana.

¿Dos hombres en uno?

Ramon.

Si.

Diana.

¿Y si sacan luz cuando entren?

Ramon.

Haré yo que con el page,
quien trae el arca tropiece,

porque le mate la luz.

Diana.

¡Qué temor!

Ramon.

No ama quien teme.

Diana.

Ahora bien, esto es amor;
él de noche se entretiene
con dos criados que cantan.

Ramon.

Pues haz que al jardin los lleve,
que será linda ocasion.

Diana.

Habla á mi Lisardo.

Ramon.

Ténle
por hombre que has de ser suya,
y él tu esclavo eternamente,
ó no ha de haber en el mundo
noche encubridora siempre,
trasformaciones de Ovidio
jardines, yedras y fuentes,
arcas, ganapanes, llaves,
celos, necios, y alcahuetes.

Diana.

Llévale esta banda.

Ramon.

Muestra.

Diana.

Dí que del color se acuerde.

Ramon.

¡Plega á Dios que á posesion
tales esperanzas lleguen!

ESCENA XII.

Decoracion de calle.

Lisardo y Albano.

Lisardo.

Agravio hiciera á la amistad, Albano,
que los dos profesamos tan estrecha,
sino os dijera la verdad.

Albano.

En váno
vuestro silencio me causo sospecha;
bien sé que amor, dulcísimo tirano,
pasó vuestra alma con dorada flecha,
que siempre esta pasion es conocida,
en la nueva mudanza de la vida.
De los amigos, y aun de sí pretende
quien ama retirarse, y apartado
de quien mas se fiaba se defiende;
consigo solo trata su cuidado,
la compañía y la amistad le ofende
hasta el punto que sabe que es amado;
que entonces el placer mismo le obliga,
á que le aumente, comunique, y diga.

Lisardo.

Albano, yo no amé por accidente,
á Diana amé por eleccion, Albano,
la Reina melancólica, y doliente
autora fué de lo que pierdo ó gano.
Por dalla gusto amé, mas nadie intente
amar, que tiene la ocasion en vano
la puerta abierta, amor para la entrada,
y los sucesos al salir cerrada.
Tal vez al parecer la blanca Aurora

sale serena, y llueve al medio dia,
tal vez que parda, y descontenta llora,
con mas rayos el sol despues envía:
y asi tal vez de burlas se enamora,
quien de su engaño, y libertad confia,
y asi mi engaño, Albano, me parece,
sale con sol, con agua me anochece.

Albano.

De la correspondencia, el amor nace.

Lisardo.

Asi lo dijo á Venus, cierta diosa.

Albano.

Luego si os ama á quien amais no os hace
agravio amor.

Lisardo.

La condicion celosa
de Roberto me mata.

Albano.

Aunque mas trace
guardar su hermana, es imposible cosa;
que del principio que me habeis contado
ya he visto su locura en su cuidado.
Mirad, si con la vida, y con la hacienda
os puedo yo servir.

Lisardo.

Beso os las manos,
la Reina que me manda, que esto emprenda,
hará los pasos al camino llanos;
por lo demas, cuando el peligro entienda
amenazar mis pensamientos vanos,
mi vida fiaré de vuestra espada.

Albano.

No os doy la mía, que os la tengo dada.

ESCENA XIII.

Dichos y Ramon.

Ramon.

¿Habiate de hallar?

Lisardo.

¿Dónde vas, necio?

Ramon.

¿Podréte hablar?

Lisardo.

El alma misma fio
de Albano.

Ramon.

Y con razon.

Lisardo.

No tiene precio
un leal amigo.

Ramon.

Y un señor tan mio.
Los caballos llevé, que harán desprecio
á los del Sol por el invierno frio,
que es cuando sacan por el tiempo iguales
paramentos de granós Orientales:
la carta recibió, dióme aposento,
dí la tuya á Diana y quiere hablarte.

Lisardo.

¿Hablarme?

Ramon.

Aquesta noche.

Lisardo.

Tal contento
á peso de oro intentaré pagarte:
mas paréceme loco atrevimiento
á tan grande peligro aventurarme.

*

Ramon.

Mas te parecerá despues de visto.

Lisardo.

¡Que manzanas esperidas conquisto,
que reservado vellocino de oro,
que nuevo mar, que nunca sufrió nave;
que dragon fiero; que encantado Toro!

Ramon.

Como Medea tú vencellos sabe.
Mientras guarda el avaro su tesoro,
forja el ladron la cautelosa llave.
Los dos habeis de entrar.

Lisardo.

¿Los dos?

Ramon.

De todo
sabreis despacio en nuestra casa el modo.
Lisardo ha de quedar, y saldrá Albano;
pero no os detengais, que ya la frente
inclina el sol al húmedo Occeano,
y oro, y púrpura baña el Occidente.

Lisardo.

Albano amigo, no hay peligro humano,
que si me ayudas tú mi amor no intente.

Albano.

Mil vidas perderé.

Ramon.

Seguidme.

Lisardo.

¿Donde?

Ramon.

La noche calla, y el callar responde.

ESCENA XIV.

JARDIN EN CASA DE ROBERTO.

Roberto, Diana, Feniso y Músicos.

Roberto.
Pues mi hermana me convida,
bien os puedo convidar,
y porque os pueda obligar,
quiero que lo mismo os pida.

Feniso.
Si de honrarme sois servida,
la cena, señora, aceto.

Diana.
Convidado tan discreto
reciba la voluntad;
que siempre la brevedad
fué causa de algun defeto.

Feniso.
Hallareis tantos en mí;
que solo se echan de ver,
que no tengais que temer.

Diana.
No me respondais así,
sino, entretened aquí
la conversacion un rato,
mientras de serviros trato.

Feniso.
Hacerme merced direis,
á que nunca me hallareis
desobligado, ni ingrato.

Diana.
Yo voy con vuestra licencia;

ESCENA XV.

Dichos menos Diana.

Feniso.

Volved, hermosa Diana,
que luna tan soberana
suplirá del Sol la ausencia,
y mirad que esa presencia
daba tal vida á las flores,
que esforzaban sus colores,
y esta fuente natural,
sobre jaspes de cristal,
cantaba versos de amores.
No será, amigo Roberto,
lisonja aquesta alabanza
si á los méritos alcanza
de su valor claro y cierto,
y del que tiene hoy, advierto
que os ha de hacer muy dichoso.

Roberto.

Antes estoy temeroso
de mi fortuna en tenella,
que cuanto es dichosa, y bella,
estoy yo necio, y dichoso.
Y pues que llega ocasion,
y sois mi mayor amigo,
sabed que son mi castigo
su hermosura y discrecion.
Aquella proposicion,
que hice en la junta pasada,
me tiene el alma turbada,
pues dije que puede ser
el guardar una muger,
aunque esté determinada.

Y no sé si es mi temor,
que en cuidado semejante,
no hay sombra que no me espante;
que es muy medroso el honor.
Pienso que la tiene amor
Lisardo, pero no puedo
hacer mas, que tener miedo
y guardarla neciamente;
pues hasta la vulgar gente
sabe que obligado quedo.

Feniso.

Teneis razon de tener
pena de lo prometido;
que ya la fama ha corrido,
y os han de intentar vencer.
El guardar á una muger
tiene mil peligros claros;
pero quiero aconsejaros
que la caseis, con que cesa
toda la propuesta empresa,
y nadie podrá culparos.

Roberto.

¿Con quien os parece á vos
de los que en la corte están?

Feniso.

Sino muy rico y galán,
yo soy muy noble por Dios,
y siendo amigos los dos
me dareis vuestro cuidado.

Roberto.

Yo lo doy por concertado,
y vos os la guardareis.

Feniso.

La mano.

Roberto.

Aquí la teneis,
que es mas que quedar firmado.

ESCENA XVI.

Dichos y Fulgencio.

Fulgencio

Don Pedro llama á la puerta,
con un hombre, que cargado
viene de un cofre.

Roberto.

¿No ha estado,
la puerta hasta ahora abierta?

Fulgencio.

No señor, ni se abrirá
sin tu licencia.

Roberto.

Abrir puedes,
con que asegurado quedes,
y salga el hombre.

Fulgencio.

Si hará;
que hasta que vuelva á salir
me pienso á la puerta estar.

Roberto.

Pues acabad de cerrar,
que no ha de volverse á abrir.

Fulgencio.

Yo voy.

Roberto.

Cuidado, Fulgencio.

Fulgencio.

Ya está todo prevenido. *vasc.*

Roberto.

Aun es temprano.

ESCENA XVII.

Roberto, Feniso Diana y Músicos.

Diana.

He querido,
que en este mudo silencio,
las voces de dos criados
ayuden á los cristales
de esta fuente.

Feniso.

Y serán tales,
que puedan ser envidiados
de las aves, que estarán
entre esas ramas oyendo
lo que mañana diciendo
por esas selvas irán.
¿Hay algo nuevo?

Músico.

Una historia
famosa.

Feniso.

¿Es de buena mano?

Músico.

Cierto poeta temprano,
que escribe por vanagloria,
nos la dió por fruta nueva.

Diana.

¿Celia?

Celia.

¿Señora?

Diana.

Ni un punto
te muevas de aquí.

Feniso.

¿Pregunto,
hay amante que se eleva
en alta contemplacion,
hay ojos negros ó verdes?

Músico.

Tiempo en preguntarlo pierdes;
cena y oirás la cancion.

Roberto.

¿Diana?

Diana.

¿Señor?

Roberto.

Escucha.

Diana.

¿Qué quieres?

Roberto.

Qué estés con gusto,
que darle á Feniso es justo.

Diana.

¿Pór qué razon?

Roberto.

Porque es mucha,
habiendo de ser...

Diana.

¿Qué mas?

Roberto.

¿Diré tu marido?

Diana.

No.

Roberto.

Pues palabra he dado yo
de que su muger serás.

Diana.

¿Tan apriesa?

Roberto.

Esto ha de ser.

Diana.

Entra, Roberto, á cenar,
que te debes de cansar
de guardar una muger.

ESCENA XVIII.

Celia.

Lisardo tarda, no creo,
que ha de ser posible entrar;
que suele amor malograr
de una alma el justo deseo...,
Mas Fulgencio viene aquí.

ESCENA XIX.

Celia, Fulgencio y Albano en hábito de ganapan

Fulgencio.

¿Dejastes el arca ya?

Albano.

Ya adonde ha de estar está;
que no fue poco.

Fulgencio.

Es asi

Albano.

¿Como andais con tal cuidado?

Fulgencio.

Tiene Roberto enemigos.

Albano.

¿Hombre de tantos amigos,
se encierra tan recatado?
A la fé, debe de ser
la hermosura de su hermana,

y teme, como es Diana,
que salga al anochecer.
Pues advertidle por mi,
de que os dijo un ganapan,
de los que en la plaza estan
y que un arca trajo aquí,
que no se canse en tener
un cuidado tan terrible;
porque el Mayor imposible
es guardar una muger.

Fulgencio.

Salid noramala allá.
¡ Ved cual anda nuestro honor !

ESCENA XX.

Celia, Lisardo y Ramon.

Lisardo.

¿ Fuese ?

Ramon.

Ya se fué, señor.

Lisardo.

¿ Está aquí Celia ?

Ramon.

Aquí está.

Celia.

Cansada estoy de esperarte.

Lisardo.

De milagro entrado habemos
Albano y yo.

Celia.

Ya le lleva
con gran cuidado Fulgencio.

Lisardo.

¿ Cenan ya ?

Celia.

Cenando estan;
y para entretenimiento,
ó para mayor ruido,
Diana venir ha hecho
dos músicos.

Lisardo.

¿Donde dice
qué he de estar?

Celia.

En este hueco
de los arcos de esta fuente.

Lisardo.

Celia, desnudarme quiero;
que no me ha de ver Diana
en el hábito que vengo.
Toma, Ramon, este sayo.

Celia.

¿Qué traes debajo?

Lisardo.

Un peto
de armas, y en un tahalí
dos pistolas.

Celia.

Como cuerdo.

Lisardo.

Dame, Ramon, esa espada;
que pues prevenido vengo,
y enamorado, en tus manos
dejo, fortuna el suceso.
Me escondo. *Escondese.*

Ramon.

Y yo me entretengo
contigo.

Celia.

Temo quererte.

Ramon.

Y yo que me quieras temo.

Celia.

¿Por qué?

Ramon.

Porque soy, amando
favorecido, tan tierno,
que no hay nieve al sol, que forme
tantos puros arroyuelos;
persona soy que una noche
dije á un gato mil requiebros
porque en un balcon movia
la cola sobre unos t estos.
Para mi cualquier muger,
como me diga, yo os quiero,
acabóse, muerto soy.

Celia.

Pues no es bueno amar tan presto.

Ramon.

Yo no puedo mas.

Celia.

Pues yo
loco hombre quiero, y los puercos
gruñidores, y bellacos.

Ramon.

Pues á un artesa por ellos.

ESCENA XXI.

Dichos, Roberto, Diana, Feniso y músicos.

Roberto.

Sacadnos sillas aquí.

Feniso.

Corre aquí mas fresco el viento,
porque estas fuentes le dan
las perlas que va esparciendo.

Diana.

Cantad algo.

Músicos.

Una letrilla,
aunque no es nueva, diremos.

Roberto.

¿Quién está aquí?

Ramon.

Yo, señor.

Roberto.

¿Don Pedro?

Ramon.

El mismo.

Roberto.

¡O don Pedro!
¿Trujistes vuestros vestidos?

Ramon.

En mi aposento los tengo,
que me ha costado, señor,
trabajo, y mucho en traellos.

Roberto.

¿Habeis cenado?

Ramon.

A eso voy.

Roberto.

¿Los caballos estan buenos?

Ramon.

Todos están boca abajo.

Roberto.

Creolo.

Ramon.

Es caso muz cierto.

Roberto.

Tiene humor

Ramon.

Y hartos humores.

Roberto.

Va de letra.

Músico.

Estad atento.

Madre la mi madre
guardas me poneis,
que si yo no me guardo
mal me guardareis.

Roberto.

Necia letra.

Diana.

Antes discreta.

Roberto.

¿Por qué?

Diana.

Porque la muger
no puede guarda tener
mas conforme y mas discreta.

Roberto.

¿Pues no la puede guardar
un hombre?

Diana.

Roberto; si:
mas si ella se guarda á sí
¿quién la puede conquistar?

Roberto.

Yo sé que á cierta muger
pretenden, y que aunque quiera,
no podrá hacer de manera

que llegue á mas de querer.

Diana.

Pues yo sé de otra guardada,
que está gozando su amante
y está el celoso delante.

Roberto.

Toda esta cifra me agrada,
Feniso; porque es por ti.

Feniso.

¿Por mí?

Roberto.

Sí.

Feniso.

¡Dichoso yo!

Diana.

Fuentes, decidles que no,
y á vuestra sombra que sí.

Feniso.

¿Qué, merezco tanto bien?

Diana.

Tanto, que no hay bien mayor.

Feniso.

Fuentes, cantadme favor
en vuestras aguas tambien.

Diana.

Fuentes, que bañais la cara
con vuestro blanco rocio,
de aquel amado bien mio,
mi fe corre á vos mas clara.
Estas nuevas le llevad.

Feniso.

Arboles de este jardin,
decid que aquí puso fin
la mayor felicidad;
porque aquí, como Medoro,

podré escribir mi ventura,
si aquesta corteza dura
es digna de tal tesoro:
con esto, y vuestra licencia,
me voy, que parece tarde.

Roberto.

Yo os acompaño á la puerta,
que es fuerza tomar las llaves.

Feniso.

Por eso os daré lugar:
el cielo señora os guarde.

Diana.

Y á vos os haga dichoso.

ESCENA XXII.

Diana, Celia y despues Lisardo.

Diana.

Ola, dejadme un instante;
cierra la puerta al jardin,
Celia, que quiero bañarme.

Celia.

Ya, señora, está cerrada.

Diana.

Mármoles, pórfidos, y jáspes,
que al cristal de aquesta fuente
le servis de eterno engaste,
dadme el bien que me teneis.

Sale Lisardo.

No pidas, señora, que hablen
las piedras, sino las almas,
que escuchan palabras tales.
Quien te ha dicho, que es porfia,
el venir á enamorarte,
miente, que no es sino amor,

que de tu hermosura nace.
No eres tú para elecciones,
ni para burlas diamante,
sino la cosa mas bella,
mas regalada y suave,
que dió la naturaleza;
con milagro semejante,
dando á un cuerpo cristalino
por alma dichosa un ángel.
Verdad es, Diana hermosa,
como la Reyna lo sabe,
que tu hermano dió en decir,
que tiene por cosa facil
el guardar una muger;
mas que no pudo obligarme
aquesto solo á quererte,
porque muchos años antes
eras tú dueño del alma,
que agora he venido á darte.
La Reyna quiere, Diana,
que te sirva, y esto baste
para saber que no puedo,
cuando quisiera, burlarme.
De veras te adoro, y quiero;
no dudes de que te cases
conmigo, y de que la Reyna
ha de abonar mis verdades,
haciéndonos mil mercedes.
¿Qué respondes?

Diana.

Que me pagues
tan grande amor, señor mio;
pues siendo el alma tan grande,
como sugeto infinito,
á penas en ella cabe;

que aunque de burlas, ó veras,
hables en mi amor, no trates
en que yo tenga otro dueño,
aunque mil vidas me falten.
A grande peligro estás
puesto, que he visto que traes
armas, en defensa tuya.

Lisardo.

Por ser tú Venus, soy Marte.
¿Qué hará tu hermano?

Diana.

No sé;
pienso que querrá encerrarme
luego que cierre las puertas,
y que aguarda que me labe.

Lisardo.

¿Pues dónde podré yo estar,
para que esta noche pase,
larga y pesada sin tí?

Diana.

Si tu quisieses jurarme
que estarás donde yo puedo
ponerte, y donde descanses,
sin dar por dicha ocasion
á que mi hermano nos mate,
bien se yó donde estarás.

Lisardo.

¿Donde?

Diana.

Un dormitorio cae
junto á mi cama, y en él
serás esta noche imagen.

Lisardo.

A lo menos bien podré
decir que de amor soy mártir.

Diana.

Pero no te has de mover;
que sus celos desiguales
han hecho que junto á mí
tenga su cama.

Lisardo.

Si hablarte
puedo cuando esté durmiendo;
pues como en efecto baje
la voz, no hay de que temer
que podamos despertalle.
Mi bien, el partido acepto.

Diana.

Podrás, y podré fiarme;
pues te ha de obligar el miedo
á que hables quedo, ó que calles.

Lisardo.

Tú en efecto ya eres mia.

Diana.

No será la muerte parte
para apartarme de tí.
¿Tú, mi bien, podrás dejarme?

Lisardo.

Primero, el mayor amigo
con una traicion me mate,
ó del enojado cielo
rayos el pecho me pasen,
cuando de sus altos polos
en confusas tempestades
del lazo eterno parece
que procuran desatarse.

Diana.

¿Celia?

Celia.

¿Señora?

Diana.

Detras
de ésos verdes arrayanes
te desnuda, que Lisardo
quiero, que seguro pase,
(porque es el mejor remedio)
con tus vestidos, delante
de Roberto.

Lisardo.

¿ Hablas de veras ?

Diana.

Como esos enredos hace
una muger á un celoso.

Lisardo.

Al fin no podrá guardarse,
si ella guardarse no quiere.

Diana.

Si ella no quiere guardarse,
no hay imposible mayor;
y al que de guardalla trate,
sobre la puerta le escribe:
necedad de necedades.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE ROBERTO.

Celia y Ramon.

Ramon.

Siete dias ha que está
Lisardo escondido aquí.

Celia.

Mil pudiera estar asi,
mas no si le han visto ya.

Ramon.

¿Quién le ha visto?

Celia.

Una criada.

Ramon.

¡Gran Peligro!

Celia.

Ya es forzoso
salir, haciendo animoso
llave de la misma espada.

Ramon.

Fulgencio con dos criados
guarda la puerta de dia.

Celia.

Dile que mejor seria
echar á parte cuidados;
pues de noche no hay remedio,
ni invencion para salir.

Ramon.

Yo le voy Celia á decir,

que el mas poderoso medio
es salir con un rebozo,
y una pistola en la mano.

Celia.

Dile que es necio su hermano,
celoso, y valiente mozo.

ESCENA II.

Celia, Fulgencio y dos criados.

Fulgencio.

¿Pues, Celia, tan de mañana?
¡Aunque fueras centinela!

Celia.

La noche he pasado en vela,
que no está buena Diana;
¿Mandais otra cosa?

Fulgencio.

No.

Celia.

Pues á Dios.

ESCENA III.

Dichos menos Celia.

Fulgencio.

No sé que os diga.

Criado primero.

Temor á callar me obliga;
mas sombras he visto yo.

Criado segundo.

Sombras, y aun cuerpos dirás.

Fulgencio.

¡Cuerpos! ¿como? Si yo he sido

el que no se ha dividido
de aquesta puerta jamas
un átomo, vive el cielo,
es imposible que entrase.

Criado primero.

¿Pues hay sol que puertas pase
como amor?

Fulgencio.

Tengo recelo,
que este don Pedro es fingido;
mucho priva con Diana.

Criado segundo.

¿Cuál imposible no allana
este amor siempre atrevido?

Criado primero.

Es treta bien empleada
en un celoso cuidado.

Fulgencio.

¿Qué es esto?

Criado primero.

Un hombre embozado,
con una pistola armada.

ESCENA IV.

Dichos y Lisardo rebozado.

Lisardo.

Dejenme libre la puerta;
pues busco la puerta sola.

Fulgencio.

A llave de una pistola
cualquiera hallarás abierta..

Lisardo.

Pónganse á un lado los tres.

ESCENA V.

Dichos menos Lisardo.

Fulgencio.
Salió libre.
Criado primero.
¡Hay tal maldad!
Criado segundo.
¡A un noble tal libertad!
Fulgencio.
Industria fue, no interes;
vive Dios, que en este punto
quisiera que disparára
la pistola y me matara.

ESCENA VI.

Dichos y Roberto.

Roberto.
¿Qué es esto?
Fulgencio.
Yo estoy difunto.
Roberto.
¿Qué es esto? ¿Cómo no hablais?
¿De qué temblais? ¿Qué teneis?
¿Cómo no me respondeis,
y turbados me mirais?
¿En mi casa puede haber
sucesos de tales modos,
que os enmudezcan á todos?
Acabad de enmudecer,
y habladme, que estoy enmedio
de dudas, y confusíones;
mirad que las dilaciones,

quitan la fuerza al remedio;
hablad

Fulgencio.

Es tan desigual,
que la dilacion no es grave,
que el mal que presto se sabe,
mas presto llega á ser mal:
pero él es tan grande en mi,
que hará que los lábios abra;
mas dicho en una palabra,
un hombre salió de aquí.

Roberto.

¡Un hombre! ¿Cómo?

Fulgencio.

Embozado.

Roberto.

¿Pues donde estaba?

Fulgencio.

No sé;
de adentro salió, y se fue,
de dos pistolas armado:
Dejenme sola la puerta;
pues busco la puerta sola,
dijo, alzando una pistola,
con que pudo abrir la puerta;
que no hay tan fuerte petardo
como de la vida el miedo.

Roberto.

¡Muerto de escucharte quedo!
¡Hombre aquí!

Fulgencio.

Fuerte, y gallardo,
bien armado, y bien vestido.

Roberto.

¿Pues por donde, ó cuando entró?

Fulgencio.

Solo he visto que salió.

Roberto:

¡Qué gentil defensa has sido
de esta puerta, y de mi honor!

Fulgencio.

Un dragon, y un bravo toro
tuvo el Vellocino de oro,
y le robaron, señor.
Acrisio tuvo encerrada
su hija, y el oro entró,
donde á Perseo engendró:
ni habrá muger tan guardada
de paredes de diamante,
que si tiene voluntad
no llegue con libertad,
á los brazos de su amante.

Roberto.

Perdí toda la empresa,
perdí la estimacion, perdí la vida,
mi porfia confiesa
que fue de ingenio de muger vencida;
cesar locos desvelos
que harán su gusto, á sombra de los celos.
Desengaño terrible
de los que tanto por guardallas mueren;
el Mayor imposible
confieso, que es guardallas si ellas quieren;
que como ellas lo sientan
las privaciones su apetito aumentan.
Podrá guardar el oro,
el avaro, entre láminas de hierro,
y el noble su decoro,
si Penélope sufre su destierro;
pero sino es tan buena,

crea que es apretar puño de arena.
Honra, quien te introdujo,
del mundo, en la república primera,
¿por qué á muger redujo
tu santa libertad? que bien pudiera
fiarla mas del hombre,
con que pudiera eternizar su nombre.
¡Que guarde yo su celo
tan loco, y una casa con mil llaves,
y que tenga recelos
del sol, del viento y de las mismas aves,
y que en esta porfia,
un hombre salga en la mitad del dia!
Miente, viven los cielos,
quien dice que muger puede guardarse;
los ojos, y los celos,
mientras que entramos pueden desvelarse;
miente la honra, y miente
quien las aprieta y guarda neciamente.

ESCENA VII.

Dichos y Diana.

Diana.

¿Qué es esto, hermano mio?
¿qué voces son aquestas?

Roberto.

¿No las sabes?
¡Gracioso desvarío!
Han entrado á mi honor con falsas llaves,
que en tí Diana hallaron,
la cera en que las guardas estamparon.
Sino fueras de cera,
segura estaba del honor la llave;
porque no se pudiera

en mármol imprimir.

Diana.

¿Cosa tan grave
tratas, Roberto, á voces?

Roberto.

¡Qué mal la infamia en el honor conoces!
¿Qué hombre es este embozado,
que acaba de salir de tu aposento
de una pistola armado?

Diana.

¿Estás loco por dicha?

Roberto.

El sentimiento
podrá volverme loco.

Diana.

Pues no lo estés, para tenerme en poco;
que estoy ya muy cansada
de sufrir tus locuras y recelos;
y una muger honrada,
si aprietan su virtud injustos celos,
es mina que rebienta
por el honor, con polvora de afrenta.
Quejaréme, Roberto,
á la Reina, y al cielo de tu agravio.

Roberto.

El caso descubierto
nunca le llega á averiguar el sabio:
yo he sido en todo necio,
y así merezco, infame, tu desprecio;
estoy porque esta daga
lave mi afrenta.

Fulgencio.

Tente señor, tente,
que no es justo que haga
tu honor oficio de marido.

Diana.

Intente
mi muerte, que bien hace,
que Napoles sabrá de lo que nace;
querrá usurpar mi dote,
querrá gozar mi hacienda ya lo entiendo.

Fulgencio.

Vete no se alborote
la casa, y la ciudad.

Roberto.

Ya mas me ofendo
de que diga y entienda,
que quiero aprovecharme de su hacienda.
Es propio en las mugeres
halladas en delito, un testimonio;
¿pues di, negarme quieres,
ó sea libertad, ó matrimonio,
que el hombre que ha salido,
tenias donde sabes escondido?

Diana.

Mira, loco Roberto,
que tienes enemigos, y que alguno
entraría encubierto;
y no hallando despues tiempo oportuno,
salir pretenderia,
como quien ya no respetaba el dia;
que si mi amante fuera
aguardára á la noche.

Fulgencio.

Y está llano,
que de su sombra hiciera
mas segura la capa de su engaño.

Roberto.

¡Ay hombres engañados,
pues sin honra quedamos y culpados!

¿En fin, que por matarme,
entró aquel hombre? bien asi lo creo;
mal puedo yo engañarme,
Fulgencio, cuando dije, pues lo veo,
que por donde cabia
pintado un hombre, un vivo entrar podia
ya olvidas el retrato
que hallé sobre su cama; ves cumplido
mi temor.

Diana.

Yo no trato
de dar disculpa á un hombre que ha tenido
como por burla y juego,
hacer apuestas de guardar el fuego;
pues monasterios tiene
Napoles, uno elije, en el me guarda.

Roberto.

Eso solo detiene
mi brazo, y de matarte me acobarda:
dadme capa, y salgamos.

Diana.

Hasta la noche, no es razon que vamos.

Roberto.

Pues voy á concertalle.

Diana.

Parte en buen hora.

Roberto.

Y á la noche aguardo.

Celia.

¿Que intentas?

Diana.

Avisalle
de todas estas cosas á Lisardo.

Celia.

Darsela á Dios procura

que solo Dios la guardará segura.

ESCENA VIII.

Salon de Palacio.

La Reyna y Albano.

Reyna.

Por esta carta he sabido
que el Principe se embarcó.

Albano.

De Marsella supe yo,
que estuvo el Rey detenido
con las fiestas, que el Francés
le ha hecho, como era justo.

Reyna.

¿Que hay de las nuestras?

Albano.

Que es gusto
general, pues tuyo es;
los arcos se han acabado,
en que el de Trajano ha sido
con mucho esceso vencido,
como se ve retratado;
lo que toca á las libreas,
todas estan acabadas.

Reyna.

Sí, pero no mis cansadas
cuartanas.

Albano.

Quando tu veas
al Rey mi señor aqui
no ha de haber mas accidente.

Reyna.

Ya siento notablemente
recibirle, Albano, asi;

y tengo ya presupuesto
de dar veinte mil ducados,
á quien de aquestos cuidados
saque mi salud mas presto.

Albano.

¿Quieres que se dé un pregon?

Reyna.

Harásme un grande placer;
que el dinero suele hacer
milagros, si estos lo son.

Albano.

Yo voy á hacer pregonar
que á quien te diere salud,
se los darás.

Reyna.

En virtud
del oro, pienso sanar

ESCENA IX.

La Reyna, Feniso y Roberto.

Feniso.

Aqui está su Alteza.

Roberto.

El cielo
te guarde.

Reyna.

¡O Roberto, amigo!
deseaba hablar contigo.
¿Como te va de desvelo?
Triste estas ¿que es lo que tienes?

Roberto.

¿Yo señora?

Reyna.

Y el negar,

quiere tambien confesar
cuan melancólico vienes;
los gustos, y los enojos,
que los corazones toman,
como á ventana se asoman,
Roberto amigo, á los ojos.
¿No te va bien de salud?

Roberto.

Bien de la salud me va.

Reyna.

Suele faltar cuando está
el alma con inquietud.

Roberto.

Parece que te sonries,
y que te burlas de mi.

Reyna.

No quiero yo que de ti,
y de mi amor desconfies
con tan injusta sospecha.

Roberto.

No debe de ser muy vana,
si á las cosas de Diana
encaminas esa flecha;
licencia á pedirte vengó
para casalla.

Reyna.

¿Con quien?

Roberto.

Con Feniso.

Reyna.

Está muy bien.

Feniso.

Si de tu mano la tengo,
no quiero mayor ventura.

Reyna.

Feniso, dilo de veras,
que en el mundo no pudieras
hallar otra mas segura.
Yo, como quiera Diana,
licencia os doy.

Roberto.

Si querrá,

Reyna.

¿Está prevenida?

Roberto.

Está
un poco esquiva mi hermana.

Reyna.

¿Pues que la quieres casar?
no quieras casar muger.

Roberto.

No es muy dificil de hacer,
mas no la quiero guardar.

Reyna.

Mira aparte.

Roberto.

¿Qué me mandas?

Reyna.

Por vida mia, no sientes
algunos inconvenientes
de estos pasos en que andas?

Roberto.

No es tan fácil de guardar
como pensé; y asi quiero
darla á que este majadero
sustituya en mi lugar;
y entre tanto esté mi hermana
en un monasterio.

Reyna.

Bien.

Roberto.

Beso tus pies.

Feniso.

Yo tambien.

Reyna.

No hay dificultad humana, *ap.*
como la que este intentó.

Feniso.

¿Qué os dijo la Reina allí?

Roberto.

Que erais discreto.

Feniso.

A mí
siempre su Alteza me honró.

ESCENA X.

La Reyna y Lisardo.

Lisardo.

Que se fuesen esperaba:
dame los pies.

Reyna.

¡Oh Lisardo!
¿qué te has hecho tantos dias?
Me has tenido con cuidado,
fuera de hacerme gran falta
en mil forzosos despachos
de la importancia que sabes.

Lisardo.

Señora, pues he faltado,
esté cierta vuestra Alteza,
que no fué mas en mi mano.
Entré en casa de Roberto,

como sabes.

Reyna.

¿Qué has entrado
donde tantos ojos velan?

Lisardo.

Supo mas Mercurio que Argos.
Metidos en un vestido
Albano y yó, al fin entramos;
era un saco y parecimos
honra, y provecho en un saco.
El arca nos encubrió,
mató Ramon en llegando
la luz que sacaba un page,
y al fin el arca dejamos.
Desnudámonos, y yo
me quedé, saliendo Albano;
cenaron en un jardin,
fué Feniso convidado;
salí de una clara fuente
que fué tercera de mármol,
á las palabras de cera
con que los dos la ablandamos;
metióme en un dormitorio.

Reyna.

El que andaba en tales pasos
justo fue mirar por sí.

Lisardo.

Yo no me acuerdo si hablamos;
á la cama de Diana
daba la puerta, su hermano
tenía al lado la suya,
mas no hay que fiar de lados.
Hincábame de rodillas
y toda la noche hablando
estábamos con requiebros

dulces, con secretos brazos.
No porque cosa que sea
contra su honor reservado,
en nuestras bodas sospeches;
que es nuestro amor limpio, y casto.
Salia el alba envidiosa,
y ponia en paz sus rayos,
en nuestras dulces porfias,
con maldiciones de entrambos.
Yo al dormitorio, ella al sueño
íbamos con tristes pasos;
dábame allí de comer
mil nunca vistos regalos.
Al cabo de siete dias
vióme una esclava, y dudando
de su lengua, al fin muger,
temiendo á su loco hermano,
me determiné á salir,
y á un viejo y á dos criados
puse una pistola al pecho,
y con un rebozo salgo;
lo que ha sucedido ignoro:
pero menos daño aguardo,
que si me quedára allí.

Reyna.

Discretamente has andado;
porque con eso ese necio
conozca, que es fuerte caso
el guardar una muger.

Lisardo.

¿Qué te ha dicho? ¿estaba airado?

Reyna.

Disimulaba su pena,
mas ten cuidado, Lisardo,
que me ha pedido licencia,

y en efecto se la he dado,
para casar á Diana,
como ella quiera.

Lisardo.

Tu claro
ingenio, en esa respuesta
conozco.

Reyna.

El suceso estraño
de hallar en su casa un hombre,
debe de haberle incitado
para darsela á Feniso;
puesto que quiere entre tanto
meterla en un monasterio.

Lisardo.

¿En efecto, ha confesado
que guardar una muger
es imposible?

Reyna.

El engaño
que le habeis hecho lo dice,
pues habeis juntos estado
siete dias á sus ojos.

Lisardo.

Feniso vive engañado
en pretender imposibles,
como el de su loco hermano.

ESCENA XI.

Dichos y Ramon muy alborotado.

Ramon.

Déme albricias vuestra Alteza.

Reyna.

¿De qué, Ramon?

Ramon.

Ha llegado
el Rey mi señor, tu esposo,
que de una posta, en palacio
él y el Almirante, ágora
se apean solos, dejando
diez leguas de aquí la gente.

Reyna

Sin prevencion me han hallado.
¡Muerta soy! ¡Hay tal traicion!

Lisardo.

Cubrióla un mortal desmayo:
sientese aquí vuestra Alteza.

Reyna

A mi cama voy, Lisardo;
que estoy indispuesta di,
cuando entre el Rey.

ESCENA XII.

Lisardo y Ramon.

Lisardo.

¡Caso estraño!
No tuvo razon el Rey;
voy á recibirle.

Ramon.

Paso,
que no ha venido, ni agora
se sabe en Nápoles cuando.

Lisardo.

¿No ha venido?

Ramon.

No ha venido;
que el ver que van pregonando,

que á quien la diere salud
darán veinte mil ducados,
me obligó â dalle este susto;
porque con él es muy llano
que se quitan las cuartanas.

Lisardo.

¿Estás sin seso?

Ramon.

¿No es claro
que con un susto se quitan,
y que habiéndosele dado,
ganaré aqueste dinero?

Lisardo.

¿Piensas que bufonizando
se alcanza tanta grandeza?

Ramon.

Mal conoces cortesanos;
¿si no hay búfano hay pecunia?

Lisardo.

¿Qué hay de Roberto?

Ramon.

Que ha estado
para perder el juicio.

Lisardo.

¿En efecto, supo el caso?

Ramon.

Fulgencio se lo contó.

Lisardo.

¿Cómo á su hermana ha tratado?

Ramon.

Sacó la daga, y ha habido
pasito de alzar la mano,
con algo de tate, tate,
que ya Dios te ha perdonado;
y acabose en un concierto.

Lisardo.

¿Cómo?

Ramon.

Que quede entretanto
Diana en un monasterio,
la cual me dijo llorando,
que á sacalla te anticipes.

Lisardo.

Voy.

Ramon.

Escucha, temerario.

Lisardo.

Voy, aunque mate á Fulgencio.

Ramon.

No harás, que tengo trazado
remedio para sacalla.

Lisardo.

Pues yo me pongo en tus manos.

Ramon.

Y yo en las de la fortuna,
si con este susto sano
las cuartanas de la Reyna,
que son veinte mil ducados:
seré luego don Ramon,
don Caballero, don Gazmio,
que con dinero yo he visto
ser doña Angela, don Macho.

ESCENA XIII.

SALA EN CASA DE ROBERTO.

Fulgencio y dos criados.

Fulgencio.

Perdiendo estoy el juicio.

Criado primero:

Todos sin juicio estamos.

Criado segundo.

De ninguna suerte hallamos
señal, Fulgencio, de indicio.

Fulgencio

¿ Pues por donde pudo entrar ?

Criado primero.

Que era invisible sospecho.

Fulgencio.

Si estas paredes le han hecho,
como á espíritu, lugar,
bien pudo entrar, mas sino
perderé el seso, Florelo.

Criado segundo.

Roberto está sin consuelo.

Fulgencio.

Me admiro que no mató
hoy á alguno de nosotros.

Criado primero.

¿ Donde hallaremos disculpa ?

Fulgencio.

A mi me ha de dar la culpa
con razon, que no á vosotros;
pero mientras que la lleva
al monastério, he de ser
pilar de esta puerta, y ver
si hay sol que á entrarla se atreva.

Criado primero.

Todos te acompañaremos.

Fulgencio.

Diana viene aquí, ojo alerta;

ESCENA XIV.

Dichos, Diana y Celia.

Celia.
Los tres estan á la puerta.
Diana.
Poco remedio tenemos.
¿Qué hay, Fulgencio?
Fulgencio.
Defender
la entrada á tu deshonor.

ESCENA XV.

Dichos y Ramon.

Ramon.
¿Está en casa mi señor?
Fulgencio.
¿Roberto?
Ramon.
¿Quién ha de ser
Fulgencio.
No está en casa.
Ramon.
Lo que quiero
á mi señora diré.
Oye aparte.
Diana.
Yo no sé,
Ramon, si vivo, ó si muero.
Ramon.
Lisardo queda en la calle,
que le han dado libertad
la noche y la oscuridad.

Diana.

Dile que se vaya y calle;
que no es posible salir.

Ramon.

¿Como no? Vete á poner
tu manto, que has de poder,
ó aquí tengo de morir.

Diana.

Por armas será imposible;
dí que locuras no intente.

Ramon.

Si yo entretengo esta gente,
¿no saldrás?

Diana.

¿Cómo es posible
sin que ellos me puedan ver?

Ramon.

Cúbrete, y haz como digo.

Diana.

Voy, que por él, y contigo
hoy me tengo de perder.

ESCENA XVI.

Dichos, menos Diana y Celia.

Fulgencio.

¿Qué recado de Roberto
es aqueste que le has dado?

Ramon.

Que el monasterio ha buscado,
y hecho tambien el concierto;
pero dejando esto así,
¿habeis visto una sortija?
que no hay cosa que me aflija
tanto agora.

Fulgencio.

¿Es de uña?

Ramon.

Si.

Es de uña de la gran bestia;
porque el mal de corazon,
en la mejor ocasion,
me dá terrible molestia.

Fulgencio.

¿Qué en fin es esto verdad,
y que hay gran bestia?

Ramon.

¿Pues no?

como esas hé visto yo.

Fulgencio.

¿Pues como son?

Ramon.

Escuchad;

compónese aquesta uña
de un casado socarron,
que es en casa tomajon,
cuando es su muger garduña.
Hácese tambien de necios,
que sin mirar sus agravios,
de los mas doctos y sabios
hacen notables desprecios.
Hácese de mal nacidos,
que se suben á grandezas
donde sus mismas bagezas,
descalabran sus oidos.
Hácese de pretendientes,
que son de la corte estraños,
y están gastando sus años
en cosas impertinentes.
Hácese de mil pobretes,

que de contar se sustentan
las vanaglorias que cuentan
á los señores discretos.
Hácese del que muy grave
su lengua ignora, y la niega,
hablando la lengua griega,
donde ninguno la sabe.
Hácese de los poetas
que á hurtos, y rempujones
dan á lúz cuatro traiciones
adúlteras é imperfectas.
Hácese de algunas viejas,
que con mil años pretenden
muchachos, á quien les venden
mayorazgos por lentejas;. .....
Mas ¡hay! que me ha dado el mal
tenedme, asidme que muero.

Fulgencio.

¡Qué espectáculo tan fiero!

Criado primero.

Cayó á tierra.

Criado segundo.

Está mortal.

Criado primero.

¿Sabes las palabras?

Fulgencio.

Si.

Criado primero.

Llega y dilas al oido. (1)

Ramon.

Arroga.

---

(1) *Bajanse á decirles las palabras.*

ESCENA XVII.

Dichos, Celia y Diana con mantos.

Celia.

Que agora salgas
te avisa.

Diana.

Amor, que me valgas
te tengo bien merecido. (1)

ESCENA XVIII.

Dichos, menos Diana y Celia.

Criado segundo.

Vuélveselas á decir,
¿no ves que brama y patea?

Ramon.

¡Ay!

Criado primero.

¿Habló?

Fulgencio.

No hay mal que sea
tan semejante al morir.
¡Qué santas palabras son
estas, y de gran virtud!

Ramon.

Si quereis darme salud,
alegradme el corazon.

Fulgencio.

¿Quereis algunas tabletas?

Ramon.

No sino cuarenta tragos

---

(1) *Salen por detras de ellos.*

de vino.

Fulgencio.

Cuatro cuartagos,
ó postas con estafetas,
no beben mas á un pilon.
Pues es de noche cerremos
la puerta, y con vino haremos,
que se alegre el corazon.

ESCENA XIX.

DECORACION DE CALLE.

Lisardo.

Lisardo.

Noche siempre serena, cuyo velo
y silencio tomó el amor por capa,
nema del cielo, de sus ojos tapa,
madre del sueño. el hurto, y el recelo;
Si alguna vez amante, pues del suelo
al cielo, nadie del amor se escapa,
con esa escuridad los ojos tapa,
á las estrellas, que lo son del cielo.
Aunque celos te den sus resplandores,
deja, luna, salir mi luz querida,
que bien sabe de amor quien tuvo amores:
La noche se verá del sol vestida,
tendrá la sombra luz, perlas las flores,
mi pena gloria, y mi esperanza vida.

ESCENA XX.

Lisardo, Diana y Celia.

Diana.

¿Si es aquel que se pasea?

Celia.

Mucho lo parece el talle.

Lisardo.

Gente parece en la calle;
quiera amor que mi luz sea.

Diana.

¡Ah gentil hombre!

Lisardo.

¿Quién vá,
que á mi perdida esperanza,
mi loca desconfianza,
dándole veneno está?
Aunque esa voz, y ese talle,
aseguran mi deseo;
que el sol de mis ojos veo,
en el cielo de esta calle;
¿sois vos mi bien?

Diana.

¿Quién pudiera
sino yo ser tan dichosa?

Lisardo.

Agora si, luz hermosa,
que estoy en mi propia esfera;
pero volved á correr
la cortina de ese manto,
que resplandeciendo tanto,
causareis que os puedan ver.
¿Como habeis, mí bien, hallado
camino al poder salir?

Diana.

Andando os quiero decir
mi fortuna y mi cuidado,
y la invencion de Ramon.

Lisardo.

¿Templó su ingenio mi dicha?

Celia.

No ha sido escrita, ni dicha,
tan ingeniosa invencion.

Lisardo.

¡Ah Celia! todo se acierta,
cuando lo quieren los hados.

Celia.

Tres linces dejó burlados
casi al umbral de la puerta.

Diana.

Ni en los hados hay poder
ni en el ingenio mejor,
sino en tenerte yo amor,
y en querer una muger.

Lisardo.

A tantos favores, calle
mi amor.

ESCENA XXI.

Dichos, Feniso y Roberto.

Feniso.

Que lleves, te aviso,
silencio.

Roberto.

Gente, Feniso,
sale de mi misma calle.

Feniso.

Un hombre con dos mugeres
me parece.

Roberto.

¿Quien va?

Lisardo.

Un hombre
con su muger.

Roberto.

Diga el nombre.

Diana.

¡Ay Dios!

Celia.

Desdichada eres.

Lisardo.

¿Sois justicia?

Roberto.

Ni aun piedad.

Lisardo.

¿Sois Roberto?

Roberto.

¿Sois Lisardo?

Lisardo.

El mismo.

Diana.

Mi muerte aguardo.

Roberto.

Pues, Lisardo, perdonad,
que el no haberos conocido
medió aqueste atrevimiento.

Feniso.

Con el mismo pensamiento
fuí yo, Lisardo, atrevido.

Lisardo.

Disculpado estais, Feniso.

Roberto.

Ya que tenemos aviso,
y nuestra amistad sabeis,
dad licencia que los dos
os vamos acompañando;
porque no vuelva á topar
otro atrevido con vos.

Lisardo.

Estas damas son casadas,
y voy con algun temor,
que un celoso, aunque es error,
las quiere tener guardadas;
y por si acaso me sigue
gran merced recibiré,
que me acompañeis, que sé
que me busca, y me persigue,
y aun que viene acompañado.

Feniso.

Los dos iremos con vos,
y venga para los dos
todo un escuadron armado.

Roberto.

Señoras, no os receleis;
de Lisardo soy amigo.

Lisardo.

Venid, Roberto, conmigo;
dejadlas, no las hableis,
que temo que este zeloso
me busque en esta ocasion,
y en casa sabreis quien son;
pues vengo á ser tan dichoso,
que vos nos acompañeis.

Roberto.

Serviros, Lisardo, es justo.

Lisardo.

No puedo decir el gusto,
que en esta ocasion me haceis.

Roberto.

Que diferentes que son
las cosas, Feniso amigo,
de lo que piensa cónsigo
la propia imaginacion:

¿ veis aquí como Lisardo
quiere en otra parte bien?

Feniso.

Pues así se hará mas bien
el casamiento que aguardo.

Roberto.

Vamos.

Feniso.

Adelante pasa.

Lisardo.

Brava amistad.

Roberto.

Justa prueba.

Lisardo.

¡ Víve Dios que me la lleva
el hermanito á mi casa.

ESCENA XXII.

SALON DE PALACIO.

La Reyna, Albano, y despues un soldado.

Reyna.

Sin duda me curó con aquel susto,
pues era hoy de mi accidente el día,
y como todos veis, no me ha venido.

Albano.

El médico sin duda el susto ha sido,
ganó Ramon los veinte mil ducados.

Reyna.

No puedo encarecer lo que le debo,
pues por él con salud espero al Príncicipe.
Ola, buscadle luego.

Albano.

Vaya presto

por Ramon un soldado de la guarda.

Reyna.

Advierte, Albano, que pagarle quiero
burla, con burla, aunque despues es justo
pagalle el bien, pero primero el susto.

Soldado.

Aquí está Ramon en la antecámara.

ESCENA XXIII.

La Reyna, Albano y Ramon.

Ramon.

¿Qué me manda, señora, vuestra Alteza?

Reyna.

Dáme los brazos, alzate del suelo.

Ramon.

Será, Señora, levantarme al cielo.

Reyna.

No he sentido, Ramon, mas accidente.

Ramon.

Gracias á Dios, que tu Avicena he sido,
y que como se ha visto, yo he sabido
mas que todos tus médicos.

Reyna.

Yo creó,
que el médico mejor es el deseo,
y pues del tuyo quedo satisfecha,
ola, dadle la cédula; que es justo,
cobre Ramon los veinte mil ducados.

Ramon.

Veinte mil años viva vuestra Alteza
sirviendo de laureola á su cabeza
las aguilas doradas de su imperio.

Reyna.

Toda está de mi letra, ¿qué la miras?

bien la puedes leer.

Ramon.

Con tu licencia

leeré tanta merced en tu presencia.

Lee. *Por las obligaciones en que Ramon me ha puesto, quitándome las cuartanas, aunque con un susto tan grande que me pudiera costar la vida; mando que se le den y paguen veinte mil ducados, librados en los bancos de Flandes, de lo que hubiere procedido de las naves que allí se pierden.* = La Reyna.

¿A los bancos de Flandes me remites?

Reyna.

¿No te parece buena la libranza?

Ramon.

¿Pues quién la ha de pagar allí? ¿Los peces?

Reyna.

¿Pues quebraron jamas aquellos bancos?

Ramon.

A lindo tesorero me despachas;
pero pues prometer son viejas tachas,
ya que rompes, señora, tu palabra,
manda darme salario por lo menos,
de médico de cámara en tu casa;
que un oficio real es de tal crédito,
que ganaré en un año dos millones,
curando mal de madre, y sabañones.

ESCENA XXIV.

Dichos y Lisardo.

Lisardo.

Agora, si que me darás albricias:
parece que Ramon fué su pronóstico;
porque de una galera que venia
cortando el mar como nevado cisne,

á vuestros hombros corona.

Principe.

El amor mi prisa abona;
que despacio, amor no fuera.

Almirante.

Bien dice el Rey, mi señor,
porque vuestra Alteza sabe,
que despacio no hay amor;
aquí el enojo se acabe,
y hacedle aqueste favor.

Reyna.

A vos, Almirante, si;
mis brazos estan aquí.

Almirante.

Eso no, ni vos querreis;
que mientras no se los deis
no se han de emplear en mi.

Reyna.

Ahora bien, Rey y señor,
yo me rindo.

Principe.

Y yo de suerte
á vuestro heróico valor,
que apenas podrá la muerte
desatar mi justo amor.

Reyna.

Siéntese aquí vuestra Alteza,
sabré como viene.

Principe.

Ha sido
un infierno de aspereza,
el camino que he traido,
hasta ver á vuestra Alteza;
no sé que os diga del mar,
que no pudieran llegar

vestida de mil flámulas bordadas
con las armas de Nápoles, y suyas,
con el gran Almirante salió el Príncipe,
y en dos caballos, á Palacio vienen;
tanto deseo de tus brazos tienen.

Reyna.

Ya no tengo accidente que me quites.

R mon.

Mas que Dios te le dé, pues me remites
á los bancos de Flandes mi libranza,
donde será por dicha tesorero
algun lobo marino ó ballenato.

Reyna.

Ya, Lisardo, no puedo recibille.
¡Qué así viniese el Rey, con escribille,
que me hiciese merced de entrar despacio!

Lisardo.

Yo pienso que su Alteza está en Palacio.

ESCENA XXV.

Dichos, el Principe de Aragon, el Almirante y todo el acompañamiento.

Principe.

Déme los pies vuestra Alteza.

Reyna.

¿Señor?

Principe.

Con razon estoy
postrado á vuestra grandeza,
porque seais desde hoy
corona de mi cabeza.

Reyna.

Si el agravio lugar diera,
de aquestos brazos hiciera

las galeras sé deciros;
á no ayudar mis suspiros
las velas al navegar:
y todo aquesto crecia,
escribirme que tenia
poca salud vuestra Alteza.

Reyna.

Desconfianza y tristeza
de su falta me afligía;
pero quiere amor que os deba
mi salud, pues con el susto
de venir vos, fue la nueva
mi médico, y el mas justo.

Ramon.

Muy bien la paga lo prueba;
pues los veinte mil ducados
presto serán aceptados.

Albano.

¿Donde?

Ramon.

En los bancos de Flandes,
que aunque tienen los pies grandes
ha dias que estan quebrados.

Lisardo.

Este es mucho atrevimiento (*A Roberto*)
para estar aquí su Alteza.

Roberto.

Pues sino estuviera aquí,
villano, vil ¿no os hubiera
sacado el alma?

Lisardo.

Mentis.

Reyna.

¿Que es esto?

Lisardo.

Locas soberbias
de Roberto.

Principe.

¿Pues aquí
descomponeis la obediencia
y el respeto que debeis
á mi señora la reina,
ya que no me le tengais?

Roberto.

A los pies de vuestra Alteza
pido justicia.

Lisardo.

Y yo pido
que juez de los dos seas,
en el caso de que agora
Roberto de mi se queja.

Principe.

Digó que yo lo seré,
como vos me deis licencia.

Reyna.

Si habeis vos de ser juez,
para que esta audiencia tenga
todas las partes que es justo,
y el pleito mejor se entienda,
yo quiero ser relator.

Principe.

Pues comience vuestra Alteza.

Reyna.

Los dias que el accidente
de que he estado tan enferma,
señor, me dejaba libres,
di en hacer una academia,
escogiendo en mis criados,
los demas nobleza y ciencia.

Referíanse epigramas,
que hay escelentes poetas;
cantábanse mil canciones,
y en diferentes materias
arguían los mas doctos.
Ofrecióse un dia entre ellas,
tratar de los imposibles;
digeron cosas diversas,
y resolvióse Lisardo,
que el mayor de todos era
el guardar una muger;
nó, señor, mala, ni buena,
sino muger con amor,
y que guardar no se quiera.
Roberto lo contradijo,
diciendo; que humanas fuerzas
ni todo el poder del oro
de ningun efecto fueran
para muger que él guardara:
no sé si en aquesto acierta.
Tiene Roberto una hermana
hermosa, como discreta
y por todo estremo hermosa;
quiso para hacer la prueba,
enamoralla Lisardo;
lo que ha resultado, queda
agora en sus confesiones.

Roberto.

Señora, no fué ofendellas,
decir que pueden guardarse;
y si fué mi empresa necia,
¿Porque Lisardo tenia
de hacer con tanta insolencia
la prueba en mi propia hermana?

Lisardo.

Porque enamorarme de ella
me podia estar muy bien,
conociendo tu nobleza.
Cuando tú mas la guardabas
Ramon entró á hablar con ella
(que es ese criado mio,
y no el don Pedro que piensas)
y en hábito de francés
la dió mi retrato, en prueba
de mi amor, y trajo el suyo.
Despues, fingiéndose que era
criado del Almirante,
de cuyo deudo te precias,
te llevó los seis caballos,
con su firma contrahecha.
Con esto quedó en tu casa,
y supo meterme en ella,
cuando á Fulgencio tenias
por alcaide de la puerta.
Todo lo demas es cosa,
que mi señora la Reyna
sabe, y que no es para aquí.

Roberto.

Lisardo, de tus quimeras,
fundadas en que yo dije
sola una palabra necia,
ninguna cosa he sentido,
sino que tanto supieras,
que sacáras á Diana
de mi casa con afrenta;
y teniéndola casada
con Fenisó, nos hicieras
hasta tu casa una noche
acompañarte con ella,

Y aunque es verdad, que conozco,
que como una muger quiera,
hará que el propio zeloso,
como el ejemplo lo enseña,
acompañe á su galan,
mi sangre, y clara nobleza,
me pide justa venganza:
y así suplico á su Alteza,
me otorgue campo contigo,
y que el Almirante sea,
como deudo, mi padrino.

Almirante.

Y es justo que se conceda
á caballero tan noble;
y que si hay quien lo defienda,
seamos dos para dos.

Albano.

Cuando esto lícito sea,
bien puede, useñoría,
constándole mi nobleza,
medir mi espada en el campo.

Feniso.

Por mucho, Albano, que seas,
no igualas al Almirante;
á mi me toca esta afrenta,
salga Lisardo á Roberto,
y yo á tí.

Albano.

Pues así queda.

Reyna.

No queda muy bien asi,
ni con tan sangrientas veras
se han de acabar los principios
de una burla tan discreta.

Roberto.

No trateis, señora, paces,
que hareis que el reyno se pierda,
pues me ha robado á mi hermana
Lisardo, en comun afrenta
del Almirante, y mis deudos.

Lisardo.

No es hurto el que se confiesa,
y deposita èn el juez.

Roberto.

¿Como, si á tu casa mesma
me la hiciste acompañar?

Lisardo.

En apartándote de ella,
la traje á palacio, y tiene
el hurto, de que te quejas,
su Alteza, con mucho honor;
á quien pido que la vuelva,
pero casada conmigo,
porque tu amistad merezca.
que por la cruz de mi espada,
que palabra descompuesta,
cuanto mas obra, no ha sido
de su honor, ni el tuyo ofensa.

Roberto.

Con esto estoy satisfecho;
manda que vayan por ella.

Reyna.

Vayan luego por Diana.

ESCENA XXVI.

Dichos menos Albano.

Ramon.

Entre tanto es bien que adviertas,

ó generoso español,
que se ha curado la Reyna
con el susto que he contado,
y para que yo le tenga,
me dá en los bancos de Flandes
esta libranza.

Principe.

¿Es su letra?

Ramon.

Si señor.

Principe.

Pues yo la acepto,
que quiero pagar sus deudas.

Ramon.

Vivas mil años.

ESCENA XXVII.

Dichos, Diana y Albano.

Albano.

Aquí
viene Diana.

Lisardo.

Y tan bella
como el sol.

Diana.

Dame tus pies,
para que de hoy mas me tengas,
Rey, mi señor, por tu esclava.

Principe.

Parece que en tu belleza
traes el ramo de la paz,
que tantos pleytos concierta:
ya es tu marido Lisardo,
y yo con la Reyna bella,

tus padrinos.

Diana.

¿ Tantas honras,
quién sino vos las hiciera ?

Principe.

Abrazénse luego todos,
y en dulce correspondencia
se aumente amor.

Ramon.

Yo, señores,
tengo de abrazar á Celia,
que estoy con ella casado;
porque en el mundo se entienda,
que si no quieren guardarse,
dueñas, doncellas, y viejas,
es imposible guardarlas.

Lisardo.

Y aqui acaba la comedia
del Imposible mayor;
nadie á probarle se atreva.

El Mayor Imposible.

Esta es una de las mejores comedias de Lope: el pensamiento es original, y la fábula está bien combinada, y bien conducida hasta su fin. El enlace, que empieza en la disputa obstinada de Roberto, interesa inmediatamente que la Reyna propone á Lisardo que enamore á Diana. Desde aquel punto desea ya conocer el espectador los medios que va á emplear para conseguirlo; porque han de ser precisamente muy ingeniosos, si han de burlar la vigilancia y el rigor con que Roberto guardará á su hermana, por sostener la opinion que ha defendido

Cuando mi hermana,
por humilde nacimiento,
desobligada naciera,
del hombre de mas ingenio,
de mas valor la guardára;
aunque conquistas y ruegos
batieran su fortaleza
con los tiros del dinero, &c.

. . . .

Vive Dios, que si tuviera
mas Argos que ojos el cielo,
Júpiter, y mas Mercurios
que pluma el pavon soberbio,
que no me engañára á mí
una muger, si su ingenio
el de Semíramis fuera.

La introduccion de Ramon, vestido de Buhonero, en casa de Roberto, es muy ingeniosa y vero-

simil. De este medio dramático se valieron otros poetas, y particularmente Tirso de Molina en la comedia titulada *Por el Sótano y el Torno*, y Montalban en *La Toquera Vizcayna* En esta escena se escita ya de un modo irresistible la atencion de los espectadores, y se insinúa el desenlace á pesar de los obstáculos que se preveen. Diana sospecha que Ramon no es lo que parece; se queda con el retrato de Lisardo, á quien conoce y tiene inclinacion, y dá el suyo en prenda, sin que Ramon lo solicite. Esta accion pareceria un poco indecorosa en una muger de tanto recogimiento y pundonor, sino estuviera preparada con mucho arte en las escenas anteriores. Fulgencio la declara la cuestion que ha defendido Roberto contra Lisardo, y la vigilancia con que se ha propuesto guardar su honor.

De esto nacen sus tristezas;
tú, bellísima Diana,
podrás guardarte mejor
prevenida y avisada.
Huye de Lisardo siempre,
no piensen su talle y galas
vencer su honor de Roberto
de quien eres noble hermana.

Diana conoce la necedad de su hermano, y la indiscrecion de Fulgencio: se ofende al punto su amor propío, se avisan sus deseos, y se propone no desaprovechar en adelante las ocasiones que se la presenten.

¿Con qué ingenio, con que llave
guardar quiere una muger?
Roberto quiere saber

ciencia que ninguno sabe.
Que es el mayor imposible
verá muy presto por sí;
porque ya me toca á mí
que no parezca posible.
Este otro necio tambien
me alaba el valor de un hombre
de tanta opinion y nombre
y que todos quieren bien,
y avísame que me guarde
de lo mismo que me alaba.....»

. . . .

Yo he mirado atentamente
á Lisardo, y me pesaba
de ver que no me pagaba
este amoroso accidente.
Pero ya que mi fortuna
me ha traido la ocasion,
aunque fue por ilusion,
no pienso perder ninguna.

El obstáculo que presenta la escena IV. del acto segundo, en que Roberto halla el retrato de Lisardo en la cama de su hermana, es muy oportuno é interesante; y naturalísimo el medio ingenioso que dispone Diana para deslumbrar á su hermano, y desarmar su furia. ¿Cómo habia este de creer sencillamente la relacion de Celia y de su ama? Lisardo es su contrario en opinion, es galan, y temible por el favor que le dispensa la Reina, y no debe dudar de que habrá puesto en práctica todos los arbitrios imaginables para conquistar á Diana, y que habrá conseguido remitirla su retrato. Era preciso, pues, que el poeta inventase otro medio mas eficaz para probar con evidencia que era cierto lo que Celia aseguraba;

y le halló muy verosímil y oportuno. Pregonar por las calles en el momento mas crítico la pérdida del retrato, ofreciendo hallazgo al que le presente; salir Fulgencio y convencerse por las señas de que es el de Lisardo el que se busca, no pueden dejar en el alma de Roberto el menor recelo de su hermana. Esta escena IV y las siguientes son muy bellas por el diálogo animado y vivo, y por la situacion peligrosa en que se encuentra Diana.

Es igualmente muy verosímil el engaño que dispone Ramon para aposentarse en casa de Roberto; y el regalo, y la carta que le presenta, muy á propósito para seducir al celoso é inspirarle la mayor confianza.

No es tan natural, ni tan facil el medio de introducir á Lisardo; pues aunque el poeta, para evitar la inverosimilitud, supone que pasa fuera de la escena, y que Ramon apagó la luz al mismo tiempo, siempre es dificil de creer que dos personas puedan colocarse en un mismo vestido, conducir un cofre, y moverse con él con pasos tan medidos, y movimientos tan acordes, que no lo adviertan por el oido los espias vigilantes de Roberto.

La salida de Lisardo con la pistola armada produce otro nuevo obstáculo: la fuga de Diana y Celia es muy teatral y está bien dispuesta, porque los criados, entretenidos en socorrer á Ramon, dan tiempo suficiente para que huyan sin ser vistas.

El encuentro con Roberto y Feniso, cuando van acompañadas de Lisardo, es igualmente oportuno é interesante, y muy ingenioso el obligarlos Lisardo á que le acompañen á su casa para que tarde Roberto en saber la fuga de su hermana.

El desenlace es natural y está deducido de la accion misma. Es lástima que Lope no suprimiese los personages del Rey y el Almirante de Aragon, que no

El cuento de Ramon en la Escena IV. del primer acto: *cuentan que dos se casaron*, es gracioso y está referido con una brevedad epigramática.

Finalmente, esta comedia tiene ademas el mérito de haber sido el original de donde tomó don Agustin Moreto la suya titulada: *No puede ser guardar una Muger*. Las variaciones que hizo en esta para mejorar la de Lope, asi como los pasages en que se quedó inferior á su modelo, los examinaremos con la debida imparcialidad cuando la insertemos en nuestra Coleccion.

solo son absolutamente inútiles y estraños á la accion, sino que la retardan al fin mas de lo que desea el espectador. . . . .

Es larga en demasía la escena II del acto primero, y cansada é importuna la mayor parte de ella, hasta que se propone le cuestion en que se funda la intriga.

El susto que da Ramon á la Reyna para curarla de las cuartanas, es tambien inútil y tiene poca gracia.

La versificacion es fluida, facil y armoniosa, como lo es generalmente la de Lope; y los versos largos mejores que los que empleaba por lo comun en sus comedias. Hay muchos en esta que pudieran citarse, ya por el pensamiento, ya por la armonía, ó por la fuerza de la espresion.

Lisardo muy preciado de discreto,
que se puede ser necio y secretario...
. . . .
Mientras guarda el avaro su tesoro
forja el ladron la *cautelosa* llave.

¡Qué epiteto tan bien colocado!

Si él quiere entrar, será defensa en vano:
mas agora no toca á tu decoro
este imposible; que en tu casta hermana
reverencio el valor, la sangre adoro:
es de la honestidad Napolitana
el egemplo mayor.
. . . .
¿Casalla no es mejor?
Que lo pretenda
aguardo solamente quien la iguale;
entretanto no quiero que me ofenda
el mismo Sol que por los Cielos sale.

ÍNDICE

De las comedias contenidas en este tomo.

	Página.
Los Milagros del Desprecio. .	3
Examen.	102
La Esclava de su galan. . .	105
Examen.	230
El Premio del bien hablar. .	233
Examen.	341
El Mayor Imposible.	345
Examen.	484

LISTA

De los señores Suscritores.

MADRID.

El Serenísimo Señor Infante don Carlos María.
El Serenísimo Señor Infante don Francisco de Paula.
La Escelentísima Señora Duquesa de Berwik y Alba, *por fino*
El Escelentísimo Señor Duque de Berwik y Alba, *por fino.*
Don Julian Muñoz, *por 2 egemplares finos.*
Don Agustin Duran.
Don Alberto Lista.
Don Felix María Reynoso.
Don Manuel Casal y Aguado.
Don Blas Llanos.
Don Antonio Gonzalez
Don Ventura Aguado.
Don Joaquin Remaña.
Don Frutos Martinez, *por fino.*
Don Luis Mendoza.
Don Francisco Puig.
Don Ramon Varela.
Don Pedro Vantró, *por fino.*
Señora Marquesa de Gamoneda, *por fino.*
Doña María Magdalena.
Don Rafael Castillejos.
Don Lorenzo Aspiroz, *por fino.*
Dr. F. J. Y. de Y.
Don Antonio Estevan.
Don Pedro Alcántara.
Doña Antera Baus.

Don José García Luna.
Don Francisco Martin.
Don Francisco Javier Caro, *por fino.*
Don Dionisio de las Cuevas.
Don Benito de la Peña.
Don Juan Eugenio Hartemburck.
Señor Marques de Villasante.
Don Juan José del Valle, *por fino.*
Don José Fernandez de Haro.
Don José Musó, *por fino.*
Don Juan Osorio y Vargas.
Don Gregorio de la Iglesia.
Don P. de Y.
Don Bernardo Gil.
Señora Condesa de Mansilla.
Don Felipe de la Iglesia, *por fino.*
Don Narciso Cano.
Don Florentino Delgado.
Don Manuel Ramirez, *por fino.*
Don Francisco Solano.
Don Ramon de Parada.
Don Manuel Gonzalez Salmon.
Don Francisco de Iturralde.
Don Juan Rodriguez.
Don Manuel Breton.
Don Antonio Perez.
Don Cristóbal Frias.
Don Manuel Gil.
Don Benito Alvarez.
Don José Alcalá Galiano.
Don Carlos de la Torre.
Don Alejandro Lopez.
Don Rafael Navarro.
El Escelentísimo Señor don Javier Castaños
Señora Marquesa de Bondad Real, *por fino.*

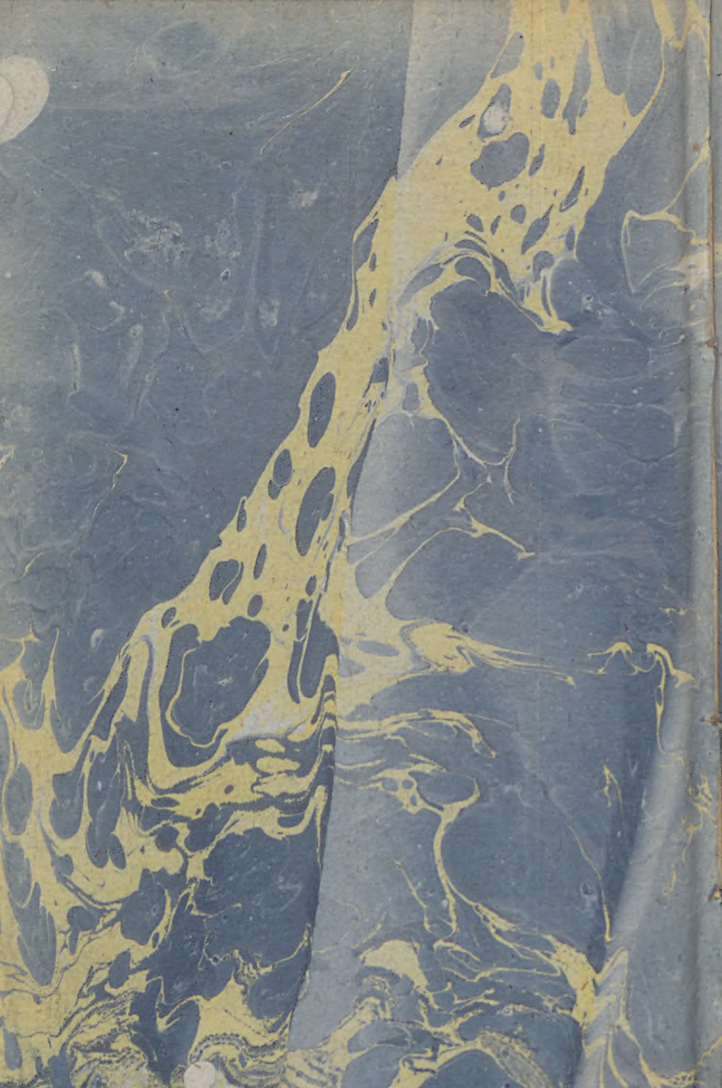
Don Pedro Bernardo de Quirós.
Señora Viuda de San Roman.
Don Francisco María Cardenas.
Don Mariano Cubels, *por fino.*
Don Mariano Gonzalez.
Don Eusebio Hernandez.
Señor Conde de Gausa.
Don Pedro María Cano.
Don Santiago Alvarado.
Don Ramon Castilla, *por 2 egemplares finos.*
Don Camilo Balmaseda, *por fino.*
Escelentísima Señora Marquesa de Alcañizes.
Don Laureano Jado.
Don Ramon Patiño.
El Escelentísimo Señor Marques de Malpica, *por fino.*
El Señor Baron de Liewerman.
El Señor Conde de Douesso.
Don Tadeo Tellez.
Don Joaquin Bardaji.
Don Diego Pedraza.
Don Juan Vila Cedron.
Don Ventura Alvarado.
Don Antonio Siles.
Don Lucas Buado.
Don Pedro Lamañer.
Don Benito Mata.
Señor Marques de San Felices.
Don Ignacio Millana, *por fino.*
Don Francisco Estrada, *por fino.*
Don Tomás Sancha.
Don Juan Caneda.
Don José Marc Dalbousg, *por fino,*
Don Manuel Baamonde, *por fino.*
Don Jacinto Romero.
Don Juan Sahun.

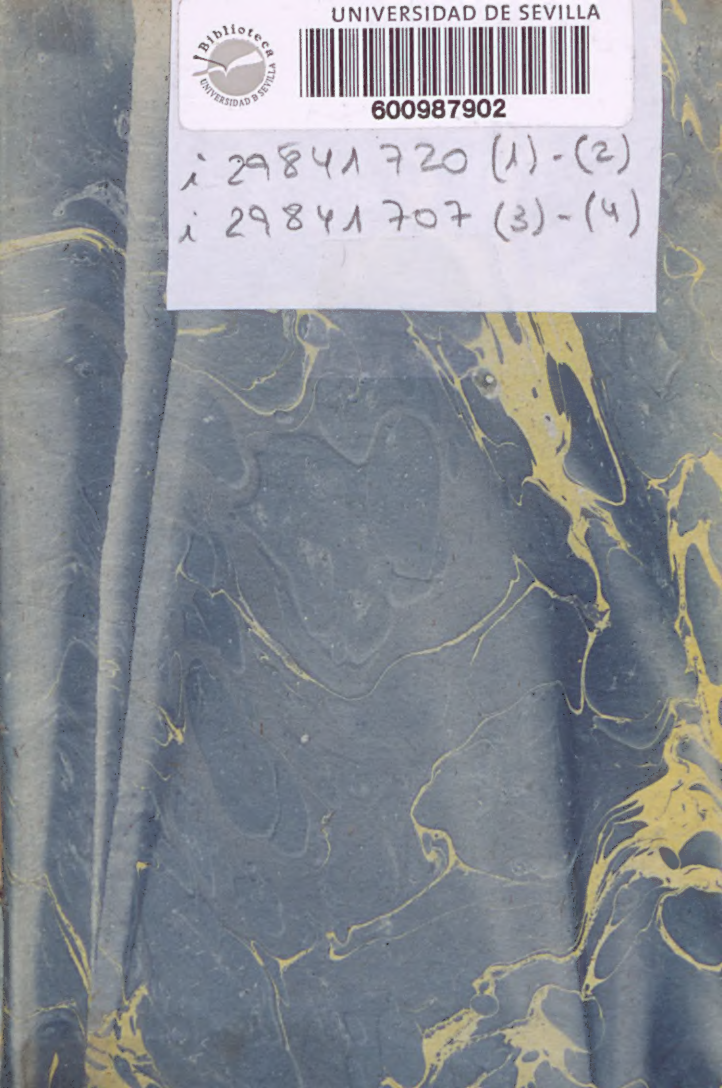
Don Clemente Gonzalez.
Don Carlos Vander Ulord
Don Joaquin Suarez.
Don Mariano Amadori, *por fino.*
Señora Marquesa de Caballero.
Don Manuel Andres, *por fino.*
Doña Agueda Bouligni, *por fino.*
Don Santiago Gomez, *por fino.*
Don Manuel García Parra.
Señor Conde de Clavijo, *por fino.*
Don Pedro Carancio.
Don Eduardo Bayo.
Doña María Gutierrez, *por 2 egemplares.*
Don José Aracíl y Robira.
Don Juan Manuel Gonzalez.
El Señor Abad de San Juan de la Peña.
Don Miguel Gutierrez.
Don Ventura de la Vega.
D. P. de B.
Doña Antonia Drignes, *por fino.*
Don Francisco Illas, *por fino.*
Don Alberto Macias, *por fino.*
Don José Chacon, *por fino.*
Don Pedro Fernandez.
Don Antonio Feijoo, *por cuatro egemplares.*
Don Bernardo Barril,
Don Gerónimo Escosura, *por fino.*
Don Diego Wisman, *por fino.*
Doña Juana Calvo.
Don Agustin Santos.
Don J. H. C.
Don José Calvo.
Don A. L. *por fino.*
Don Manuel Araoz.
A. de Stuffugen, *por fino.*

Don Pedro Leommaria.
Señor Marqués de la Torrecilla.
Don Matias Tomás Rubio.
Don José Muñoz.
Don Juan de la Pezuela.
Don Estevan Míro.
Señora Viuda de Collado.
Don José Madrazo, *por fino.*
Don A. T. G.
Don José Diez.
Don Carlos Sexti, *por fino.*
Señor Baron de Biguizal.
Don Diego Sanchez Jijon.
Don Antonio Corbatos.
Don Pedro García.
Don Manuel Villarías.
Don José María Peñaranda, *por fino.*
El Escelentísimo Señor Marqués de Santa Cruz.
Don José Francisco de Arana.
Señora Condesa de Isla, *por fino.*
Señora Marquesa de Monsalud.
Don Manuel Cordoba.
Señores Hortal y compañía, *por doce egemplares.*
Don José de la Hera.
Don Juan Fernandez del Pino.
F. Plácido Trevijano.
Don José Cuesta, *por dos egemplares.*
Don Victor Gordo.
Don Manuel Muñoz.
Don Roman Anselmo, *por fino.*
Don Vicente Ortéga.
Señor Conde de Pani, *por fino.*
Don Mauricio Forcada.
Real Biblioteca de Santiago, *por fino.*
El Escelentísimo Señor Marques de San Martin, *por fino.*

El Escelentísimo Señor de Verther.
Don Domingo Antonio Lopez.
Don Antonio Diaz.
Don Joaquin Medilla.
Madama Ebrez, *por fino.*
Don Nicanor Pellicer.
Don Antonio Fernandez.
Don José de Rojas.
Don Francisco Febrer.
Don G. P. F.
Don Luis de las Hanas, *por fino.*
Don Ramon Estevez.
Don Manuel Granados.
Don José Tordesillas, *por fino.*
Don Juan Mendoza.
Don Francisco Martinez de Aguilar.
Don M. G. J., *por fino.*
Don José Hernandez, *por fino.*
Don Enrique Francisco Huerta.
Don Miguel Lopez.
Doña Dolores de Berguizas, *por fino.*
Don Antonio Garay, *por fino.*
Don Vicente García.
Le Prince Dolgazoumi, *por fino.*
Don Joaquin Fontas, *por fino.*
Don José Gomez.
El Baron de Meyender.
Don Andres Larreta, *por fino.*
Don Manuel Cárdenas.
Don Narciso Rubio, *por fino.*
Don V. O.
Doña Catalina Posce.
Don Apolinar Saez.
Don Casimiro Leon.

Se continuará.




UNIVERSIDAD DE SEVILLA
Biblioteca
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
600987902
i 29841720 (1) - (2)
i 29841707 (3) - (4)


250
DRAMAS
4
6


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm